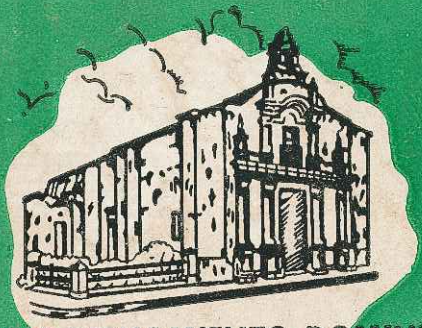
MAX HENRIQUEZ UREÑA

EPISODIOS DOMINICANOS

LA INDEPENDENCIA EFIMERA



COLECCION PENSAMIENTO DOMINICANO

LIBRERIA DOMINICANA

Santo Domingo, República Dominicana

COLECCION
PENSAMIENTO DOMINICANO

1—R. EMILIO JIMENEZ
M. J. TRONCOSO DE LA CONCHA

2.—VETILIO ALFAU DURAN
AMERICO LUGO I

3.—FLERIDA DE NOLASCO
DOMINGO MORENO JIMENEZ
(2da. edición)

4.—MAX HENRIQUEZ UREÑA
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA I

5.—MANUEL ARTURO PEÑA BATLLE
EMILIANO TEJERA

6.—JOAQUIN BALAGUER
F. GARCIA GODOY

7.—FREDDY GATON ARCE
FRANKLIN MIESES BURGOS

8.—JOAQUIN BALAGUER
JUAN ANTONIO ALIX I

9.—JOAQUIN BALAGUER
JUAN ANTONIO ALIX II
(*Décimas*)

0.—TULIO M. CESTERO
LA SANGRE

1.—ENRIQUE DE MARCHENA
EL PROBLEMA DE LOS TERRITORIOS DEPENDIENTES

2.—SOCRATES NOLASCO
EL CUENTO EN SANTO DOMINGO

3.—SOCRATES NOLASCO
EL CUENTO EN SANTO DOMINGO II

4.—MANUEL RUEDA
LA TRINITARIA BLANCA

5.—MANUEL VALLDEPERES
EL ARTE DE NUESTRO TIEMPO

COLECCION PENSAMIENTO DOMINICANO

Director: Julio D. Postigo

Dr. José Núñez de Cáceres

OBRAS DEL AUTOR

Whistler y Rodin, Habana, 1906.
Anforas, Valladolid, 1914 (poesías)
Tres poetas de la música, Habana, 1915.
La combinación diplomática, Habana, 1919.
Rodó y Rubén Darío, Habana, 1919.
El ocaso del dogmatismo literario, Habana, 1919.
Los Estados Unidos y la República Dominicana, Habana, 1919.
Páginas escogidas de José Martí, París, 1920.
El intercambio de influencias literarias entre España y América, Habana, 1926.
Programa de gramática castellana, Santiago de Cuba, 1926
Tablas cronológicas de la literatura cubana, Santiago de Cuba, 1929.
Historia abreviada de la literatura española, por Fitzmaurice-Kelly, traducción y notas, Santiago de Cuba, 1929.
Tratado elemental de música (en colaboración con Antonio Serret), Santiago de Cuba, 1929.
Los yanquis en Santo Domingo, Madrid, 1929.
Fosforescencias (poesías), Santiago de Cuba, 1930.
Antología cubana de las escuelas, Santiago de Cuba, 1929
El retorno de los galeones, Madrid, 1930.
Reseña histórica sobre Santiago de Cuba (El Libro de Santiago de Cuba, 1931)
Panorama de la República Dominicana, Buenos Aires, 1935.
La Liga de Naciones Americanas y la Conferencia de Buenos Aires, New York, 1937.
Les influences francaises sur la poésie hispano-americaine, Paris, 1937 (traducción al español, México, 1940).

Los Trofeos de J. M. de Heredia, traducción, Santiago de Chile, 1930 (Nueva edición: Buenos Aires, 1950).

El continente de la esperanza, Bruselas, 1959.

Poetas cubanos de expresión francesa, México, 1941.

Evocación de José Antonio Ramos, Habana, 1947.

Cuentos insulares, Buenos Aires, 1949.

Hermano y maestro, Santo Domingo, 1950 (Nueva edición, México, 1957)

Breve historia del modernismo, México, 1954. (2da. edición, 1962).

Homenaje a Sanín Cano, Habana, 1957.

Tránsito y poesía de Mariano Brull, Habana, 1958.

Garra de luz (poesías), Habana, 1958.

De Rimbaud a Pasternak y Quasimodo, México, 1960.

EPISODIOS DOMINICANOS

I.—*La independencia efímera,* París, 1938.

II.—*La conspiración de los Alcarrizos,* Lisboa, 1941.

III.—*El Azobispo Valera,* Río de Janeiro, 1944

IV.—*El ideal de los Trinitarios,* Madrid, 1951.

MAX HENRIQUEZ UREÑA

EPISODIOS DOMINICANOS

LA INDEPENDENCIA EFIMERA

LIBRERIA DOMINICANA, EDITORA
Santo Domingo, R. D.
1962

Primera edición: 1938
Segunda edición: 1962

Impreso en la República Dominicana
Printed in the Dominican Republic

A LA JUVENTUD DOMINICANA

Con la serie de episodios que este libro inicia sólo pretendo ofrecer a mis compatriotas una interpretación de los hechos culminantes de la historia nacional.

No de otro modo se puede hacer historia. La historia se basa en fuentes conocidas, en documentos, en testimonios; pero ésos, sus elementos básicos, no son la historia misma. Para hacer historia hay que cotejar esos medios de información; y quien coteja, clasifica; quien clasifica, juzga; quien juzga, interpreta.

He elegido el procedimiento narrativo, pero no creo ocioso advertir que, para mí, la historia en forma de novela no es precisamente la novela histórica. En la novela histórica prevalece el interés de la trama novelesca: la historia en forma de novela, es, en cambio, la interpretación de una época, puesta en acción, en movimiento, con el ritmo de vida que seguramente tuvo. Ejemplo ilustre nos ofrece Pérez Galdós, de cuyos *episodios nacionales* he tomado por lo menos el nombre para esta serie de *episodios dominicanos*. Galdós reconstruyó en forma de novela más de medio siglo de la vida de España. Reprodujo el medio social español tal y como sin duda fué durante distintas etapas de su proceso histórico.

Los Trofeos de J. M. de Heredia, traducción, Santiago de Chile, 1930 (Nueva edición: Buenos Aires, 1950).

El continente de la esperanza, Bruselas, 1959.

Poetas cubanos de expresión francesa, México, 1941.

Evocación de José Antonio Ramos, Habana, 1947.

Cuentos insulares, Buenos Aires, 1949.

Hermano y maestro, Santo Domingo, 1950 (Nueva edición, México, 1957)

Breve historia del modernismo, México, 1954. (2da. edición, 1962).

Homenaje a Sanín Cano, Habana, 1957.

Tránsito y poesía de Mariano Brull, Habana, 1958.

Garra de luz (poesías), Habana, 1958.

De Rimbaud a Pasternak y Quasimodo, México, 1960.

EPISODIOS DOMINICANOS

I.—*La independencia efímera,* París, 1938.

II.—*La conspiración de los Alcarrizos,* Lisboa, 1941.

III.—*El Azobispo Valera,* Río de Janeiro, 1944

IV.—*El ideal de los Trinitarios,* Madrid, 1951.

Y sin mengua de su fidelidad en la narración de los acontecimientos, creó, junto a las figuras históricas que realmente fueron, un mundo de seres que aparentemente se engendraron en su fantasía, pero que de algún modo existieron también dentro de la masa anónima que representa el espíritu de un pueblo en un momento dado de su vida.

Algo semejante, aunque en grado modesto, aspiro a realizar por lo que respecta a la historia dominicana. En este primer episodio no incluyo más que un personaje que puede considerarse imaginario: Lico Andújar. Otros vendrán a sumársele cuando intente presentar nuevos aspectos de la vida dominicana de pasadas épocas; pero no era necesario poblar de seres creados por la imaginación, aunque obedezcan también a la realidad social de aquel momento, el proceso de la efímera independencia dominicana de 1821, que sólo puede ser reconstruído mediante un ensayo de interpretación del carácter y el temperamento de aquel varón preclaro que se llamó José Núñez de Cáceres. Por tal causa este primer episodio se asemeja a un pedazo de biografía. Al cabo, la biografía ha seguido, en nuestros días, un camino paralelo al de la historia en forma de novela. Poner una figura histórica en movimiento, hacerla pensar y actuar a fin de explicar las reacciones de su espíritu frente a los estímulos del medio y el momento, tal es el procedimiento favorito de los biógrafos de nuestro tiempo, desde Lytton Strachey hasta Gina Kaus.

Al presentar la figura de Núñez de Cáceres tal como a mi juicio debió de ser, no he dejado de lado un solo instante los datos fehacientes que pueden desentrañarse del cotejo de la documentación existente y de la tradición oral cuidadosamente expurgada.

Sobre el carácter y las cualidades de Núñez de Cáceres no discrepa, en lo esencial, el testimonio de sus contemporáneos. Su inteligencia era brillante, vigoroso y audaz era su espíritu, oí decir en mi infancia a personas ancianas. El doctor Morillas reconoce "su gran talento y vasta instrucción". "Sabio" lo llama José Cruz Limardo. "Agradable y afortunada adquisición" debió ser para Caracas, según Andrés Level de Goda, la de aquel hombre "verdaderamente sabio". Estaba "dotado de un talento particular" y "tenía gran ascendiente entre los naturales", declara el gobernador Pascual Real. Sabemos que fuera de su patria supo ganar igual ascendiente: lo tuvo, aunque fué muy combatido, en Venezuela; lo alcanzó en grado eminente en el norte de México. Ardouin reconoce "la distinción de su espíritu esclarecido" y "su integridad e imparcialidad como juez". Sabía imponer su personalidad y para ello le favorecían su cultura y su don de gentes. Level de Goda recuerda su "amabilidad e irreprensible conducta". Era, además, franco y apasionado (él mismo habla de su franqueza como de cosa proverbial); y no obstante ese don de gentes que tantas simpatías le atrajo, era irascible y violento. "Furibundo" lo llama el brigadier Real cuando se queja de que Núñez "influía despóticamente y a su antojo en el gobierno de la isla" durante la época de Kindelán. De "turbulento" lo califica el general O'Leary. Según Ardouin "defectos de su carácter lo impulsaban siempre a luchar contra sus superiores."

De su apasionamiento da muestra elocuente la animadversión que guardó contra Bolívar. El origen de ese encono no era otro que su íntima convicción de que Bolívar pudo y debió brindar protección al pueblo dominicano, sometido a la dominación de Haití a pesar de

haber tremolado como suya la bandera de la Gran Colombia. Nunca halló disculpa para la inacción del Libertador frente a ese hecho; pero aún más debió dolerle el elogio que Bolívar hizo de Boyer, —el invasor triunfante,— en el mensaje que sirve de introducción a la Constitución de Bolivia.

Hay un momento en la vida de Núñez de Cáceres que ofrece dificultades de interpretación: es aquel en que lanza su manifiesto del 19 de enero de 1822 y recomienda a los dominicanos sumisión y docilidad frente a la invasión inminente del ejército haitiano. ¿Cómo pudo aquel hombre altivo y violento plegarse de ese modo a las exigencias de Boyer y a la destrucción de su propia obra? He tratado de precisar cuáles pudieron ser los estímulos que pesaron en su ánimo para producir reacción semejante, y a mi juicio son éstos: primero, la convicción absoluta de que toda resistencia era inútil y el temor de que el mero hecho de intentarla expondría a la familia dominicana, si no al exterminio, por lo menos a los horrores y sufrimientos que había experimentado en las invasiones precedentes; después, su desazón al ver que el país no se encontraba unido y compacto para defender la independencia, ya que muchos pueblos se habían sometido al invasor, sea por encontrarse inermes, sea porque en ellos supieron imponerse los que se inclinaban ante Boyer. Quedábale, por otra parte, la esperanza de que Colombia intercedería más tarde en favor de los dominicanos, y todavía abrigaba esa creencia al escribir su carta a Soublette en octubre de 1822. Tenía, por último, la conciencia de su responsabilidad al haberse equivocado en sus previsiones y haber puesto a su pueblo ante el tremendo dilema de someterse o perecer. Frente a tan grave conflicto de motivos prefirió,

—y bien se trasluce su pensamiento en el propio manifiesto,— exponer su nombre a "los cargos y recriminaciones" de sus compatriotas, antes que traer días de luto y desolación para la sociedad dominicana. Además, evitar el desastre, es decir, la victoria del invasor afianzada sobre la desaparición de buena parte de la población, —sea por la muerte en lucha desigual, sea por la emigración de grandes núcleos sociales,— ¿no era, a un tiempo mismo, preservar intacto aquel conglomerado nacional que mañana, con mejor fortuna, podría volver a reclamar sus derechos? Sin duda lo pensó también: es evidente que abrigaba la firme esperanza de que la nación dominicana habría de renacer algún día.

Núñez de Cáceres tiene significación singular en nuestra historia: fué el primer dominicano que se abrazó al ideal de la independencia y luchó por convertirlo en realidad. Su malograda concepción política revela un espíritu superior, puesto que, —como acertadamente señaló Guzmán Espaillat,— al pretender afianzar su obra poniéndola bajo el patrocinio de la Gran Colombia, buscó la seguridad "donde realmente estaba: en la solidaridad hispanoamericana".

Ofrendo estas páginas a la juventud dominicana, hoy más que nunca ávida de bucear en nuestro pasado. ¡Ojalá que estos *episodios dominicanos* sirvan de estímulo a tan noble afán!

Max Henríquez Ureña.

Londres, agosto de 1937.

La Independencia Efímera

I

EN CASA DEL JUEZ DE LETRAS

Finalizaba el año de 1818. En la ciudad vetusta y colonial de Santo Domingo de Guzmán comenzaban a encenderse las luces nocturnas. La campana mayor de la catedral daba el toque de oración. Por la calle de las Mercedes, casi desierta, avanzaba un jinete que espoleaba con impaciencia a su caballo. Venía sin duda de extramuros, porque el cansancio de la bestia, cubierta de sudor y de polvo, acusaba larga jornada por tierra fragosa. Al llegar a la esquina del Tapado se orientó resueltamente por el callejón del Hospital de San Nicolás de Bari. A poco andar se detuvo ante una casa de buen aspecto, hizo brincar al caballo sobre la acera y con el mango de la fusta dió dos golpes en la recia madera del portón abierto de par en par.

—¡Va! —gritó un negro que avanzó desde el fondo del zaguán.— ¿Qué se le *ofrese,* mi amo?

—¿Está don José?

—Sí, señor.

—Pues dile que José Cruz Limardo desea verlo.

—¡Ajá! *Demóntese,* que voy a avisarle.

No había andado dos pasos el esclavo, cuando una voz enérgica ordenó desde el piso superior:

—Mamerto, dí al señor Limardo que suba.

Ya el jinete había descendido del caballo, que el

esclavo tomó de la brida, mascullando:

—Voy a *yebarlo* al *trapatio.*

Con lento y fatigoso andar subió el recién llegado las escaleras. En lo alto lo esperaba un hombre de buena estatura, nariz recta y ojos oscuros y penetrantes. Sobre su ancha frente caía un lacio mechón de pelo negro. Su aspecto era altivo y autoritario, como cuadra a quien conoce la voluptuosidad del mando. De sus labios finos brotó una sonrisa acogedora.

—Adelante, Limardo. No esperaba verlo tan pronto. Siéntese.

—Gracias, don José, —contestó Limardo desplomándose casi sobre una amplia mecedora que con otras tres, una mesa de caoba y cuatro sillas, formaba el mobiliario de la antesala. La brisa que penetraba por la puerta del balcón que daba al patio le sirvió de refrescante alivio. Don José advirtió su cansancio.

—Necesita usted reponerse. Voy a llamar a Mamerto para que le traigan una copita de ron de Baní.

Dió al punto dos palmadas y apareció el esclavo, que con presteza ejecutó la orden.

—Ya sé a lo que viene usted, —prosiguió don José.— No valía la pena emprender por ese asunto un viaje desde Santiago de los Caballeros. He prestado al caso la atención que merece, y la causa iniciada contra los dos badulaques que usted acusa por haberlo injuriado y desafiado seguirá su curso normal, sin ninguna clase de contemplaciones.

—No sé cómo agradecerle...

—¡No me agradezca nada! ¿Para qué soy juez de letras sino para escarmiento de pícaros? Ya sé que en todo esto no hay más que una intriga patrocinada por el general Manuel Aybar, que en buenas obras, por lo

visto, emplea su valimiento como comandante militar del Cibao. ¡En qué mundo vivimos! Aparece allí un francesito charlatán que pretende hacer curas prodigiosas sin título alguno que lo ampare; y Aybar, en el empeño de desplazarlo a usted, que es bachiller en medicina de nuestra Universidad, se presta a favorecer una patraña a fin de que a usted le resulte imposible la vida en el Cibao. Por fortuna usted me escribió lo que se tramaba, y previno también al gobernador Kindelán y a su amigo Caminero.

—Ya usted vió que todo lo que le anuncié se cumplió al pie de la letra.

—Sí, ya sé. Querían provocar su ira y hacerlo cometer un dislate, pero su serenidad y su sangre fría desbarataron el plan. Soportó usted la provocación y la amenaza, y ahora el francesito y su cómplice son los acusados por injurias y desafío. Admiro a los hombres como usted, capaces de dominarse en situaciones semejantes. Yo en su caso habría cruzado la cara a esos villanos...

—Aunque usted no lo quiera, agradezco cuanto usted ha hecho. Necesito explicarle ahora que, en vista del cariz favorable que ha tomado el asunto, yo mismo me he constituído en fiador de cárcel segura para los acusados...

—Presenta usted la otra mejilla para que lo abofetéen. Es usted un perfecto cristiano.

—Ya ellos están arrepentidos, y vienen a la capital para dar finiquito a la causa. Pagarán ellos las costas y yo retiraré la acusación.

—Usted desea terminar ese asunto y relegarlo al olvido... ¿No es así?

—Así es, doctor. Aparte de que ya nada hay que

temer de esa gente, tengo mis motivos para tratar de que la atención pública no se fije en mí. Usted sabrá lo que me dijo, en forma de confidencia, Villanueva, el comandante militar de Puerto Plata.

—¡Que si lo sé! Como que el expediente enderezado contra usted como presunto espía de Bolívar fué remitido al Fiscal, que me lo mostró a guisa de argumento para amparar de algún modo a los tunantes que usted acusaba. ¿Y sabe usted lo que le dije a mi amigo el Fiscal? Que él no debía prestarse a tan bastarda villanía, así como suena, a tan bastarda villanía... Y que si usted era espía de Bolívar en Santo Domingo, eso era harina de otro costal y podía ser objeto de una investigación aparte, pero que la causa iniciada por usted con tan sólido fundamento y abundantes pruebas no podía entorpecerse por consideraciones de orden político. Puede usted estar tranquilo.

—De todos modos, ese expediente...

—¡Qué expediente ni qué ocho cuartos! Ese expediente irá a dormir en el archivo o yo no me llamo José Núñez de Cáceres. Ya he hablado con el gobernador Kindelán, con cuyo aprecio cuenta usted, y él ha convenido conmigo en que el tal expediente no es más que la base de la maquinación que contra usted se tramaba, ya que por ser usted venezolano era fácil atribuirle alguna connivencia con los revolucionarios del continente.

—Me devuelve usted la tranquilidad, doctor. Una vez más le doy las gracias. Y me voy, porque de la Puerta del Conde he venido hasta aquí sin detenerme ni avisar a nadie mi llegada, y en casa del doctor Pineda me esperan seguramente para cenar.

—¿Se hospedará usted allí?

—Sí, señor.

—Bueno. Dígale a Antonio que no deje de venir mañana a la tertulia.

Camino de la escalera, don José se detuvo e inquirió bruscamente, mirando con fijeza a su visitante.

—¿Sabe usted por dónde anda Bolívar?

—¿Cómo he de saberlo?

—Limardo, juguemos a cartas vistas. No lo está interrogando el juez de letras o el auditor de guerra, sino su amigo el doctor Núñez de Cáceres.

—Le digo la verdad, don José. Hace meses que nada sé del camino que sigue Bolívar. Recordará usted su victoria contra Morillo en el combate de Calabozo, a principios de año...

—Sí, señor, y también el desquite de las tropas españolas, poco después...

—Pues bien, las noticias posteriores son confusas. Parece que Bolívar se ha replegado hacia el Orinoco, pero tengo informes, que creo son fidedignos, de que su propósito es trasladarse a Nueva Granada para desarrollar desde allí un plan más vasto.

—Las noticias de usted coinciden con las mías. Y ahora, otra pregunta, a la cual me ha de contestar usted sin vacilar.

—Usted dirá.

—¿Tiene usted que cumplir algún encargo de Bolívar?

—¡Por Dios, don José! ¡Le juro que el expediente instruído contra mí es falso!

—No se trata del expediente, que ya le he dicho es letra muerta. Se trata de un informe personal y privado que solicito de usted.

—Doctor, le aseguro que no tengo relaciones de ningún género con la revolución suramericana.

—Pero si usted se lo propusiera ¿podría tenerlas?

—Claro que sí, doctor. Amigos, y aun familiares míos, militan en la revolución; pero, le repito, estoy enteramente desligado de ese negocio.

—Está bien, Limardo. Por hoy me basta.

Y don José estrechó con firmeza la diestra que Limardo le tendía.

II

EN FAMILIA

Don José permaneció un rato pensativo. De su abstracción lo arrancó, minutos después, un ruido de pasos en la escalera.

—¿Eres tú, Pedro? —interrogó.

—Sí, soy yo, papá. Vienen conmigo Simón de Portes y Lico Andújar.

—Bienvenidos sean. Llegan a buen tiempo. Juana debe estar esperándonos en el comedor. José llegó hace más de una hora.

—Precisamente venía a buscarlos, —dijo doña Juana entrando.— ¡Oh! ¿Cómo estás, Simón? ¿Qué hay, Lico? ¿Cómo están por tu casa? ¿Y Candelaria? ¿Y qué me dices de Andrés Andújar y de las muchachas?

—Todos bien, gracias. Ayer fuí con tío Andrés a Galindo, porque él piensa mudarse a la estancia. Las primitas están contrariadas con el proyecto de irse a vivir tan lejos.

—A Andrés habrá que quitarle eso de la cabeza. ¿Qué van a hacer esas pobres niñas en aquella soledad, atendidas por una criada como Isabel, que de puro vieja está medio chiflada?

—¿Y cómo está la niña, doña Juana?

—¿María de la Merced? Divinamente. ¡Y con lo

parlanchina que se ha puesto desde que cumplió los dos años! Me costó trabajo hacerla dormirse y al fin acabo de llevarla a la cama.

—Todavía no le da usted permiso para acompañarnos a la mesa.

—Tan chiquitica no puede ser. Conque a Jerónimo tampoco lo dejo, aunque va a tener seis años. Bueno, vamos a tomar el chocolate. Petronila hizo unas arepas y parece que están sabrosas. Por lo menos, así dicen José, Pancho y Gregorio, que anduvieron por la cocina y ya se comieron una entre los tres.

Pasaron todos al comedor. Don José ocupó una cabecera de la ancha mesa, y en la opuesta se situó doña Juana. Sentáronse a los lados Simón de Portes, Lico Andújar y los hijos de la casa. La *cena*, —nombre que comúnmente se daba a la comida vespertina,— era una simple colación, de acuerdo con la tradición sencilla y frugal del viejo hogar dominicano: una buena taza de chocolate con pan y mantequilla, y como complemento la arepa criolla de maíz, dorada y mantecosa.

—¿Qué se dice en la calle, —preguntó don José,— del estado de los ánimos en Samaná y en la frontera sur?

—Los rumores que corren, —contestó Pedro,— dan a entender que desde que Boyer ocupó la presidencia de Haití...

—Dirás mejor "de una parte de Haití", porque a Su Majestad el Rey Cristóbal no hay quien le discuta su reino del Guarico y comarcas adyacentes... ¡Qué ridícula tragicomedia la de ese tirano analfabeto! Pero, en fin, decías que...

—Que desde ese momento se inició un trabajo de zapa en la frontera sur para convencer a los dominica-

nos de que debían unirse a los haitianos y formar una sola nación, echando a España de la isla.

—Sí, la indivisibilidad política de la isla, tesis predilecta de los haitianos. ¿Cómo pueden hablar de indivisibilidad, si ellos están subdivididos en dos gobiernos distintos, esto es, en dos monarquías: la del rey Cristóbal y la de Boyer, que es una república con presidente vitalicio o monarquía disfrazada? Con esa cantaleta de la unidad política y con la libertad de los esclavos han impresionado a alguna gente, no sólo en la frontera sur, sino también en Samaná, donde, según informes que tiene el gobernador, se estaba conspirando.

—Se dice que ha habido desórdenes en Farfán de las Matas...; —agregó Simón.

—En realidad no ha habido nada, pero el público lo abulta todo. Algunos individuos fueron detenidos, pero después de interrogarlos se les puso en libertad. El gobernador Kindelán me ha dicho que piensa nombrar allí a José Lasala como comandante militar, y me parece muy acertada la elección. Lo mejor sería nombrar jefe superior de toda la frontera sur al teniente coronel Manuel Carbajal, a quien el gobierno colonial no quiere reconocerle más que el grado de capitán. Está ya viejo, achacoso, su vista flaquea, pero su prestigio personal, como segundo que fué de Sánchez Ramírez, es enorme, y su pericia militar está a la altura de su prestigio. Hasta ahora ni él ni otros compañeros de Sánchez Ramírez han visto premiados sus esfuerzos ni reconocidos los grados que conquistaron en el campo de batalla. ¿Quiere España mejores servidores que aquellos que espontáneamente arriesgaron la vida por devolverle la colonia que ella misma entregó a Francia?

—La verdad es, —dijo Lico Andújar,— que a pe-

sar de la reconquista estamos todavía como en los tiempos del Padre Vázquez:

"Ayer español nací,
a la tarde fuí francés,
a la noche etíope fuí,
hoy dicen que soy inglés..."

—"¡No sé qué será de mí!", —completó Pedro soltando la risa.

—Y a fe que no lo sabía el pobre cura de Santiago de los Caballeros —arguyó don José—, ya que los haitianos lo asaron con la propia madera del coro de la iglesia, como si se tratara de un cerdo encebado para nochebuena. Las vicisitudes que ha sufrido esta colonia olvidada de la metrópoli no tienen guarismo. Sin embargo, no ha habido pueblo alguno más constante en su adhesión a España, ni más orgulloso de su origen, que el pueblo dominicano. En 1793 hicimos un esfuerzo heroico por arrancar a Francia sus posesiones de la parte occidental y devolver a España el dominio de toda la isla. ¿Cuál fué el premio que recibimos? La cesión de la isla a Francia, convenida en el tratado de Basilea; esto es, la entrega de todos los dominicanos a la misma potencia que combatimos la víspera por amor a España. ¡Nos entregaron como si fuéramos un hato de bestias que se venden con la estancia donde pastan! ¡Malhaya el ministro Godoy, a quien, según parece, se debe tan peregrina ocurrencia!

—Pero usted lo ha dicho en buenos versos, don José, —interrumpió Simón de Portes:

"Si palaciega mano,
O de grado o por fuerza en Basilea,
Firmó la esclavitud de La Española,
Hoy el empeño vano

Se deshizo, ganada la pelea
De estos guerreros por la fuerza sola:
Que el áulico servil todo estipula
Y nunca el patriotismo capitula."

—Los versos no serán buenos, pero el hecho es verdad. Es decir, que después del bofetón de Basilea los dominicanos, por nuestro propio esfuerzo, reconquistamos la colonia para España. Sánchez Ramírez...

—"Los que pueblos oprimen
Perpetúen su fama ensangrentada
En columnas y en alto capitolio;
Para los que redimen
El suelo patrio de opresión forzada,
Hay más estable y apreciado solio,
Erigido en el pecho y por las manos
De sus reconocidos ciudadanos."

—Simón, me vas a hacer creer que sabes de memoria mi oda *A los Vencedores de Palo Hincado*...

—No se equivoca usted, don José. Debería usted publicarla...

—Me basta con que la conozcan mis amigos, y me alegro de que hayas recordado esa estrofa, que es merecido homenaje al brigadiar Juan Sánchez Ramírez, héroe de aquella jornada frente a un ejército tan aguerrido como el que mandaba Ferrand, a quien enorgullecían los laureles conquistados en las campañas napoleónicas. A Sánchez Ramírez se debe la reconquista de la colonia para España, pero también a él, y sólo a él, se debe que la colonia no sea hoy una nación independiente.

—¿Cree usted que podríamos serlo, a pesar de nuestros vecinos?

—Sin duda alguna. Así se lo dije a Sánchez Ramírez. En 1809, a raíz de la reconquista ¿qué podía preten-

der España? ¿No habíamos dejado de ser españoles por el tratado de Basilea? ¿No fué por nuestra voluntad como dejamos de ser franceses? En cuanto a Haití, dividido desde 1807 por Cristóbal, que estableció una monarquía frente a la república de Petión ¿cómo hubiera podido emprender la conquista de ajeno territorio, si no había podido asegurar la propia unidad nacional? Habríamos sido los primeros en proclamar la independencia en la América española. Meses después empezó la revolución en la América del Sur y en México. Las circunstancias resultaban cada vez más favorables para nosotros, pero el único hombre que en aquel momento podía enarbolar con éxito el pabellón de la independencia era Sánchez Ramírez. El no lo quiso. Su decisión fué hija de su buena fe y de sus personales convicciones. No era muy vasta su ilustración y por eso no podían exigírsele ideas atrevidas en los negocios políticos. De todos modos, su prudencia y su buen juicio hicieron de él un gobernante justo y bueno, si bien su mayor gloria no es ésa, puesto que por temperamento, mejor diré que por inclinación natural, era ante todo un militar, un estratégico de primera fuerza. En él hay que admirar no sólo el triunfo de Palo Hincado sino también la preparación de aquella campaña hasta llegar ese momento decisivo. El mismo ha expuesto en su *Diario,* con admirable sencillez, cómo se consagró a esa labor. Todo lo estudió, todo lo calculó, todo lo previó. Su famosa orden del día en Palo Hincado no indica otra cosa...

"—Soldados, hoy se debe
Pelear por la patria, y yo confío
Que nadie ceda, ni a partido venga:
La vida pierda quien cobarde huyere;
Matadme a mí, si yo la espalda diere."

—No. Mis versos no repiten con igual elocuencia la orden que él dictó. Sus palabras son insustituíbles: "Pena de la vida al que vuelva la espalda al enemigo; pena de la vida al tambor que tocare retirada, y pena de la vida al oficial que la mandare tocar, aunque sea yo mismo." ¿Comprenden ustedes lo que quiere decir esa espartana advertencia que debía grabarse en mármol para edificación de la juventud dominicana de hoy y de mañana? Quiere decir: "Ha llegado el momento supremo que he preparado con larga paciencia e infinitos desvelos. Nuestro triunfo es seguro, pero un momento de flaqueza puede arrebatárnoslo. Hay que estar dispuesto a morir. Si abrigamos tan firme decisión, venceremos." ¡Y vencimos! Vencimos para gloria nuestra y beneficio de España, porque España, que nunca se había mostrado solícita con nosotros, nos había abandonado a nuestra propia suerte. Es verdad que premió a Sánchez Ramírez dándole el puesto de gobernador y capitán general, que él desempeñó hasta 1811, es decir, hasta su muerte. Pero después de mi gestión interinaria al frente del gobierno político, —junto con el coronel Caballero, primero, y con el coronel Masot, después, en la capitanía general,— nos mandaron en 1813 a Carlos de Urrutia, torpe, absorbente y, en materia de fondos públicos, poco escrupuloso. ¿No lo bautizó el pueblo con el mote de *Carlos Conuco*, ya que por su afición a los pequeños negocios se valía de los presos para atender sin costo alguno el cultivo de terrenos labrantíos? ¡Y hacía vender a diario los frutos del *conuco áulico* en la puerta de la antigua casa de los jesuítas, a dos pasos del palacio de gobierno, como para vigilar más de cerca la operación! Para colmo, abolida la Constitución de 1812, *Carlos Conuco* tuvo en sus manos el mando absoluto de la colonia.

—Pero ahora, don José, tenemos al brigadier don Sebastián Kindelán y Oregan, que parece ser el mejor de los gobernadores y capitanes generales que hemos tenido en mucho tiempo, —dijo Lico Andújar.

—Y tanto... que a mí me parece el peor.

—¿Cómo así?

—Porque con gobernantes sensatos como Kindelán corremos el riesgo de que nuestro pueblo no comprenda la necesidad de hacernos independientes. Gracias a Kindelán, y a pesar del absolutismo de Fernando VII, vivimos ahora en medio de esperanzas risueñas. Es verdad que iguales esperanzas acariciábamos cuando se proclamó la Constitución del 12. Creíamos que España iba a dar buena acogida a las nuevas ideas, y ese sueño fué tan corto como tremenda fué nuestra decepción. Ibamos a tener representación en las Cortes, nuestros derechos serían iguales a los que podían disfrutar los españoles de la península, y junto con la libertad vendrían el sosiego y el bienestar... Yo me encontraba al frente del gobierno político al hacerse aquí la jura de la Constitución, y ya comprenderán ustedes con cuánta satisfacción presidí los actos solemnes que se celebraron entonces y con cuánto entusiasmo lancé, al terminarse la lectura del texto constitucional en la plaza mayor, un viva "por Fernando VII, por Jorge III, por las Cortes, por la Regencia y por la fidelidad dominicana". El mismo Fernando VII, cuyo retrato colocamos aquí ese día bajo palio, fué el que poco después echó por tierra la Constitución. ¡Adiós, pues, nuestras ilusiones!

—¿No cree usted que algún día volverá a ponerse en vigor la Constitución?

—Es posible, pero tampoco será por mucho tiempo. Estoy convencido de que nada bueno podemos es-

perar de la monarquía española, y que, si no nos declaramos independientes, los haitianos, en cuanto liquiden sus divisiones internas, aprovecharán cualquier momento favorable para invadirnos. ¡Lástima grande que Sánchez Ramírez no hubiera sabido prever y entender estas cosas! Antes al contrario, encerrado en el círculo estrecho de sus ideas, predicó a su pueblo la sumisión a España, y así lo reiteró desde su lecho de muerte en una proclama que era a la vez su testamento político.

—¿Fué usted el único que le habló en favor de la independencia?

—No. Manuel del Monte y otros más se manifestaron en el mismo sentido. En 1810 me tocó instruír como auditor de guerra la causa seguida por conspiración contra Del Monte, que fué enviado a España bajo partida de registro y absuelto por el Consejo de la Regencia, ya que no había cargos concretos contra él, fuera de sus opiniones personales, que eran también las mías. Pero la idea de la independencia existía en otros individuos que no tenían relación con nosotros. En el mismo año de 1810 hubo dos conspiraciones, si bien es verdad que en ellas desempeñaban importante papel algunos extranjeros. Primero fué la del habanero don Fermín, que hace poco ha sido embarcado para la península, después de siete años de encierro en la Torre del Homenaje. Más tarde vino la que se dió en llamar "conspiración de los italianos" porque la figura principal en ella era un capitán italiano de apellido Persi, a quien secundaban el sastre haitiano Santiago Fauleau, el zapatero venezolano Juan Cataño y un puertorriqueño conocido por Juan José. Esos cuatro individuos fueron ajusticiados. Sánchez Ramírez descubrió el plan: se lo denunciaron dos oficiales del batallón fijo, Mojica y Ugarte, que en un princi-

pio figuraron en la conspiración y después se arrepintieron.

—¿No hubo otra conspiración en 1812, cuando usted estaba al frente del gobierno político?

—Es cierto. Mejor diríamos que hubo dos. Pero la más importante, que pudo comprometer seriamente nuestro porvenir, tenía otro carácter. Se trataba de hacer que se levantara en armas la gente de color y matara a todos los blancos para unir nuestra suerte a la de Haití. Algo parecido a lo que ahora se pretende fomentar en Samaná y en la frontera sur. Tuve que actuar con rapidez y energía. José Leocadio, uno de los jefes de movimiento, asaltó la hacienda de Mendoza y trató de arrastrar consigo a los esclavos que allí encontró, pero no tuvo éxito favorable. El resultado final fué la imposición de unas cuantas penas de muerte y dos o tres condenas a presidio. Esa conspiración fué una voz de alarma que nos dió a conocer los peligros a que estamos expuestos. Nuestros vecinos llevan ya algunos años de vida independiente. Su historia está llena de errores y de horrores —¡bien lo sabemos por triste experiencia!— pero esos fenómenos son inevitables en la infancia de las naciones. A la larga, el valor, la decisión y el patriotismo de que han dado pruebas los conducirán hacia la tranquilidad, el bienestar y el progreso. Mientras Santo Domingo sea colonia española, ellos sentirán cierta inquietud ante la presencia de un poder europeo en sus mismas fronteras, y tratarán de hacerse dueños de esta parte de la isla, aprovechando cualquier momento difícil para España. En cambio, si nosotros proclamamos nuestra independencia, esa inquietud desaparecerá, puesto que no seremos para ellos una amenaza. No será difícil que abandonen entonces su doctrina de que la isla de-

be ser políticamente una e indivisible. Por fuerza han de convencerse de que dos pueblos que están separados por la lengua, la tradición, la historia y el origen, no pueden confundirse para constituír una sola nación.

—Y si esto es así, don José; si Haití se encuentra hoy, como en tiempos de Sánchez Ramírez, dividido en dos bandos y gobiernos, y España apenas puede fijar su atención en nosotros, puesto que casi todas sus colonias de América se encuentran en plena revolución ¿qué esperamos?

—Eres joven, Lico, y por lo tanto no me causa extrañeza la impaciencia que revela esa pregunta. Es fuerza esperar. Para definir nuestra actitud frente a España y poder conciliar nuestros intereses con los de Haití, necesitamos que haya en la América española un poder constituído que nos preste su apoyo. Oídlo bien: de la espada de Bolívar depende nuestra suerte.

Y mientras anudaba la servilleta, don José concluyó:

—Basta por hoy. Ustedes, muchachos, a estudiar, que en la Universidad se hila delgado. Y yo, a lo mismo, esto es, a leer.

III

ESPAÑOL DE AMÉRICA

Mientras doña Juana tejía sentada junto a la mesa de la antesala, don José, frente a ella, meditaba con un libro abierto entre las manos. Hacía rato que sus ojos no permanecían fijos en la letra impresa. En la sobremesa familiar había evocado el pasado para cotejarlo con las realidades presentes, y ahora un mundo de recuerdos se agolpaba en su mente.

Era él, —descendiente de un militar español que en el siglo XVII arraigó en Santo Domingo,— el que hoy encarnaba el ideal de la independencia en aquella colonia que fué la cuna de la civilización hispánica en el Nuevo Mundo. Español de puro linaje, ambicionaba romper el nexo político que unía a su tierra natal con la nación descubridora. ¿A qué extrañarlo, si él era español de América? ¿No podía decirse que era ya secular el antagonismo que separaba a los españoles de España de los españoles nacidos en América? Para aquellos el Nuevo Mundo era heredad conquistada y de señorío; para éstos era solar patrio al que los vinculaban las inquietas memorias del pasado: tierra maternal, llena de recuerdos, sufrimientos y esperanzas.

Bolívar ¿no era también de genuina prosapia española, trasplantada a América por aquel Simón de Bolí-

var que en el siglo XVI fué secretario de la Real Audiencia de la isla Española y descansaba para siempre en una bóveda funeraria de la Catedral de Santo Domingo?

Sí, él era, como Bolívar, español de América. El concepto de la patria no se materializaba para él en aquella tierra lejana que mandaba funcionarios y soldados a la empobrecida colonia de Santo Domingo. Su patria era el pedazo de isla donde había nacido.

Se había educado, como todos los dominicanos, en la temprana escuela que, según él mismo dijo,

enseña a hacer el noble sacrificio
del bien inapreciable de la vida.

A lo largo del tiempo, los dominicanos habían vivido con el arma al brazo para defender el suelo natal. Hoy contra Inglaterra, mañana contra Francia. Las alternativas de la política exterior de España tenían siempre violenta repercusión en aquella colonia que, a no ser por el temerario denuedo de sus hijos, habría sido fácil presa del enemigo.

Los ancianos se complacían en hacer el recuento de viejas luchas, para enseñanza y deleite de la gente moza. ¡Con cuánta fruición oía él en su niñez esas lecciones del pasado heroico! En 1774 se había firmado un arreglo de límites con Francia, que hacía más de un siglo estaba en posesión de una porción de la isla, y la antigua disputa por ese pedazo de tierra parecía cancelada; pero los viejos movían la cabeza inconformes:

—El día menos pensado se declara otra guerra entre España y Francia, y entonces marcharemos sobre la parte occidental. La isla entera será nuestra otra vez.

Y él, que desde temprana edad reveló su temperamento excitable y nervioso, preguntaba, impaciente, cuán-

do llegaría por fin la hora del desquite. La paz, sin embargo, parecía inalterable, y su tía y madrina, María Núñez, le decía:

—¿A qué pensar en nuevas guerras? Lo que necesita el país son hombres que lo ilustren y lo hagan progresar. Tú eres inteligente, José. Y si te empeñas serás aquí lo que se te antoje.

¡Ah, la buena madrina! ¡Era una Núñez de Cáceres: sabía hermanar la firmeza con la ternura! Huérfano de madre al nacer, él no había conocido el cariño maternal sino al través de los cuidados que le prodigaba esa mujer fuerte y bondadosa. Su padre, hombre trabajador y sencillo, quería que él se dedicara a la agricultura; pero su madrina objetaba siempre con energía: "¡Nunca en la vida, Pancho! ¿Cómo vas a malograr su inteligencia? Hay que hacerlo estudiar. Ya verás que con el tiempo será un sabio".

La madrina triunfó. ¡Con qué alegría lo llevó ella misma el primer día a la clase de latín! Años después su padre lo obligó a acompañarlo a la hacienda que cultivaba. Quedaron interrumpidos los estudios, pero su falta de inclinación a la agricultura y la tenacidad con que defendió su madrina el propósito de darle una educación superior, doblegaron nuevamente la voluntad paterna. Volvió a la ciudad. Pudo dar comienzo a sus estudios universitarios. ¿Era un alumno brillante? Al menos así lo decía su madrina cada vez que archivaba con regocijo las calificaciones que él obtenía. Lo cierto es que sentía pasión por el estudio, y cuando a los veintitrés años terminó la carrera de leyes, abandonó con sentimiento las aulas universitarias. Desde ese instante aspiró a volver a ellas, no ya como alumno, sino como profesor. No tardó en ver satisfecho ese anhelo. Poco después

contrajo matrimonio: había encontrado en Juana de Mata Madrigal la compañera dulce y abnegada que ambicionaba.

Ya para entonces la colonia no disfrutaba de la quietud de años anteriores. Había estallado la revolución francesa y al desplomarse el trono de Luis XVI surgieron nuevas complicaciones internacionales. Los viejos augures no se habían equivocado en sus predicciones: la guerra estalló de nuevo entre España y Francia, los dominicanos avanzaron sobre el territorio que Francia ocupaba en la parte occidental de la isla y se adueñaron de algunas plazas fuertes. ¿Había llegado la hora de reivindicar aquel pedazo de tierra? De España vino la respuesta, inexplicable y desconcertante: la isla entera sería entregada a Francia. ¡Así lo estipuló el tratado firmado en Basilea en 1795!

Los dominicanos recibieron la noticia con estupor e indignación; pero la entrega de la isla a Francia no se llevó a cabo inmediatamente y muchos concibieron la esperanza de que, merced a nuevas complicaciones, no se cumpliría lo pactado.

En Haití los esclavos se habían rebelado y reclamaban su derecho a la libertad. Toussaint Louverture, un tiempo aliado de los españoles para combatir a los franceses, militaba ahora bajo la bandera de la Francia republicana como campeón de su raza. Roume, el comisario enviado por la nación francesa, se mostraba indeciso. No se atrevía a reclamar la entrega inmediata de la colonia, dado el curso que tomaban los acontecimientos en Haití y en su propio país. El brigadier García Moreno continuaba al frente del gobierno colonial en nombre de España. Cuando en 1800 llegó el general Agé a pedir el traspaso de la colonia a Francia, el ve-

cindario protestó contra ese propósito y solicitó una nueva espera hasta conocer el resultado de las gestiones que se disponía a iniciar ante los gobiernos de Francia y España. La protesta amenazaba convertirse en asonada; y Agé, protegido por una escolta que le brindó el general García, abandonó la ciudad. Al cabo, Toussaint Louverture invadió con sus huestes, en nombre de Francia, el territorio dominicano y entró triunfante en Santo Domingo en 1801. ¡Qué escena aquella, la de la plaza mayor, que muchos emigrados le contaron después! Toussaint había convocado allí a las familias dominicanas y, tocando con la punta de su bastón de mando a las mujeres, les preguntaba si eran españolas o francesas. Fué una Núñez, —Dominga, que no desmentía la altivez de su casta,— la que se irguió, al sentirse tocada por el bastón del jefe invasor, y lo increpó duramente por su proceder.

Muchas familias emprendieron el camino de la emigración. Ya él, nombrado relator de la Audiencia, —la más antigua de América,— que fué trasladada a Cuba y establecida en la ciudad de Puerto Príncipe, había abandonado el suelo natal con su mujer y su primogénito, Pedro, que apenas contaba meses de nacido. Desde Cuba, —donde nacieron sus hijos José, Francisco de Asís y Gregorio,— siguió atento al proceso de los acontecimientos en Santo Domingo. Un año tan sólo duró el gobierno de Paul Louverture, a quien Toussaint dejó en la plaza conquistada. Los dominicanos, capitaneados por Juan Barón, lo obligaron, con las armas en la mano, a entregar el mando a Kerverseau, nuevo enviado de Francia. Toussaint, mediante un pacto de paz, se retiró de la lucha. Acusado después por conspiración, al parecer sin fundamento cierto, fué reducido a prisión y en-

viado a Francia, donde murió en el cautiverio; pero los haitianos seguían a un nuevo caudillo, Dessalines, que proclamó en 1804 la independencia de Haití e invadió al año siguiente el territorio dominicano. Horribles fueron las matanzas en Santiago de los Caballeros y en otras poblaciones, pero la ciudad de Santo Domingo resistió el cerco y los invasores emprendieron la retirada.

Algún tiempo después, el general Ferrand, invocando su mayor antigüedad en la expedición francesa que había sido enviada a Haití, arrebató por la fuerza el mando a Kerverseau y lo obligó a embarcar hacia Francia. ¡Era simpático, según decían, aquel gobernador francés que se había adueñado de la cosa pública mediante audaz golpe de mano! Hombre activo, de espíritu alerta, centuplicó sus esfuerzos por levantar el espíritu de la decaída colonia y por fomentar su riqueza. ¿Aspiraba a que sus buenas obras hicieran olvidar en Francia el origen ilícito de su gestión de gobierno? Un hecho que no supo prever echó por tierra sus planes. A pesar del empeño que puso en dar impulso al progreso y bienestar de la colonia, los dominicanos no querían seguir bajo el dominio de Francia. Este sentimiento, que tenía hondas raíces en la conciencia pública, se personificó en Juan Sánchez Ramírez, quien acometió la empresa de reconquistar la colonia para España. En 1808, Ferrand, derrotado por Sánchez Ramírez en Palo Hincado, se suicidó al ver en aquella derrota el fracaso de su carrera. Su sustituto, Dubarquier, capituló.

Muchos emigrados regresaron entonces a Santo Domingo. Don José no tardó en seguirlos a pesar de que en Cuba gozaba de holgado bienestar. Designado como teniente gobernador político, auditor de guerra y asesor general, fué amigo y consejero de Sánchez Ramírez, que

había sido confirmado por España en las funciones de gobernador y capitán general. Otros amigos de don José figuraban entre los hombres que merecían la confianza del caudillo: así el viejo veterano Manuel Carbajal, segundo en el mando de las fuerzas dominicanas en Palo Hincado; así Tomás Ramírez, secretario de Sánchez Ramírez, abogado y militar, siempre decidor y jovial. Un día habló con ellos sobre la posibilidad de proclamar la independencia dominicana. ¿No se habían declarado independientes las colonias inglesas de la América del Norte? ¿No había hecho lo propio un puñado de hombres en un territorio tan pequeño como el de Haití? Quizás Carbajal y Ramírez habrían llegado a rendirse ante sus razones, expuestas con calor y vehemencia, pero Sánchez Ramírez rechazó tan ambiciosa idea y declaró con sencillez:

—Si queremos vivir felices y tranquilos, no nos separemos de España. Para vivir en paz con nuestros vecinos, fuerza es contar con el poder de España, y es la paz lo que necesitamos.

De España había venido como comisario regio para organizar el gobierno de la colonia un dominicano de claro talento y vasta ilustración, que fué Ministro del Supremo Consejo de Indias: don Francisco Javier Pérez Caro y Oviedo, descendiente del adelantado Rodrigo de Bastidas, del historiador Fernández de Oviedo y del maestre de campo y gobernador Ignacio Pérez Caro. Cumplió Pérez Caro con habilidad su encargo y retornó a España, donde ostentó la representación de los dominicanos como diputado a Cortes al entrar en vigor la Constitución de 1812. Don José recordaba cuánto se había esforzado él por mantener con Pérez Caro las mejores relaciones de amistad y cortesía; pero pensaba que, de

haber permanecido Pérez Caro en Santo Domingo, honda disparidad de criterios los habría distanciado tarde o temprano. El había amamantado su espíritu en las ideas de Rousseau y Montesquieu: Pérez Caro era conservador por temperamento. El era anticlerical: Pérez Caro profesaba firmes principios religiosos. Si dispares en ideas, lo eran también en el carácter. El era apasionado y vehemente: Pérez Caro, que lo aventajaba en edad, era reflexivo, sereno, calculador. El era franco hasta la descortesía: Pérez Caro era hábil y astuto.

¡Más que hábil y astuto, hipócrita! rumiaba don José al recordar un incidente ocurrido entre ambos con motivo del proceso abierto por conspiración contra Manuel del Monte. La causa pasó a la auditoría de guerra, que él desempeñaba, y al recibirla se inclinó a proceder con cautela y benignidad, no sólo porque sus ideas políticas coincidían con las de Del Monte, sino además por consideración a Pérez Caro, que era próximo pariente del inculpado. Consultó privadamente a Pérez Caro sobre el curso que procedía dar a la denuncia, y creyó darle de ese modo una muestra de consideración personal.

—En nada me ligan los vínculos de la sangre cuando de la ley y del deber se trata, —le contestó Pérez Caro.

Ante tan seca respuesta, que envolvía tácita reprimenda, Don José trató de abreviar la tramitación de la causa para remitirla a la metrópoli, temeroso de que, si lograba hacerla archivar en Santo Domingo, su conducta fuese mal juzgada por el propio Pérez Caro. Del Monte, enviado a España bajo partida de registro, fué absuelto por el Consejo de la Regencia gracias a las recomendaciones que en su favor hizo Pérez Caro. Para colmo, alguien le dijo, años después, que Pérez Caro le

profesaba mala voluntad por haber procedido en la forma en que lo hizo; y que por tal motivo había interpuesto su poderosa influencia para que fuese denegada, como lo fué en efecto, la solicitud que hizo don José para ser nombrado oidor de la Audiencia de Quito.

¡Bah! ¡Pequeñeces, pequeñeces! masculló don José. ¡Mejor así! Podía alegrarse hoy de no haber abandonado su tierra, como Pérez Caro. Bien estaba Pérez Caro, desarraigado del suelo nativo, en su Madrid predilecto, donde disfrutaba de influencia y honores; y bien estaba él, español de América, en Santo Domingo, donde podía servir mejor a su pueblo. Algo había hecho, sin duda, ya que las circunstancias le brindaron la oportunidad favorable: quedó, por sustitución legal, al frente del gobierno político, al morir Sánchez Ramírez en febrero de 1811; y continuó en el desempeño del cargo, con carácter interino, hasta que en mayo de 1813 tomó posesión de la capitanía general el mariscal de campo don Carlos de Urrutia y Matos. Ciertamente, no fueron pocas las dificultades con que tropezó en su gestión gubernativa. Encontró el erario público en situación precaria. El dinero de que disponía el gobierno no alcanzaba a cubrir el capítulo de gastos. Los sueldos de los empleados se liquidaban en ocasiones con una reducción del cincuenta por ciento. Cundía el disgusto entre los militares, cuya paga sufría igual merma. ¡Día de prueba aquel en que se presentó en su despacho el teniente Andrés de Aguilar! ¿Cómo pudo dominarse ante ese energúmeno que profería incoherentes amenazas, caminaba febrilmente de un lado a otro del salón, y en un momento dado, puesta la mano en el puño de la espada, pareció pronto a desenvainarla? Al ver fuera de sí a aquel militar, que había sido ayudante de Sánchez Ramírez, sintió, en vez de in

dignación por el desacato, compasión profunda. Pensó que alguna razón asistía al irrespetuoso reclamante: la misérrima situación que atravesaba, dada la mezquina y recortada paga que hacía meses recibía ¿no era la causa de su exasperación? Contuvo don José los ímpetus de su carácter, y con voz reposada, como cuadraba al decoro de su autoridad, lo llamó al orden, le ofreció buscar remedio a ese estado de cosas y lo conminó a que se retirara.

Las transacciones comerciales se entorpecían por la escasez de moneda fraccionaria. En vista de ello, don José pensó acuñar piezas de cobre con el escudo provincial. Prevaleció, sin embargo, entre los demás prohombres de la capital, a quienes consultó, la idea de emitir papel moneda. Así se acordó; pero el papel se depreció bien pronto, y jamás llegó a ser admitido en las otras poblaciones y en los campos. Sólo después de este fracaso le fué dable poner en ejecución su plan de acuñación de moneda, aprobado por el Cabildo de Santo Domingo. Al lanzarla a la circulación no tuvo reparo en confesar, con su habitual franqueza, que esa moneda no se ajustaba exactamente ni a lo prevenido en la ley ni a las reglas de la numismática, pero que no había otro medio de satisfacer la urgente necesidad del momento. Logró, en efecto, restablecer de ese modo la normalidad de las transacciones. No obstante, el teniente coronel Francisco de Valderrama lo acusó ante el gobierno central por los defectos de que adolecía esa moneda. ¿No los había reconocido el mismo don José? La acusación de Valderrama, que contenía otras apreciaciones aviesas, habría encontrado ambiente propicio para enderezar un grave expediente contra el gobernador político, a no ser porque aquella iniciativa había dado buenos resultados

en la práctica.

A trueque de tales contrariedades, —y de las no menores engendradas por un conato de revolución, prontamente sofocado, de José Leocadio, Pedro de Seda y otros hombres de la raza negra,— pudo realizar algunos empeños útiles. Además, le cupo la dicha de presidir la jura de la Constitución de 1812, que resumía en sus artículos los principios políticos que él había sustentado siempre. Decretó dos días de júbilo popular para celebrar de modo solemne ese acontecimiento. Firmó lleno de satisfacción la convocatoria de la junta electoral, para proceder a la elección de un diputado a Cortes y de los siete miembros que debían constituir la diputación provincial...

No olvidó en sus afanes la educación pública. Deseoso de darle mayor impulso, elevó al gobierno central un informe sobre la población escolar y el número de planteles de enseñanza existentes en el país, para sugerir necesarias mejoras y reformas; y al final de su exposición lanzó la iniciativa que más le enorgullecía entre todas las que pudo patrocinar como gobernador político: la instauración de la Universidad, de la vieja casa de estudios que lo había contado entre sus alumnos. La sugestión fué acogida favorablemente, aunque, dada la lentitud que exigía la tramitación de toda clase de expedientes en la metrópoli, la Universidad no fué restablecida hasta 1815, época en que ya gobernaba la colonia el mariscal Urrutia.

Al abrir de nuevo sus puertas la secular casa de estudios, don José fué llamado al desempeño de la rectoría. A su memoria acudía el cariñoso vaticinio de la tía madrina: "¡Serás aquí lo que se te antoje!" ¿Qué más quería él que llegar a ser rector de la Universidad? Le

tocó presidir allí un areópago de amigos; y con el concurso de las más esclarecidas figuras intelectuales de la colonia, —que en su mayor parte concurrían a la tertulia literaria que don José celebraba en su casa los sábados,— fué para él tarea fácil y grata organizar la vida universitaria, que había quedado interrumpida durante más de tres lustros.

Aunque continuó en funciones de asesor general y auditor de guerra, abandonó gustoso el cargo de intendente por haber aceptado el nombramiento de juez de letras, y así quedó un tanto alejado de las actividades gubernativas. La supresión de la Constitución y el restablecimiento del absolutismo, junto con la mala administración de Urrutia, lo distanciaron cada vez más del gobierno político de la colonia. El gobernador Kindelán, que sustituyó a Urrutia en 1818, mostraba empeño en atraerse a don José y le dispensaba su amistad y su confianza. Solicitaba siempre su opinión como asesor y muchas veces se ajustaba a ella. ¿Aquel gobernante caballeroso y perspicaz había adivinado acaso sus planes para el porvenir y, por medio del halago, trataba de torcer el rumbo de sus ideas? ¡Inútil empeño! decía para sus adentros don José, que había perdido la fe en la administración colonial de España y sentía renacer en su espíritu con nuevo vigor el ideal de la independencia. El era español, ciertamente, y no sin orgullo recordaba su origen, pero era *español de América*. Y toda su inquieta esperanza se cifraba en un nombre: Bolívar.

IV

¡ESPERAR!

A casa de don José llegó meses después otro viajero. Venía, como Limardo, de Santiago de los Caballeros. Entregó el caballo a Mamerto y al enterarse de que don José estaba en la antesala subió las escaleras sin pedir ser anunciado.

—¡Cuánto me place verlo, señor alférez real!— exclamó don José al recibirlo.— ¿Lo trae por aquí acaso otra dificultad como la de hace unos meses? ¡Menuda gresca la que armaron ustedes, los regidores de Santiago, al suspender por su cuenta y razón a los alcaldes de la Santa Hermandad!

—Veo que está usted de buen humor. ¿Quién se acuerda ya de eso? El gobernador Kindelán no quiso entender nuestras razones y nos quedamos con un palmo de narices. Pero a fe de Antonio Martínez de Valdés que no le perdono que dejara sin castigo los vejámenes de que fuimos objeto por haber denunciado a unos cuantos funcionarios que no cumplían con su deber.

—Denunciarlos habría bastado, Antonio; pero ustedes fueron demasiado lejos al suspenderlos en sus cargos. ¿Cómo pretendían que el gobernador aprobase tan inconsulta medida?

—Usted recordará que nosotros supimos acatar la re-

solución que él dictó echando abajo la nuestra, pero mantuvimos nuestra acusación contra los malos funcionarios, y por esa causa fuimos víctimas de vejaciones y atropellos que el gobernador dejó sin castigo. Y eso no tiene justificación ni excusa.

—Piense usted en que ya el asunto había tomado tal cariz, que podía quedar en tela de juicio la autoridad del gobernador.

—Su autoridad moral es la que ha quedado en tela de juicio por haber procedido contra toda equidad y contra toda justicia.

—Cierto es que pudo y debió poner coto a esos desmanes, pero se ofuscó sin duda por los informes que recibió contra ustedes. Y prefirió dejar las cosas como estaban, mientras no pasaran a mayores.

—Pues sí que pudieron haber pasado a mayores, por su lenidad y tolerancia. Le confieso que un día estuve a punto de tener un lance personal con Domingo Guillén...

—El mayor de los alcaldes...

—Y el mayor de los bribones...

—Pues habría hecho usted muy mal. ¿Piensa usted en el aprieto en que se habría visto su amigo el juez de letras y auditor de guerra? ¡Digo! ¡Y con las versiones que circulaban respecto a ustedes!

—¿A qué versiones se refiere usted?

—Se decía que usted y otros regidores, como Leonardo Pichardo, eran desafectos al régimen de España. Se hablaba en el mismo sentido de algunas personas más, entre ellas don Manuel Sedano...

—Pues no se equivocaban los que tal decían...

—Se decía aún más. Se rumoraba que ustedes cons-

piraban, no sé si para entenderse con Haití o para proclamar la independencia...

—¡Don José! —exclamó con acento de enojo Martínez de Valdés, poniéndose de pie.— ¿Cómo puede usted admitir siquiera un minuto la idea de que yo pueda conspirar en favor de los haitianos?

—Ese grito del corazón lo pinta a usted de cuerpo entero. *Ergo*, ahora sé que conspiraban en favor de la independencia...

—No se equivoca usted. Y para que hablemos sin reservas mentales debo decirle que de ese negocio venía a hablarle.

—¡Ta, ta, ta! ¿Con que esas tenemos?

—Sí, don José. Esas tenemos. El actual régimen colonial es insoportable. Bochornoso resulta que mientras los otros pueblos de América luchan por ser naciones libres, nosotros contemplemos con indiferencia esa lucha y sigamos conformes con un régimen ridículo que desde la época de Urrutia el pueblo ha bautizado con el nombre de "la España boba". Los bobos somos nosotros, don José.

Sentóse Martínez de Valdés, y serenándose tras un breve silencio, murmuró:

—Claro está que todo esto debe quedar entre amigos, sin que se entere el auditor de guerra...

Don José frunció el ceño y contestó con mal encubierta irritación:

—El mero hecho de hacer esa salvedad envuelve una ofensa. Si quiere usted que sigamos siendo buenos amigos...

—No tuve tal intención, —declaró Martínez de Valdés un tanto confuso.— Excúseme, y dé por retirada la frase.

—Está bien. Podemos seguir hablando. Usted cree que el régimen actual no tiene pies ni cabeza y que nuestra condición de pueblo sumiso es bochornosa...

—Usted lo ha dicho.

—¿Y para emprender la lucha por la independencia con qué cuenta usted?

—Con un puñado de hombres resueltos y con el sentimiento popular...

—¿Armas?

—Las suficientes.

—Suficientes para ese puñado de hombres resueltos, querrá usted decir.

—Y más también.

—Ya es algo; pero no es mucho. En cuanto al sentimiento popular, aunque acaso no tan extendido y arraigado respecto a un propósito definido, como usted supone, es general, podemos decir casi unánime, en su disgusto ante el actual estado de cosas; a pesar de que, créalo usted o no, Kindelán ha hecho mucho por el bienestar de la colonia. Nuestro pueblo ama la libertad y no se conforma con haber saboreado los beneficios de la Constitución del 12 para que a vuelta de poco tiempo lo despojaran de los derechos que ese pacto fundamental consagraba y volviéramos al ominoso absolutismo. Usted quiere iniciar una revolución con unos cuantos hombres y con la esperanza de que el pueblo los secunde. ¿Ha pensado usted bien en la suerte que les espera?

—De sobra sé que nos exponemos al patíbulo, pero ninguna redención se logra sin sangre...

—Ya sé lo que me va usted a decir, pero no se trata de heroísmos y abnegaciones, —cosa que en toda revolución hay que dar por descontada,— sino de saber

cuáles son las probabilidades de éxito de la empresa. Si ustedes promueven un alzamiento en el Cibao, quizás obtengan éxitos momentáneos, pero a la postre serán batidos en debida forma, y el resultado final será una condecoración más para Kindelán, un ascenso para el general Aybar y el afianzamiento del régimen colonial por medio de la fuerza.

—Es que no contamos solamente con la gente del Cibao...

—¿Con quién más cuentan?

—Contamos... Contamos... ¡con usted, don José! Y contar con usted como director supremo del movimiento es contar con el país entero.

—Explíquese, Martínez Valdés. ¿En qué se fundan ustedes para contar conmigo?

—Las ideas de usted son de sobra conocidas para que yo me vea en el caso de explicárselo. Si en alguna casa se habla con entera claridad del problema de la independencia es en la de usted. ¿Cree usted que el país entero ignora lo que se discute aquí en la tertulia de los sábados ¿Cree usted que el pueblo no sabe que es usted mismo el que defiende con más entusiasmo la idea de la independencia en esas discusiones?

—Bueno. En ese caso estoy haciendo una revolución de palabras desde el salón de mi casa; pero las palabras no asustan a nadie, y la mejor prueba de ello es que el gobernador toma el asunto a broma y ya en más de una ocasión me ha preguntado qué haría el auditor de guerra cuando le dieran el encargo de despachar una causa contra sí mismo por el delito de conspiración. Tampoco Urrutia paró mientes en lo que aquí se hablaba. Y si nos remontamos a la época anterior, para nadie es un secreto que al propio Sánchez Ramírez ex-

puse la idea y le señalé la conveniencia de ponerla en práctica.

—Me está usted dando toda la razón...

—Sí, en cuanto a las palabras; pero de las palabras a los hechos...

—¡Qué! ¿Vacilaría usted en llevar a vías de hecho el mismo plan que proponía a Sánchez Ramírez?

—No vacilaría un minuto si tuviera la probabilidad del éxito.

—¿No considera usted que podemos contar con esa probabilidad?

—No. Tratemos, ante todo, de precisar algunos puntos esenciales.

—¿Cuáles son?

—En primer lugar, es cierto, como decíamos, que el descontento es general, desde los tiempos de Urrutia, pero no me negará usted que Kindelán, que es hábil, ha enderezado mucho la situación. No son pocos los que han vuelto a tener confianza en el régimen colonial. Necesitamos, por lo tanto, que los méritos de Kindelán, muy apreciados en España, faciliten su rápido ascenso a una posición mejor, lo que no tardará en suceder, al menos si tenemos en cuenta ciertos rumores que vienen de fuera. Eliminado Kindelán, que es además un enemigo temible, porque es enérgico e inteligente, tengo la plena convicción de que no vendrá a sustituirlo nadie que valga la pena. Entonces retoñará con mayor fuerza el descontento popular.

—No estoy del todo conforme, don José, ni atribuyo tanta importancia a Kindelán; pero de todos modos, cuando le dije que venía a tratar con usted este asunto no pretendí insinuar que el movimiento debía estallar la semana próxima.

—Perfectamente. Veamos ahora la cuestión en sus relaciones con el exterior. Por un lado tenemos a Haití, con sus amenazas de invasión. Por el otro, a España. Es indispensable que desde el principio aparezcamos como aliados de otro poder que imponga respeto a Haití y nos ayude contra España. A la vez, ese apoyo inspirará a todos los dominicanos la confianza necesaria para continuar la obra emprendida.

—¿Cuál puede ser ese poder?

—¿No lo adivina usted? Quizás le baste con una palabra: Bolívar.

—Ahora veo claro. Usted piensa que debemos entendernos con los revolucionarios de la América del Sur...

—Eso es. Los pueblos de América deben apoyarse unos a otros hasta arrojar a España fuera del Nuevo Mundo. Mientras quede alguno de ellos sometido a la condición de colonia, están en peligro los demás. En cuanto a Haití, que gracias a Petión prestó ayuda oportuna a Bolívar ¿cómo habría de ver con desconfianza nuestra independencia si ella contara con el apoyo del propio Bolívar? Si Haití ha pensado nuevamente en invadirnos es porque somos colonia de España. No pensará de igual modo cuando España se haya ido de aquí. Antes al contrario, su deber será ayudarnos para evitar que España vuelva. Lo que importa tener en cuenta es esto: si Bolívar triunfa en definitiva, con él triunfaremos; si fracasa, no sé como se decidirá nuestra suerte.

—¿Qué cree usted que debemos hacer?

—Por ahora, esperar. Esperar, esperar... hasta que se pueda determinar mejor la suerte de la América del Sur. Una victoria decisiva de Bolívar...

—¿Cuánto durará la espera?

—El tiempo que haga falta. La impaciencia es mala consejera para decidir el destino de un pueblo.

—¿Por qué no ponernos desde ahora en comunicación con Bolívar?

—Hay que intentarlo, aunque no es cosa fácil, dadas sus continuas mutaciones de lugar. Sé que ha permanecido un tiempo en Angostura, donde como usted sabe se reunió en febrero el Congreso que lo designó para la presidencia de la república; pero ahora me consta que marcha hacia Nueva Granada. De su éxito allí depende el porvenir de América; pero a nosotros lo que nos importa es determinar cuál ha de ser nuestro modo de actuar. Los amigos del Cibao esperan que usted les lleve una respuesta mía. ¿No es así?

—Cierto es.

—Pues dígales que soy siempre el mismo, ya que mis ideas no son un secreto para nadie; que lo escuché a usted con interés y simpatía, pero que por el momento no me encontró usted dispuesto a adoptar ningún plan. Que sigan pensando en mí como en un sincero defensor de la idea de la independencia, pero poco inclinado a entrar en acción, al menos por ahora.

—Entendido.

—Mientras tanto, siga usted trabajando, esto es, sumando adeptos. ¿Estamos?

—Perfectamente, don José.

—Y hable, como cosa suya, con José Cruz Limardo, a fin de que él le indique a quién y en qué forma debe usted dirigirse para sondear la opinión de Bolívar o para establecer comunicación con él. Es probable que Limardo no quiera mezclarse en nada de esto, pero sus indicaciones pueden ser muy útiles.

—Con los datos que él me facilite...

—Puede usted tratar de entrar en relaciones con los revolucionarios de la América del Sur. He pensado muchas veces en redactar una exposición sobre el problema dominicano y enviarla a Bolívar, pero eso debe quedar para más tarde. Ahora es preciso averiguar de algún modo qué acogida podría encontrar nuestro plan. Bastará exponer un criterio, una inclinación, una posibilidad, más que un plan claramente definido, porque mientras la comunicación no quede establecida de manera segura, una carta perdida puede equivaler a una catástrofe. Lo mejor sería enviar a la América del Sur un mensajero de confianza que dijese de palabra lo que nos interesa, pero esto es punto menos que imposible. Limardo, en quien pensé para eso, no quiere mezclarse en el asunto, y mucho será que nos dé las indicaciones que nos hacen falta.

Martínez de Valdés se puso de pie; y tendiendo los brazos a don José, exclamó:

—¡Tierra feliz la nuestra el día en que sea su presidente el doctor Núñez de Cáceres!

—No se trata de presidencia, —contestó don José,— sino de afrontar con firmeza de ánimo la responsabilidad que hemos de asumir ante la historia.

V

LA TERTULIA

—Felices pascuas, don José.

—Felices, Limardo. Me dicen que viene usted a quedarse en la capital.

—Por ahora sentaré aquí mis reales. El doctor Pineda espera recibir por el próximo paquete su nombramiento como protomédico y me ha alentado a presentar examen para graduarme. Si se confirman sus esperanzas, que parecen fundadas, así lo haré.

—¿Ha hablado usted con él hoy?

—No. Estuve en su casa, pero había salido.

—¿Esta vez no se hospeda usted allí?...

—No, señor. He aceptado la invitación que me hizo Caminero.

—¿Cuándo llegó usted?

—Ayer por la tarde.

—¿Y qué hizo desde entonces hasta la noche de hoy, que no tuvo ocasión de ver a Pineda?

—Calcule usted. Encontré la ciudad muy animada con la nochebuena. Después de cenar en casa de Caminero me fuí a la misa del gallo.

—¿Es usted aficionado a las misas?

—Sí. Y a la del gallo nunca falto.

—Cualquiera diría que tiene usted diez y nueve

años, como mi hijo Pedro, que no falta a las retretas ni a las misas del gallo.

—Pues una retreta parecía la misa de anoche. En la nave central los buenos creyentes oían los oficios con fervor, pero en las naves laterales la juventud iba y venía como si estuviera en la plaza de armas, en vez de estar en la catedral. Con el ruido que había no creo que nadie haya podido oír a derechas el sermón del deán Aybar. Yo no le entendí una palabra. Las muchachas, mientras él hablaba, miraban de soslayo a los jóvenes que paseaban por las naves laterales. Por cierto que algunos circulaban comiendo *maní tostao* y *lerenes*. Y en efecto, por allí alcancé a ver a Pedro con otros amigos suyos.

—Después anduvo seguramente de guitarreo con Lico Andújar y comparsa. Me pidió permiso para venir tarde, porque después de la misa tenían un *sancocho* no sé donde. ¿Cómo iba a negárselo, si se ha pasado el año estudiando? Ya es licenciado en artes, y a la vuelta de un año más recibirá su grado en leyes. En cuanto a José, también aprovecha su tiempo en el estudio.

—Debe usted estar orgulloso de sus hijos.

—La mayor satisfacción de un padre es que sus hijos sigan sus propias huellas y acaso lleguen a ser lo que él quiso ser y no pudo.

—¿Qué más que lo que usted ha llegado a ser? Rector de la Universidad, gobernador político, auditor de guerra, juez de letras, asesor general y... todavía...

—Algo es, Limardo; pero soñé con tener bríos intelectuales suficientes para conquistar la fama y ver consagrado mi nombre aquí y fuera de aquí. Pretendí ser hasta poeta... Pero la fama es una deidad esquiva que no suele visitar esta colonia olvidada e infeliz para con-

sagrar a algunos de sus hijos. ¿Quién, con los raquíticos recursos intelectuales de que disponemos aquí, puede desarrollar su inteligencia de modo tal que merezca extenso renombre? Por eso me tiene usted empeñado en que los demás, empezando por mis hijos, alcancen una mejor preparación. Mi mayor orgullo es haber logrado que se abrieran de nuevo las puertas de la Universidad. Y he hecho de mi casa un centro de reunión de la gente ilustrada, ya que no podemos pensar en tener academias, aunque esta ciudad fué llamada en un tiempo "Atenas del Nuevo Mundo". Una Atenas sin Partenón... Ha llegado usted a buena hora, Limardo, porque el día de pascua ha caído en sábado y no tardarán en llegar los amigos que siempre vienen a mi tertulia. Quédese...

—Con gran placer asistiré por primera vez a una de esas famosas tertulias de los sábados...

—¿Tenemos, pues, a Limardo como neófito? —dijo alguien que subía la escalera.

—Es la voz de Pineda. ¡Primero en llegar! —dijo don José poniéndose de pie.— Pasemos de una vez a la sala, pues no tardarán en venir los demás.

Entró Antonio María Pineda. Tendió la mano a don José y saludó con efusión a Limardo, haciéndole mil preguntas sobre sus proyectos mientras se dirigían a la pieza contigua, amplio salón cuyas tres puertas se abrían sobre el balcón que daba a la calle.

—Ya hablará usted largo y tendido con Limardo, que quiere hacerse médico de tomo y lomo, —apuntó don José al tomar asiento.— Pero ahora dígame, Pineda, qué se cuenta por ahí.

—Cualquier noticia que yo le dé la sabe usted mejor que yo. ¿Quiere usted que le repita que está ya

confirmada la victoria de Bolívar en Boyacá? No se habla de otra cosa...

—Bueno, pero ¿qué se dice?

—¿Qué quiere usted que se diga? Que éste es un revés muy serio para la madre patria y que España parece llamada a perder sus colonias de la América del Sur.

—¿Y nadie piensa en lo que debemos hacer nosotros?

—Como pensarlo, muchos lo piensan, pero apenas se atreven a decir esta boca es mía. Otros se manifiestan opuestos a toda idea de independencia entre nosotros, por temor a una invasión haitiana.

—Invasión más de temer aún si seguimos siendo colonia española. ¿Qué piensa usted de esto, Limardo?

—Que los haitianos siempre desearán ser dueños de toda la isla, pero quién sabe pudieran entenderse con una república independiente que se basara en principios iguales a los que ellos han puesto en su Constitución, empezando por abolir la esclavitud.

—Creo lo mismo, aunque sé que hay dominicanos influyentes que dicen que aquí casi no hay esclavitud, y que los pocos esclavos que hay están bien como están. Por mi parte, si algún día llegamos a ser independientes, seré el primero en dar libertad a mis esclavos, háganlo o no los demás.

—Así debían pensar todos, doctor. Sería un grave peligro establecer, en el vecindario inmediato de una nación de libertos, una república cuyo primer paso no fuera abolir la esclavitud.

—De acuerdo. Pero he interrumpido a Pineda, que quizás tenía algo más informar.

—Sólo agregar que, así como hay quienes creen que debemos seguir el camino trazado por Bolívar, pero

apenas se atreven a decirlo, y otros, que desearían lo mismo, vacilan por temor a una invasión de nuestros vecinos, hay también algunos, —ya usted los conoce,— bien hallados con el régimen actual. Esos declaran que Santo Domingo será siempre colonia española aunque todo el resto de América se haga independiente, y agregan que en eso estriba nuestra felicidad. Y, en fin...

Ruido de pasos en la antesala interrumpió la conversación.

—¡Adelante! dijo don José.— Aquí están los Fernández de Castro, don Felipe y don Francisco. ¡Hola! también llega Brenes.

No habían terminado los saludos cuando penetraron en el salón otros visitantes. A todos los acogía cordialmente don José.

—¡Salud, Moscoso! ¿Cómo le va, Arredondo? ¡Venga esa mano, Martínez Valdés! Debe usted ir pensando en mudarse de Santiago para la capital, porque de un tiempo a esta parte se le ve por aquí muy a menudo... Siéntense y hablen, cuenten sus impresiones, que soy todo oídos. Esta noche me comprometo a ser el menos locuaz de la tertulia...

—Lo que quiere el doctor Núñez de Cáceres, —dijo Felipe Dávila Fernández de Castro con burlona sonrisa, —es que le hablen de Boyacá, le digan una vez más que Barreiro fué hecho prisionero por Bolívar, le repitan que el virrey Sámano se dió a la fuga y le confirmen otras tantas cosas que, aunque increíbles, parecen ya indudables. A Núñez de Cáceres le gusta, en política, la salsa picante; y a mí me deleita oír sus comentarios, aunque todo el mundo sabe que mis inclinaciones son otras y que, en el terreno de las doctrinas, estamos en campos opuestos. Don José dice que quiere oírnos, pero

yo colijo que lo que desea es que le demos pie para una de sus sabrosas peroratas sobre la libertad, el contrato social y el derecho de los pueblos a gobernarse por sí mismos. En lo que no creo es en que ni esta noche ni nunca sea el menos locuaz de la tertulia...

—Tan malicioso alegato, —contestó don José con sorna al ver que los demás soltaban la risa,— tiende a hacerme quebrantar mi propósito de oír y callar. Eso equivale a declarar que mi posición de oyente es cómoda; y es un modo de usurpármela y de esquivar la necesidad de omitir opiniones propias...

—¿Por qué he de esquivarla? —declaró serenamente el aludido.— Todos conocen mi modo de pensar. No repudio las nuevas ideas que hoy se abren paso, y considero que debemos tomar de ellas lo bueno que encierran, porque progreso significa cambio, pero...

La llegada de nuevos concurrentes cortó el hilo de su discurso.

—Bienvenidos, Del Monte y López Medrano, —dijo don José.— ¡Ah! Y también llega un refuerzo de gente joven: Monteverde con Lico Andújar, Simón de Portes y mis hijos. Siéntense y escuchen, porque al llegar ustedes dejaron a don Felipe en un pero que vale un mundo, porque ese pero es la sal de su pensamiento.

—¿Un pero? —exclamó Monteverde.— Ese pero me sabe a Boyacá...

—¡Caliente, caliente! —afirmó Pineda.— Boyacá nos trajo al tema tantas veces discutido aquí de las nuevas ideas, de...

—Entiendo, entiendo.

—Bueno, oigamos lo que viene después del pero, —dijo Núñez de Cáceres.

—Lo que viene después del pero, —continuó Fer-

nández de Castro,— es que no necesitamos romper nuestra unidad con España para que el justo deseo de una libertad bien entendida quede satisfecho. Antes al contrario, las colonias que se separen de España porque acusan a España de despotismo, van hacia el despotismo que sobre ellas ejercerán mandatarios improvisados e irresponsables. ¿Qué puede producir la revolución de la América del Sur sino el caos? ¿Qué quieren Bolívar y sus secuaces?

—¡Libertad!

—¡Libertad! Pongámonos de acuerdo primero. ¿Qué es la libertad?

—*Omnis definitio periculosa est,* —interrumpió Andrés López de Medrano.

—Acepto la prudente advertencia del tratadista de lógica. Prescindamos de definirla, pero aún sin definirla me atrevo a afirmar que las colonias de la América del Sur, si consiguen su independencia, cosa todavía problemática, no llegarán a disfrutar de verdadera libertad.

—¿Y con España la alcanzarán? —preguntó Moscoso.

—Sin duda. ¿No hemos tenido ya el ensayo de la Constitución del 12?

—Es cierto.

—Parece mentira, Moscoso, —irrumpió don José,— que un maestro en dialéctica legal como usted caiga en la trampa sofística que nos quiere poner al paso don Felipe. ¿No ve usted que él quiere limitar el concepto de la libertad a la existencia legal de los derechos individuales? ¡Y todavía! ¿Si esos derechos estuvieran garantizados en la práctica? Pero yo sostengo que un pueblo que no puede gobernarse por sí mismo no es un

pueblo libre, aunque le concedan derechos políticos y lo faculten para tener un representante a quien nadie oye en las Cortes.

—Usted confunde la libertad con la independencia, mi querido don José.

—No. Lo que sí afirmo es que la independencia de los pueblos es la mejor garantía de su libertad. Los hombres abandonaron el estado natural para entrar en una sociedad civil que les asegurara la vida, la propiedad y la libertad. Los gobiernos, por lo tanto, deben derivar sus poderes del consentimiento de los asociados. ¿Puede colonia alguna disfrutar de ese beneficio? ¿Quién, en nuestro siglo, se atreverá a negar a un pueblo el derecho, inherente a su condición de sociedad humana, de darse un sistema de gobierno que emane de su propia voluntad y satisfaga sus anhelos y necesidades?

—¡Vaya por Juan Jacobo! No vayamos a enredarnos ahora en una discusión sobre el contrato social, porque ya una vez nos dieron las doce de la noche discutiendo ese tema...

—Sin ponernos de acuerdo...

—¡Aquella tertulia fué memorable! —declaró Monteverde.— Todavía me parece que oigo a don José defendiendo las ideas de Rousseau con pasión y vehemencia, y a usted, don Felipe, poniéndole reparos, breves y precisos como estocadas...

—A ello me obligaba él, porque a nadie entrega el monopolio de la palabra cuando se entusiasma. Pero más que de esa noche, conservo el mejor recuerdo de aquella otra en que todo el mundo echó su cuarto a espadas sobre Chateaubriand.

—Cierto, —ratificó López de Medrano.— Esos temas son los de mi predilección.

—Pues ya que don Felipe y López Medrano prefieren los temas literarios, cosa que también me agrada. —dijo don José tomando un libro de la mesa próxima,— voy a mostrarles esta obra que me ha facilitado monsieur Sorapur y que estoy leyendo con sumo interés. Para nosotros, que vivimos tan apartados, es la última novedad que llega de Europa, aunque tiene tres años de publicada...

—¿Algo nuevo de Chateaubriand? preguntó Francisco Fernández de Castro.

—No. Es una novela de Benjamín Constant. Se llama *Adolfo*. Es una obra que en algo coincide con *René*, ya que en ella el autor se presenta con un nombre supuesto. Porque *Adolfo*, no cabe duda, es *Benjamín;* y monsieur Sorapur me ha contado, a modo de chisme mundano, que la Eleonora que ahí aparece es Madame de Stael. Vamos a saborear el estilo claro y sencillo de Constant leyendo algunas páginas del primer capítulo. Además, puedo facilitar por turno el libro a los que quieran leerlo, aunque no se lo devolvamos a monsieur Sorapur hasta la próxima nochebuena. Monteverde, que tiene voz sonora de joven barítono y pronuncia bien el francés, como que ha sido el alumno más brillante de la "academia francesa" que hemos agregado a la Universidad, puede encargarse de la lectura.

Pasó el libro a manos de Monteverde, a quien todos prestaron atención solícita.

—"Je venais de finir á vingt-deux ans mes études á l'Universsité de Gottingue, L'intention de mon pére..."

Pasos firmes se oyeron en la escalera. Monteverde interrumpió la lectura y exclamó en tono zumbón...

—Otros *habitués*. Cualquiera diría que es un batallón.

—No, es el capitán general, que viene, con el capi-

tán de milicias de dragones, don Tomás Ramírez, a sorprender a los conspiradores, —contestó desde la antesala, con voz fuerte, el gobernador Kindelán. Avanzó hasta la entrada del salón y agregó, mientras afable sonrisa animaba su rostro sonrosado de irlandés:

—Buenos noches, señores, y felices pascuas.

Don José se adelantó hacia los recién llegados, mientras Pedro se apresuraba a desembarazar al gobernador de su sombrero y su bastón de carey.

—En Santo Domingo no habrá conspiradores, —declaró don José,— mientras haya un capitán general como don Sebastián Kindelán y Oregan, que es siempre el bienvenido en esta casa, donde también es acogido siempre con afecto don Tomás Ramírez, en quien veo ante todo al amigo de juventud y al soldado que se cubrió de gloria en la campaña de la reconquista.

—A pesar de tan cortés bienvenida, —dijo Kindelán al ocupar el asiento que le ofrecían,— temo que hayamos sido importunos, porque veo al joven Monteverde con un libro en la mano y me doy cuenta de que hemos interrumpido la lectura de algo que debe ser interesante...

—Nos enterábamos de la última novedad literaria de Francia, —contestó don José,— pero más interesante aún ha de ser para nosotros la conversación de ustedes. No es pequeña la satisfacción que nos produce, —estoy seguro de que expreso el sentir de todos,— la presencia del señor gobernador, que por primera vez asiste a esta tertulia.

—Me ha favorecido la suerte, doctor. Vine, —á tout seigneur, tout honneur,— a rendirle mi visita de pascuas y a devolverle sus felicitaciones de esta mañana; pero no recordaba que hoy se reunía aquí la tertulia habitual

y que había de encontrar lo más granado que tiene la colonia en saber e inteligencia. Ustedes tienen este sabroso desquite después de los afanes e inquietudes de la semana. Mientras otros no saben cómo dejar a un lado sus preocupaciones, —y las mías, como gobernante, no son pocas,— ustedes pueden olvidarlas siquiera un par de horas para deleitarse con novedades literarias. Ya sé que no dejan ustedes de tratar los asuntos públicos y discutir alrededor de las cosas del día, pero lo hacen desde un plano superior, puede decirse que filosófico... No en balde veo aquí a alguno de los maestros de filosofía que tiene en la Universidad mi hijo Juan, que mejores no podría encontrarlos en ninguna parte. En fin, ya sé que todas las ideas se oyen y contrapesan aquí con espíritu elevado. ¿No es así, doctor?

—Usted lo ha dicho, señor gobernador.

—En prueba de ello diré a usía, —interrumpió Brenes recalcando sus palabras,— que antes de hablar de novedades literarias ha habido aquí esta noche un debate provocado por las noticias de la América del Sur, y que el doctor Núñez de Cáceres, impugnado por don Felipe Fernández de Castro, mientras los demás oíamos sin atrevernos a terciar en la discusión, hizo un alegato, basado en el contrato social, en pro de la independencia.

—Mis ideas las conoce de viejo el señor gobernador, por lo cual, señor Brenes, no tendrá él por qué agradecerle esa información, —dijo don José con seca displicencia.— Si esas ideas constituyen un delito, ¡a la justicia con el juez de letras!

Brenes se mordió los labios sin saber cómo replicar.

—La justicia castiga hechos, —intervino Kindelán,— pero no persigue ideas cuando sirven de tema para discusiones reposadas en una reunión de hombres

ilustrados. Y ya que, sin querer, hemos tocado este punto, permítanme ustedes que, sin pretensiones filosóficas, pero con la llaneza de un hombre práctico a quien una difícil misión obliga a cavilar un día y otro sobre estas cuestiones, les dé a conocer mi opinión.

—Lo escuchamos con placer e interés, —afirmó don José.

—No creo, —prosiguió Kindelán,— que sea posible ni conveniente la independencia de las colonias españolas de América. Hasta ahora la revolución americana ha sacado partido de las vicisitudes que ha sufrido España, pero España tendrá siempre a su alcance los medios necesarios para dominar el movimiento y a la larga así será.

—¿Aún después de Boyacá? —inquirió don José.

—Aún después de Boyacá. Una victoria no es más que un incidente en una campaña militar, a menos que esa victoria sea decisiva, y Boyacá dista mucho de serlo. A España le conviene, aunque parezca extraña la afirmación, esa victoria...

—¿Cómo así? preguntó Del Monte.

—Le conviene, porque ahora se prestará a la revolución americana la atención que merece y se pondrán en juego todos los medios necesarios para aniquilarla. Hasta hoy se había creído en España que la revolución americana era un motín, o al menos así lo pensaban muchos. Boyacá hará que España abra los ojos. Los que desde allá ven las cosas en pequeño comprenderán que se trata de un movimiento bien organizado, en fin, de una verdadera guerra en la cual hay que poner en juego los más poderosos recursos con que cuenta la nación para hacer la guerra. España vencerá.

—¿En toda la línea? —preguntó Martínez de Valdés.

—En toda la línea. Supongamos, sin embargo, que alguna de sus colonias logre hacerse independiente. Piénsenlo ustedes bien; ¿no sería esa colonia la primera en lamentarlo después?

—Así pensaba Sánchez Ramírez, —afirmó don Tomás Ramírez.

—¿Qué sucedería con esa colonia, una vez obtenida la independencia? Privada de la protección de España, atraería las miradas codiciosas de otras naciones de distinto origen, distinta religión y distinta lengua, que se apoderarían de ella con cualquier pretexto. Y quién sabe no le sea posible, una vez sometida a un poder extraño, repetir la hazaña que llevaron a cabo los dominicanos al volver al seno de la madre patria por obra de su heroico esfuerzo, después que un error político de la propia España los entregó a Francia. ¿Qué desean las colonias españolas de América? ¿Otro régimen que les permita desenvolverse mejor? Con España pueden obtenerlo, y lo obtendrán; porque ya en ese terreno soy el primero en reconocer que España debe rectificar en América sus procedimientos de gobierno. Cuando eso suceda, y espero que sea pronto, los pueblos de América no tendrán motivos de queja contra la metrópoli.

—Quizás bastaría con restablecer el imperio de la Constitución del año doce, —declaró Pineda.

—Siempre que se cumplan sus preceptos, — dijo don José.

—¿Por qué dudar de una y otra cosa? —continuó Kindelán.— Volverá la constitución y habrá gobernantes que la hagan cumplir. Las palabras con que me recibió don José me halagan, porque sé que son hijas de

la sinceridad que lo distingue. Don José sostiene que mientras yo sea capitán general no habrá en Santo Domingo conspiradores. Como yo sólo he aspirado a ser un gobernante justo, eso quiere decir que mientras España envíe gobernantes justos tampoco habrá conspiradores.

—En usted hay algo más, —declaró don José.— Usted nos entiende a maravilla. Y es que usted, mi querido gobernador, lleva ya tanto tiempo en América, que es casi un *criollo* como nosotros. ¿Y la independencia no significa, en primer lugar, el gobierno de los criollos?

—No se cumple, según usted, en mi caso, el refrán de que "no hay peor cuña que la del mismo palo".

—Como no se cumplió tampoco cuando gobernaba Sánchez Ramírez...

—Pues criollo también era Urrutia, —arguyó Brenes,— y sin embargo...

—No es eso, —interrumpió con presteza Kindelán,— ni debo admitir censuras a mi antecesor. Si algún reparo pudiera ponerle, lo formularía sólo en documento oficial y reservado, y no en una charla de amigos. Los hombres importan algo ¿qué duda cabe? pero, más que los hombres, importan como antes dije los procedimientos de gobierno, que yo aseguro serán rectificados por España en cuanto España pueda hacerlo para dicha de sus colonias de América y para su propia felicidad.

—¡Así sea! —exclamó don José.

Y Kindelán se puso de pie en señal de despedida.

VI

LA JURA DE LA CONSTITUCIÓN EN 1820

—Yo creo que algo sabía Kindelán, —decía Simón de Portes mientras iba con Pedro calle del Estudio abajo.— ¿Te acuerdas de que en aquella famosa tertulia de pascuas anunció que España rectificaría sus procedimientos de gobierno y anticipó como cosa probable que la Constitución se pondría en vigor nuevamente?

—Mera conjetura de hombre que prevé lo que puede ocurrir. ¿Cómo quieres tú que Kindelán pudiera adivinar lo que había de hacer días después Rafael del Riego? A lo mejor ni tenía noticia de que Riego existía.

—Es verdad. De todos modos, ya tenemos otra vez Constitución.

—Fernando VII no ha tenido más remedio que promulgarla, y hoy nos toca jurarla como alumnos de la Universidad. Con tal de que esta vez no suceda lo que el año doce...

—Las fiestas que se han celebrado ahora han sido, al decir de muchos, más suntuosas que las de entonces. Desde el día tres, en que se hizo la publicación, no salimos de una ceremonia.

—La más imponente fué la jura del domingo en la plaza de armas.

—En tres lugares distintos a la vez, querrás decir, porque también hubo jura en la plazoleta de las Mercedes y en la del Contador.

—Bueno; pero donde alcanzó mayor solemnidad, con la presencia del capitán general y del grueso del batallón fijo, fué en la plaza de armas. Kindelán parecía contento. ¿Recuerdas con qué entusiasmo habló? "El cuatro de junio de 1820, día en que juran la Constitución los nobles y fieles hijos de Santo Domingo, merece grabarse en letras de oro."

—Y como lo dijo se hará. Ya sabrás que el mes que viene se colocará una lápida conmemorativa. Se piensa hacer coincidir esa ceremonia con el aniversario de la entrada triunfal de Sánchez Ramírez al consumarse la reconquista, que fué el 11 de julio de 1809.

—Me han informado que se hará la víspera, el diez.

—Seguiremos de fiesta...

—Apresurémonos, Pedro, que no debemos llegar tarde. Hace rato que están repicando en el Convento de los Dominicos.

—Poco nos falta ya. Vamos, pues, a oír al Padre Correa, que, como rector, tiene a su cargo el discurso de orden.

—No me negarás que le viene de perilla esta oportunidad de manifestar su adhesión a España.

—¡Claro! Apurado se vió para justificar su conducta como amigo de los franceses.

—Aún así, nadie ha olvidado aquellas sus célebres cartas a Sánchez Ramírez. Quería convencerlo de que la isla era legítima propiedad de Francia y disuadirlo de continuar la campaña de le reconquista... ¡Nada menos!

—Pues hoy resultará más español que Pelayo y

más fogoso que Riego... ¡Bah! Hemos llegado.

Penetraron ambos por la puerta de la iglesia del Convento de los Dominicos, considerada al propio tiempo como capilla de la Universidad de Santo Tomás de Aquino; y fueron a ocupar su puesto entre la masa estudiantil ya congregada en la nave central. No habían tomado asiento aún, cuando hizo su entrada el capitán general, seguido del rector y del claustro en pleno.

Después de celebrada la misa, el doctor Bernardo Correa y Cidrón, rector de la Universidad, ocupó la cátedra, y antes de tomar el juramento a profesores y alumnos pronunció una extensa alocución. Empezó con voz pausada, pero gradualmente fué elevando el tono del discurso.

—"Verdaderamente, señores, que los que se glorían del nombre de español y tienen la dicha de pertenecer a la grande familia de la nación española debían por razón perder el juicio en este día para, sin respetos, sin reparos ni límites, manifestar con gritos, gesticulaciones y ademanes extraordinarios y desusados la viva emoción y entusiasmo patriótico que ha debido causar en sus espíritus el grande, el inefable, el glorioso timbre de soberana, de libre e independiente de todo vasallaje y servidumbre a toda otra nación, a toda cualquiera persona o familia, con que hoy esmalta el blasón de sus gloriosas hazañas la ínclita España."

Para cerrar el rotundo período, el orador, que gesticulaba vivamente como aconsejaba que todos lo hicieran para demostrar su júbilo, había elevado el diapasón en forma sobreaguda, a la manera de un tenor que se esfuerza en dar el do de pecho. Un murmullo de aprobación circuló entre la muchedumbre: sólo por celebrarse el acto en lugar sagrado no estallaron aplausos.

más fogoso que Riego... ¡Bah! Hemos llegado.

Penetraron ambos por la puerta de la iglesia del Convento de los Dominicos, considerada al propio tiempo como capilla de la Universidad de Santo Tomás de Aquino; y fueron a ocupar su puesto entre la masa estudiantil ya congregada en la nave central. No habían tomado asiento aún, cuando hizo su entrada el capitán general, seguido del rector y del claustro en pleno.

Después de celebrada la misa, el doctor Bernardo Correa y Cidrón, rector de la Universidad, ocupó la cátedra, y antes de tomar el juramento a profesores y alumnos pronunció una extensa alocución. Empezó con voz pausada, pero gradualmente fué elevando el tono del discurso.

—"Verdaderamente, señores, que los que se glorían del nombre de español y tienen la dicha de pertenecer a la grande familia de la nación española debían por razón perder el juicio en este día para, sin respetos, sin reparos ni límites, manifestar con gritos, gesticulaciones y ademanes extraordinarios y desusados la viva emoción y entusiasmo patriótico que ha debido causar en sus espíritus el grande, el inefable, el glorioso timbre de soberana, de libre e independiente de todo vasallaje y servidumbre a toda otra nación, a toda cualquiera persona o familia, con que hoy esmalta el blasón de sus gloriosas hazañas la ínclita España."

Para cerrar el rotundo período, el orador, que gesticulaba vivamente como aconsejaba que todos lo hicieran para demostrar su júbilo, había elevado el diapasón en forma sobreaguda, a la manera de un tenor que se esfuerza en dar el do de pecho. Un murmullo de aprobación circuló entre la muchedumbre: sólo por celebrarse el acto en lugar sagrado no estallaron aplausos.

Pedro tocó con el codo a Simón y le susurró al oído:

—¿No te dije que el padre Correa iba a resultar hoy más español que Pelayo?

—Falta lo mejor. Oye, oye ahora...

—"Esa nación de héroes —vociferaba el orador,— que últimamente lanzó del trono de nuestros reyes al usurpador José, cuya posesión la juzgó eterna la opinión común de los políticos de la Europa, como sostenida por las fuerzas enormes de las falanges del soberbio Napoleón, que cubrían casi enteramente el área de nuestra Península; aquellas falanges terribles que conquistaron la Holanda, la Italia, la Polonia; que triunfaron repetidamente de Berlín, de Viena, de Moscú; en una palabra, que fueron triunfantes de toda la Europa, hasta tanto que, traspasando los Pirineos fraudulosamente, pusieron el pie en nuestra España, que fué quien las humilló en las batallas de Bailén, de Talavera, de Vittoria y otras que hicieron caer las águilas imperiales que habían asombrado al mundo entero con el ruido de sus armas y con el prestigio de sus repetidas victorias."

—¿Ya ves que faltaba lo mejor? —murmuró Simón.— ¡Que vengan a colgarle ahora al padre Correa el sambenito de simpatizador de Francia!

—Te diré: ahora es cuando me parece que lo es. ¿Te has fijado en la manera de hablar? Cualquiera diría que ese discurso fué escrito en francés y mal traducido al español.

—¡Chitón! —intervino un estudiante desde la fila inmediata.— ¡Que se van a ganar un regaño de padre y muy señor mío!

Mientras tanto el padre Correa hacía una galana excursión al través de la historia de España, con lujo de fechas y de citas en latín. Hábilmente llevó el hilo

del discurso hacia la prerrogativa, que incumbía a la sociedad de darse sus propias leyes, y basó su argumentación en el derecho romano y en las facultades que tenían en España los antiguos procuradores en representación de los pueblos. Fué ésta la parte más enjundiosa y bien hilvanada de su oración, que adquirió gradualmente el tono de una disertación ex cáthedra.

—"El derecho del pueblo para concurrir a las Cortes, —afirmó como resumen de su exposición histórica,— y dar su voto sobre los asuntos de la monarquía y formación de las leyes, estuvo vigente por más de diez siglos, hasta la entrada de la casa de Austria en España y después de la casa de Borbón."

Pasó luego a hacer el elogio de Fernando VII por haber promulgado la Constitución "más sabia de todas las de los antiguos y modernos imperios", y terminó:

—"Esta es la Constitución, que aunque redactada en una nueva forma análoga a la claridad de las luces del siglo en que vivimos, no contiene en sustancia otra cosa que las antiguas leyes fundamentales de la monarquía española, que las vicisitudes de los tiempos y la ignorancia de los siglos anteriores había oscurecido. Juremosla, pues, —agregó con voz estentórea a cuyo influjo todos se pusieron de pie,— señores doctores, maestros y alumnos de nuestra Universidad, para cumplir la voluntad del rey y agregarnos al voto común de nuestros conciudadanos de uno y otro hemisferio."

Voces unánimes profirieron: "Juro". Se echaron a vuelo las campanas. Un toque de corneta vibró en la plaza vecina y una salva de cañón saludó el fausto acontecimiento. El arzobispo Valera se dirigió momentos después hacia el altar mayor, acompañado de sus acólitos y entonó el Te Deum laudamus.

VII

DON TOMÁS RAMÍREZ

El diez de julio la ciudad en fiesta celebró con inusitado regocijo la colocación de la lápida conmemorativa de la jura de la Constitución. Terminada la ceremonia oficial en la Plaza de Armas, algunos cantadores populares recorrieron las calles, que se inundaron de voces alegres y estampidos de triquitraques y cohetes. A ratos, recios aguaceros obligaban a la gente callejera a guarecerse debajo de los balcones, formando pequeños grupos, o junto al quicio de las puertas; pero nada mitigaba el entusiasmo general, y el recorrido se reanudaba con igual animación en cuanto escampaba.

En la calle de los Mártires, al caer la tarde, frente a la casa del capitán graduado de dragones de milicias, don Tomás Ramírez, un rasgueo de guitarras atrajo a los transeúntes, gozosos de encontrar nuevos motivos de distracción.

—¡Viva el héroe de la reconquista! —gritó una voz.

—¡Vivaaaa! —corearon otras.

Dos lindas señoritas se asomaron a una amplia ventana de rejas, y uno de los cantadores entonó su copla:

"Sé cantar a lo divino
y sé cantar a lo humano.
A ver si a cantarle atino
al héroe dominicano!"

Aplaudió la gente y alguien gritó:

—¡Que salga don Tomás!

—¡Sí, que salga, que salga! —agregaron otros.

—¡Papá, papá! —vocearon regocijadas las muchachas.

Una tempestad de vítores saludó la aparición del soldado de la reconquista.

—Gracias, señores, —dijo don Tomás, en cuya apuesta figura, realzada por marcial uniforme, se clavaban todas las miradas.

Junto a él se destacó el busto del doctor Núñez de Cáceres, enfundado en largo casaquín negro que contrastaba con la blanca camisa de lino sobre la cual se desparramaba ampulosa corbata de batista holandesa.

Nuevos vítores acogieron su presencia.

—¡Viva el doctor Núñez de Cáceres!

—¡Viva el sabio dominicano!

—¡Viva el padre del pueblo!

Don José saludó a la muchedumbre que en pocos momentos se había congregado allí, y gritó con voz clara y rotunda:

—¡Viva la libertad!

—¡Vivaaa!

Nuevo rasgueo y nueva copla:

"Esta es la pura verdad:
sin libertad no hay honor.
Digamos con el doctor:
¡que viva la libertad!"

Acaso aquella improvisada manifestación se habría prolongado largo rato, pero la multitud se disolvió a poco ante el inicio de un nuevo chaparrón.

—Ahí tienes, Tomás, —decía don José, momentos después, sentado frente a Ramírez.— Ese es nuestro pueblo. Alegre, sencillo, confiado e indiferente al pare-

cer, pero celoso siempre de defender sus derechos. Los hombres que sustentamos las nuevas ideas debemos unirnos para lograr que entre nosotros la Constitución no sea una mentira. Estoy satisfecho, porque hemos empezado bien. La organización del nuevo Cabildo ha sido bastante favorable a nuestros propósitos. Podríamos haber obtenido alguna ventaja más, pero a mí me basta con que tú estés allí como regidor decano y Monteverde como síndico procurador. En las elecciones para la diputación provincial debemos apoderarnos de todas las posiciones que estén a nuestro alcance. Buen trabajo hemos hecho tú y yo con Moscoso en la junta preparatoria de las elecciones, al determinar las divisiones territoriales conforme al plan del año doce. Considero casi segura la elección de Martínez Valdés por Santiago y la de Pineda por la capital.

—Dicen que el canónigo Manuel Márquez Jovel piensa presentarse como candidato a la diputación a Cortes, y se cree que tendrá como rival al doctor Correa. También se habla de otro sacerdote: Romualdo de Frómeta.

—Allá se las entienda la clerigalla. Correa no estaría del todo mal, porque en el fondo ya sabes cómo piensa, pero es un camaleón, y nada quiero con la gente de sotana, dicho sea con el mayor respeto para tu cuñado el deán Aybar, que es el cura más francote y simpático que conozco.

—Es verdad. Además, ya sabes que el deán no se mezcla en nada de esto, y menos aun lo hará si entran en lucha dos o más sacerdotes. De favorecer a alguno se inclinaría sin duda a Correa. Ahora bien ¿qué hay en cuanto a ti?

—Tengo un plan que a muchos sorprenderá. Kin-

delán lo conoce y parece que le agrada, quizás si porque, a pesar del aprecio que hace de mí, no las tiene todas consigo en lo que respecta a mi manera de pensar, y prefiere que yo me quede en un segundo plano. Mi plan es que Moscoso y yo aspiremos solamente a figurar como suplentes en la diputación. Así dejamos a cubierto la posibilidad de que renuncie alguno de los diputados del interior.

—¿Y cómo se resolverá lo de la diputación a Cortes?

—Ya sabrás que Kindelán, guiado por su sentido político, ha pensado que debe ir a las Cortes Francisco Javier Caro, como la otra vez. Como es hombre de influencia en la Corte...

—Yo creo que si se lanzara tu nombre...

—No. Yo debo permanecer aquí, que es donde hago falta.

—¿Sigues pensando en la independencia?

—Hoy más que nunca.

—¡Hum!...

—Nada de ¡hum!, Tomás. Ya sé lo que vas a decirme: que Sánchez Ramírez pensaba de otro modo. Ese es tu único argumento. Fuiste, más que su secretario, su más fiel amigo. Como siempre estuviste de acuerdo con él, sientes algún escrúpulo en volver la espalda a sus ideas; pero yo te aseguro que si él viviera no habría podido tolerar en silencio el proceder injusto de España con los soldados de la reconquista. Murió con la esperanza de que tarde o temprano ustedes recibirían, como en parte lo recibió él, el premio de su heroísmo y de su abnegación. Los años han pasado y... ¡nada! Ahí está Manuel Carbajal, aquí estás tú...

—A fe que en eso te sobra razón, —dijo Ramírez en tono huraño.

—Cuando tengamos en la diputación provincial a hombres como Martínez Valdés, como Pineda, como Moscoso, ellos podrán exigir que a los soldados de la reconquista se les otorgue la recompensa que merecen, tantas veces ofrecida...

—Tiempo es de que algo se haga...

—Se hará eso y mucho más en defensa de nuestros derechos como dominicanos; pero si nuestros esfuerzos fracasan, no hay que vacilar, Tomás, no hay que vacilar.

—¡Al vado o a la puente!

—O a donde haya que ir. Y no lo olvides: cuento contigo. Esa empresa sólo puede realizarse con hombres como tú y como Manuel Carbajal.

—Acabarás por convencerme, José, acabarás por convencerme...

—No: ya te tengo convencido, pero no te atreves a confesarlo...

—¡Chst —apuntó don Tomás mientras encendía un cigarro.— Ahí viene mi mujer.

Doña Bárbara entró, rozando el piso con su larga bata de muselina. ¡Buen tipo de matrona dominicana! De ancha y risueña cara, lucía en la frente, como plateada diadema, un mechón de pelo blanco; y como no le preocupaba conservar la esbeltez del talle, contrastaba, por su opulencia de carnes, con la juvenil apostura de su esposo que, aunque próximo a la cincuentena, era delgado y ágil, casi sin una arruga en el afeitado rostro y sin una cana en la cabeza.

—He mandado aviso a su casa, —dijo doña Bárbara a don José,— para que no lo esperen a cenar. Ahorita será de noche y bien vale la pena que en un día

como éste se quede usted con nosotros a tomar el chocolate y después acompañe a Tomás, que va a llevar a las muchachas a casa de José Gabriel para ver el final de las fiestas.

—Buen lugar es la casa del deán para contemplar los fuegos artificiales, ya que está frente a la Plaza de Armas, pero tengo atrasado mi despacho por culpa de las reuniones de la junta electoral y del capítulo de festejos de estos días. Esta noche me quedo en casa a trabajar. En cuanto al chocolate, acato con gusto lo que usted ha ordenado. No se toma otro más sabroso en Santo Domingo, ni en tan agradable compañía.

Llegaron las muchachas y al punto pasaron todos a un vasto corredor que daba al patio y hacía las veces de comedor. Mientras era servido el espumoso soconusco la conversación giró en torno a los festejos del día y a la función teatral que un grupo de aficionados había ofrecido esa misma tarde en una casa de la calle del Arquillo. Las hijas de don Tomás habían gozado lo indecible con aquella representación y se complacían en pasar revista a los cómicos incidentes que la habían hecho más divertida.

—Las siete y media, —dijo don José consultando su reloj.— Me voy a trabajar, con el permiso de doña Bárbara.

—Te acompañaremos, —indicó don Tomás.— Así prolongaremos este buen rato...

—Pero no es ése el camino que llevan ustedes...

—Como vamos de paseo, lo mismo da el camino más largo que el más corto.

—Si es así, vamos andando.

—Tráelas temprano, Tomás, —dijo doña Bárbara mientras besaba a sus hijas.

El cielo se había despejado. La claridad de la noche tropical y las luces de las casas, cuyas puertas y ventanas estaban abiertas de par en par, compensaban la falta de alumbrado en las calles. Muchas familias celebraban en la acera la reunión nocturna, instalándose en sillas y mecedoras junto a la puerta principal de la casa; por lo que el transeúnte prefería casi siempre tomar el centro de la calle, rara vez perturbada por el cruce de alguna volanta.

En pocos minutos llegó el grupo frente a la casa de don José. De allí salían Andújar y Pedro, que saludaron alegremente a las muchachas.

—¡Cómo! —exclamó Pedro.— ¿No van ustedes esta noche a casa de doña Jacinta Cabral?

—No, contestó la mayor de las hijas de don Tomás.— Vamos a casa de mi tío a ver los fuegos artificiales. Pero ¡qué atrasado andas de noticias! ¿No sabes que el bailecito se dejó para mañana?

—Se había dicho, —agregó la otra,— que el baile era para el día de la lápida, pero como esta noche todo el mundo va a la plaza, doña Jacinta resolvió aplazarlo.

—Mejor así, —intervino Lico,— porque nosotros tampoco queríamos perder los fuegos artificiales. Y vamos a arreglar cuentas: ¿cuál de ustedes dos me reserva la contradanza?

—¿Y a mí? —preguntó Pedro.

—No la tenemos comprometida, así es que será como ustedes gusten. Lo que me sorprende es que Lico no tenga ya comprometida esa pieza.

—¿Con quién?

—¿Con quién va a ser? Con tu prima Agueda.

—Tío Andrés le había ofrecido darle permiso pa-

ra bailar, pero parece que no será hasta dentro de unos meses, cuando cumpla los quince años.

—Venga un abrazo, Tomás, por el aniversario de mañana, —dijo don José dando un corte a la conversación. Y estrechó contra su pecho a Ramírez.

—Adiós, don José, —exclamaron las muchachas.

—Adiós, hijas. ¡Que se diviertan!

Al llegar a la esquina de Plateros, Lico anunció que él y Pedro se despedían allí.

—¿Cómo? —dijo don Tomás.— ¿No van ustedes a la plaza?

—Sí, —contestó Lico,— pero llegaremos primero a la confitería de la calle del Comercio.

—¡Ajajá! ¿A comprarle dulces a la novia, eh? Pues buen viaje y hasta luego.

Y escoltando a sus hijas tomó por la calle de Plateros y se perdió entre la muchedumbre que se dirigía hacia la plaza.

—¿Por qué esta vuelta hasta la calle del Comercio? —preguntó Pedro, mientras avanzaba, al lado de Andújar, por la calleja del Hospital.— ¿Es verdad que vas a la confitería?

—No, pero como don Tomás va con sus hijas a casa del deán, me pareció mejor no estorbar.

—Tienes una explicación para todo. Pero yo sospecho que lo que quieres es ver al pasar a la francesita, que debe estar en su ventana.

—¿Madame Nicolás?

—La misma: Marie-Louise.

—¿De dónde sacas tú eso?

—De que no es la primera vez que me invitas a pasar, sin que sea necesario, por la calle del Comercio.

—Bueno. Me gusta esa calle.

—Y la francesita también...

—¡Por Dios, Pedro! ¿Qué puedo yo pretender de esa señora a quien ni siquiera conozco?

—Nada. Será por el gusto de verla, que no es un mal gusto. Te advierto que no eres el único que tiene ese capricho. ¿A quién creerás que sorprendí hace días embobado en la contemplación de Marie-Louise?

—¿A quién?

—A don Tomás Ramírez. Iba muy despacito, contra su costumbre, y no quitaba los ojos de la ventana. Pasé por su lado y ni me vió. Siguió caminando, encendió un tabaco, y como quien no quiere la cosa se metió en la confitería de al lado.

—Bueno, a don Tomás le gustan todas... Das demasiada importancia a una actitud tan natural en él, pero debes tener en cuenta que, aunque en otros casos se le han atribuído conquistas, nunca se le ha mencionado en relación con Madame Nicolás.

—Ya sabes que él es tan caballeroso como discreto.

—Pero en una ciudad donde todo el mundo se conoce es imposible guardar en secreto una aventura de esa clase.

—No, si yo no he hablado de aventura, aunque esa señora, joven y agraciada, casada con un viejo celoso como monsieur Nicolás, pudiera cansarse un día de la vida que lleva. Yo sólo he dicho que he visto a don Tomás en santa contemplación...

—¿Y ella?

—No me fijé en lo que hacía. A buen seguro tú habrías hecho lo contrario... por lo que te interesa...

—Basta de bromas, Pedro.

Habían llegado a la calle del Comercio, donde el bullicio era ensordecedor. Del barrio de Santa Bárbara,

donde vivían tantas familias de antiguo rango, bajaba, al igual que por Plateros, un gentío inacabable. Al llegar a la confitería, Andújar se detuvo, clavados los ojos en la casa inmediata. Un bello rostro de mujer se destacaba en una de las ventanas.

—No me negarás que es un primor... —murmuró.

—Contémplala a tu gusto, pero no perdamos demasiado tiempo... ¡Mira aquellas luces verdes! ¡Ya empezaron los fuegos!

Siguieron andando muy despacio, cosa a que por otra parte los obligaba el gentío. De pronto, Pedro oprimió el brazo de Andújar y le dijo casi al oído:

—¿No te lo dije? ¡Allí viene!

—¿Quién?

—Don Tomás. No ha hecho más que dejar las hijas en casa del deán, y ahí lo tienes.

En efecto, el bizarro militar avanzaba, en actitud distraída. Se cruzaron con él, que al pasar dió a Pedro dos palmadas en el hombro, y siguieron hacia la plaza donde una rueda luminosa lanzaba un reguero de chispas a la vez que un diluvio de estallidos.

—¡Mira qué bonito! —decía una anciana que llegaba jadeante de Santa Bárbara llevando un niño de la mano.

La presión de la muchedumbre se hizo de pronto más violenta. En la calle del Comercio, a espaldas de Pedro y de Andújar, se oyeron gritos confusos. Antes el movimiento de avance era en dirección a la plaza: ahora la gente retrocedía.

—¿Qué es lo que pasa? —gritaba Andújar, que al igual que Pedro era impelido por el tumulto a desandar el camino hecho poco antes.

—¡Lo mataron! —vociferó alguien.

—¿Pero a quién, señor, a quién? —preguntaba Pedro.— Hace apenas tres días mataron a Esteban Velázquez... Si otro hecho igual tenemos hoy, no sé a dónde vayamos a parar...

Ya cerca de la confitería oyeron claramente este comentario:

—¡No merecía esa muerte don Tomás Ramírez!

—¡Qué! —exclamó Pedro.— ¡Don Tomás Ramírez! Pero si hace un minuto...

—Corramos, —dijo Andújar.

Y atropellando a los que iban delante se abrieron paso hasta llegar a un grupo que se inclinaba sobre un cuerpo inerte, tendido junto a la acera de monsieur Nicolás. Era, en efecto, don Tomás Ramírez.

—Está muerto, —dijo poniéndose de pie un hombre que, de rodillas en la acera, le tomaba el pulso a modo de improvisado facultativo.— La herida es en la parte inferior del costado derecho. Es curioso que la ropa no tenga una sola gota de sangre.

—¿Quién lo mató? —preguntó Pedro.

—¡Vaya usted a saberlo!

—Yo estaba en la confitería cuando lo vi caer, —dijo una voz, pero nadie ha visto al asesino.

—Llevémoslo al Cabildo: él era el regidor decano, —indicó uno de los que rodeaban el cadáver.

En breves instantes se organizó la fúnebre procesión. Lejanos gritos trasmitían a todos los ámbitos de la plaza la tremenda noticia:

—¡Mataron a don Tomás Ramírez!

—Vamos a avisarle a papá, —dijo Pedro. Y echó a andar apresuradamente, seguido de Andújar.

—¿Qué misterio es éste? —murmuraba Andújar.— ¡Muerto don Tomás Ramírez, y casi en la misma puer-

ta de monsieur Nicolás!

Cuando llegaron a la casa, don José se preparaba a salir.

—¿Qué es lo que ocurre, Pedro? —exclamó.— Sentí agitación en la calle, pregunté a alguna gente que pasaba corriendo, pero nadie supo explicarme nada.

—Acaban de matar a don Tomás Ramírez.

—¿Eh?... ¿Cómo?... ¿A quién?

—A don Tomás Ramírez. En este momento conducen su cadáver al Cabildo.

—¿Es posible?... ¿Y quién lo mató?

—No se sabe. Es un misterio. Fué en la calle del Comercio y el asesino desapareció entre el gentío.

Don José bajó la cabeza, anonadado.

—¡Pobre amigo! —dijo al cabo de un rato.— ¡Vamos al Cabildo!

Y mientras se encasquetaba el sombrero, agregó:

—No es sólo un excelente amigo lo que hemos perdido. En Tomás cifraba yo mis mejores esperanzas para el triunfo de la causa nacional.

VIII

ALARMA FRONTERIZA

Mientras se dirigía al palacio de gobierno en aquella lluviosa mañana de diciembre, Núñez de Cáceres cavilaba. ¿A qué se debía la llamada de Kindelán, trasmitida por uno de sus oficiales de confianza con carácter urgente?

—De parte del señor capitán general, que se presente usted inmediatamente en su despacho, —había dicho el marcial emisario, cuadrándose militarmente.

Cierto es que de tiempo en tiempo el gobernador lo llamaba para asuntos del servicio y que su opinión era consultada en muchos casos. Durante el período electoral de agosto y septiembre esas llamadas habían sido frecuentes, dado el carácter de agria polémica que tomó la campaña, en la cual don José no halló punto de reposo hasta no ver en la diputación provincial a Pineda, Martínez de Valdés, Moscoso, Juan Ruiz y Vicente Mancebo, que además de serle personalmente adictos, sustentaban sus mismas ideas; pero nunca había sido tan imperiosa y apremiante la orden de Kindelán.

—Grave ha de ser el motivo, —pensaba don José,— y sin duda se relaciona con las noticias que Kindelán me comunicó hace pocos días respecto a la frontera sur.

Era de preverse que al morir el *soi-disant* rey Cristóbal los haitianos se unirían otra vez y acatarían al presidente Boyer, que es el político más sagaz y enérgico que tienen hoy; y era de preverse también que, al establecerse allí la unidad política que al fin han conseguido con Boyer, intentarían extender su dominio a toda la isla, ya que en la vecindad inmediata de una colonia regida por España ven un estorbo y un peligro; pero resulta inexplicable, como aparece de las noticias recibidas, que con el envío de un emisario que a tambor batiente ha querido seducir para ese propósito a los dominicanos de la frontera sur, Boyer haya tenido el poco tino de poner al descubierto un plan de tal naturaleza. Ya el gobernador conoce cuáles son mis dudas sobre ese presunto emisario. Con la carta que Kindelán dirigió a Boyer el día diez, exponiéndole sin ambages la cuestión y exigiendo una explicación sobre lo acontecido, creo que todo se arreglará por el momento. Aunque fuese verdad que ese emisario obraba con autorización suya, Boyer se verá en el caso de negarlo, y el asunto se dará por terminado. La respuesta no puede haber llegado aún, por falta material de tiempo; pero la llamada indica que algo nuevo ocurre.

Al llegar al palacio de gobierno, un edecán lo condujo sin más demora al despacho del capitán general. Al ver a don José, Kindelán hizo una señal, para que abandonara el salón, al amanuense a quien dictaba las comunicaciones del día, y ordenó al oficial:

—Hasta nueva orden, que nadie nos interrumpa.

Con ademán nervioso señaló un asiento a don José:

—Siéntese, doctor, y hablemos. Necesito oír su opinión. A pesar de los rumores y acusaciones que espíritus alarmistas me hacen llegar a diario contra us-

ted, es usted el hombre que mayor confianza me inspira en asuntos de gobierno.

—¿Rumores, señor gobernador? Me lo explico. Pero acusaciones...

—No juguemos con las palabras. Acusaciones dije y no lo rectifico. La verdad es que la actitud de usted en estas elecciones, empeñándose en llevar a la diputación provincial a individuos muy estimables por otros conceptos, como Martínez Valdés y Pineda, pero tildados de conspiradores o por lo menos de sospechosos, no podía menos que provocar justas censuras y comentarios.

—Está bien, señor gobernador. Me voy. Pídale consejo a otro, —dijo don José tomando con presteza su sombrero.

—Déjeme terminar y no se impaciente, —contestó Kindelán en tono conciliador.— Es usted el hombre más susceptible y díscolo de las Antillas, por no decir otra cosa. Genio y figura...

—...Hasta la sepultura, señor gobernador, y a mucha honra.

—Doblemos la hoja y vamos al grano. He recibido hoy una comunicación del teniente coronel Pérez Guerra, que me ha sacado de quicio...

—No me extraña. Bien merecido lo tiene usted por haber nombrado comandante general de la frontera sur a un descendiente del hombre que en 1801 entregó la plaza de Santiago a Toussaint Louverture, en vez de morir en la demanda. El Pérez Guerra de ahora no es más que un mentecato, como lo era aquél, cuya capitulación en Santiago hay, sin embargo, quien califique de honrosa...

—Mentecato es poco, doctor. Yo no concibo mayor

ineptitud ni mayor estupidez. ¿Sabe usted lo que ha hecho?

—Alguna barbaridad.

—Y gorda. Recordará usted que el día diez recibí aviso de José Lasala, comandante militar de Farfán de las Matas, informándome que el cinco había aparecido allí un tal Desir Dalmací, titulado comandante del ejército haitiano y que, diciéndose emisario del presidente Boyer, invitaba a los dominicanos a que se unieran a Haití para formar una sola nación...

—Etcétera, etcétera..., porque de lo contrario Boyer invadiría el territorio dominicano y las consecuencias serían funestas.

—También recordará usted que el mismo día me llegó otro oficio de Pablo Altagracia Báez, alcalde constitucional de Azua, dándome cuenta de que el mencionado Dalmací había ido a San Juan de la Maguana con iguales proposiciones...

—Exacto. Y usted me explicó que había escrito ese mismo día al presidente Boyer para poner en claro el asunto...

—Eso es. A todo esto, me extrañaba no recibir ningún informe del jefe de la frontera sur. Han pasado ocho días, fíjese usted: ¡ocho días! Y ahora es cuando me llega un oficio de Domingo Pérez Guerra, que es un monumento de imbecilidad y no sé si decirle que de cobardía.

—Veamos, veamos.

—Ahí lo tiene usted. Léalo y diviértase. Este hombre se encontraba en Neiba el día ocho, cuando se presentó allí el tal Dalmací, a quien Lasala llama comandante, pero Pérez Guerra cuida de indicar que es teniente coronel. ¡Su igual en el grado, por lo tanto! Sostuvo con

Dalmací una conversación que parece haber sido fraternal, como si se tratara de viejos compañeros de armas, y en el curso de la misma Dalmací le declaró que era el comisionado de Boyer para lograr que la parte española de la isla se someta a la República de Haití. Ante confesión semejante ¿qué debió hacer Pérez Guerra con Dalmací?

—¿Fusilarlo?

—No tanto, don José, no tanto. Su obligación era prenderlo y mandarlo amarrado a la capital. Porque, o bien Dalmací es un farsante, y con él debe darse un ejemplo saludable; o es realmente el encargado de una misión contraria al derecho de gentes, y también es digno de severo castigo. Además, su prisión nos habría dado el hilo de esta maquinación. Por culpa de Pérez Guerra nos hemos quedado con las manos vacías.

—¿Y este otro documento, qué es?

—Léalo. Es un acta del Ayuntamiento de Neiba, que fué convocado por Pérez Guerra para darle cuenta de las proposiciones de Dalmací. Es decir: él se ha encargado de propalar la alarma entre los vecinos, en vez de guardar la reserva necesaria en tan delicado asunto.

—Ya lo veo. Al parecer, el más alarmado de todos es Pérez Guerra, porque asegura que en cada pueblo hay muy pocos individuos que no estén dispuestos a plegarse a los deseos de Boyer, temerosos como están todos de perder la hacienda y la vida, por no contar con medios de defensa.

—¿Qué piensa usted de eso?

—Que son delirios de una mente asustadiza.

—¿Cree usted que los pueblos del sur estén dispuestos a oponerse a una invasión?

—Lo creo firmemente, si les inspira confianza el

jefe militar de la zona y si saben que pueden contar con armas. ¿Quiere usted que le dé mi opinión con entera franqueza?

—Hable usted, que para eso lo he llamado.

—Ordene a Pérez Guerra que venga inmediatamente a la capital.

—Ya lo he ordenado.

—Además, destitúyalo, fórmele consejo de guerra, o si prefiere usted déle un frasco de confites para que se coma uno por día mientras esté aquí, pero no vuelva a mandarlo al sur ni a ninguna parte.

—¿Y a quién pongo en su lugar?

—A Manuel Carbajal.

—No me disgusta la idea. Había pensado en ello.

—Es el único hombre que puede levantar los ánimos en el sur. Muerto Sánchez Ramírez, Carbajal es la figura de más importancia de la reconquista y su prestigio es inmenso. Llegar él al sur y levantar un ejército con sólo dar un zapatazo en el suelo, es todo uno.

Kindelán reflexionó un momento.

—Hago mío su parecer, —dijo.— Voy a hacer que venga Carbajal.

Abrió la puerta y a su llamamiento acudió un oficial que partió al punto a cumplir su cometido.

—¿Me necesita usted para algo más? —preguntó don José.

—Quiero enseñarle ahora dos comunicaciones que arrojan alguna luz sobre este asunto. Dalmací, el enviado de Boyer, es conocido también con el nombre de Pablo Isnardi.

—Según eso, usted ha llegado a la convicción de que Boyer dirige la maniobra.

—Lea usted y se convencerá. Esta es una carta que

el tal Dalmací, que ahora firma Isnardi, —sin que yo sepa por qué usa alternativamente dos nombres distintos,— dirige al alcalde de Azua. Se dice edecán de Boyer. Ofrece cargos públicos en nombre de Boyer y afirma que ya Las Matas, San Juan y Neiba se han sometido al gobierno haitiano.

—¡Esto es inaudito!

—Esta otra del propio Isnardi a Pablo Alí, comandante del batallón de morenos, es del mismo tenor. Desde luego, sobre estas cartas de Isnardi conviene mantener reserva absoluta. Mejor es esperar hasta saber si Boyer niega su participación en el asunto. Además, quizás si Isnardi vuelve a escribir y así podremos averiguar algo más.

—Juzgo muy acertado su criterio, gobernador. Boyer no podrá hacer otra cosa que desaprobar lo hecho por Dalmací Isnardí, pero debemos quedar en guardia para lo porvenir.

—Y ahora pregunto yo, mi querido doctor: ¿puede este pueblo separarse de España, que es su única garantía frente a amenazas de este jaez?

—Nada vale mi opinión sobre este negocio, por venir de un *sospechoso*...

—Yo no he dicho...

—Lo ha dicho usted de mis mejores amigos, y yo merezco igual epíteto que ellos. De todos modos, lo que se me ocurre es contestarle con otra pregunta: ¿qué interés tendría Haití en invadirnos si no fuéramos una colonia de España? Los haitianos creerán que su independencia está en peligro mientras tengan un vecino tan poderoso como España.

—No, doctor. A ellos se les ha metido en la cabeza que deben dominar toda la isla, y saben que con ma-

yor facilidad lo lograrían si no tuvieran que luchar contra España sino contra los dominicanos. Ahora bien...

Un oficial abrió la puerta y dió paso a Manuel Carbajal.

—Capitán Carbajal, —dijo Kindelán tendiéndole la mano,— necesito su valioso concurso. Está usted nombrado comandante general interino de la banda del sur. El teniente coronel Pérez Guerra viene a la capital en comisión del servicio. Prepárese a partir inmediatamente.

Los ojos apagados del viejo soldado de la reconquista se animaron con un destello de júbilo.

—A la orden, señor capitán general. Yo creía que ya nadie se acordaba de mí. Tenía que ser usted el que...

—Cualquier otro haría lo mismo. España no podrá olvidar nunca a los que por ella lucharon con honor y con gloria en los días de la reconquista. Quiero explicarle ahora de lo que se trata. ¿Sabe usted algo de lo que se dice respecto de Haití?

—Sí, señor capitán general. En la calle se asegura que un comisionado del presidente Boyer estaba conquistando gente en el sur para que los dominicanos se unieran a la República Haitiana. Dicen también que algunos pueblos se han declarado a favor de Haití, pero yo no lo creo porque conozco mi gente.

—Muy bien. Está usted en lo cierto. No hay motivos para esperar tal cosa de los fieles dominicanos; pero el gobierno teme que alguna dificultad puedan crearnos los haitianos en la frontera, y por eso he pensado que el hombre indicado para vigilar aquella zona y organizar su defensa en caso necesario, es usted.

—Muchas gracias, señor capitán general.

—Usted debe ir al sur y preparar la gente. Asegúrese en cada pueblo de los hombres con que se puede

contar para formar un cuerpo de milicias de reserva que se ponga en movimiento cuando se le llame. Manténgame al tanto del número de hombres que en cada lugar se hayan inscrito, a fin de poder enviar las armas que hagan falta y saber exactamente con qué fuerzas contamos.

—Corriente, señor capitán general.

—Si llega el caso de romper hostilidades, defienda palmo a palmo el territorio y apele al procedimiento de guerrillas y emboscadas, que usted sabe emplear con gran maestría; mantenga en constante sobresalto a los enemigos; evite que se apoderen de ganado, es decir, que cuando usted se vea obligado a abandonar un lugar debe arrasarlo todo a su paso, para que ellos no encuentren medios de subsistencia. Con esa táctica daremos tiempo a organizar la resistencia en el resto del país y a que nos lleguen refuerzos suficientes de las islas vecinas. Ya le ampliaré estas instrucciones por escrito, pero lo que quiero llevar a su ánimo es que, si a la guerra llegamos, la guerra ha de ser sin cuartel.

—Entendido todo, señor capitán general.

—Por último, si llega algún emisario de Haití para tratar de convencer a los dominicanos de que se unan a esa república, arréstelo y mándelo escoltado a la capital. Y ahora, capitán Carbajal, no lo detengo más. Usted necesita de su tiempo para preparar el viaje. Un oficial le llevará dentro de un par de horas su nombramiento y los recursos necesarios. ¡Salud y éxito!

—Venga un abrazo, Manuel, —dijo don José atrayendo a Carbajal.— Así quiero que se honre siempre a los hombres de la reconquista: llamándolos al puesto de honor que por derecho les corresponde.

—A muy legítimas recompensas pueden aspirar y

no escatimaré esfuerzos para que las obtengan —dijo Kindelán.— Sé que en la diputación provincial se piensa hacer una petición al gobierno central para que se les premie como es debido. Ese proyecto cuenta de antemano con todo mi apoyo.

IX

EL BAILE DE DOÑA JACINTA

Doña Jacinta Cabral era una solterona de holgada posición y buena cuna, en cuya residencia se congregaba a menudo el núcleo más conspicuo de la sociedad dominicana.

Había sido muy hermosa. No fueron pocos, en otro tiempo, los adoradores que se prosternaron ante su opulenta belleza. "¿A quien preferirá?" se preguntaban las gentes. Mientras unos porfiaban haberla sorprendido como en éxtasis ante la conversación galana de un joven letrado, otros decían que sus miradas se clavaban siempre con insistencia en el vistoso uniforme de un alférez de milicias. Y los más suspicaces susurraban que, a la corta o a la larga, habría de conceder su mano a un rico comerciante catalán, viudo y con hijos. Pasó el tiempo sin que ninguna de esas conjeturas quedase confirmada Su belleza comenzó a marchitarse. "Más de un desencanto ha sufrido", dijeron entonces. De ser ciertas las recónditas decepciones que el mundo le atribuía, consolador refugio encontró ella en la iglesia. Los años acentuaron cada vez más esa inclinación mística, pero no por tal causa renunció a los encantos del buen trato social. Su casa se convirtió en agradable punto de reunión de la gente moza, a quien ella acogía con afable complacen-

cia. Diaria era su tertulia para un grupo de íntimos. En ocasiones, la concurrencia era nutrida y la animación resultaba grande: había juegos de prendas, bromas de buen gusto y entretenimientos inocentes. De tarde en tarde anunciaba doña Jacinta un baile de confianza, que daba pretexto para que en otras casas de familia hubiera ensayos de contradanza durante las dos semanas que precedían a la fecha señalada por ella.

Al igual que en otros años, quiso doña Jacinta coronar con un sarao los carnavales de 1821. Desde temprano se vieron esa noche invadidos sus salones.

—Después de todo esto, —decía ella recibiendo a sus invitados,— no admito aquí más reuniones hasta el sábado de gloria. La cuaresma es cuaresma y hay que cumplir con Dios.

El desfile de invitados continuaba sin interrupción, mientras los músicos, adueñados de un ángulo de la antesala, afinaban sus instrumentos. Doña Jacinta seguía dispensando atenciones a los que llegaban:

—¡Qué milagro! ¡El doctor Núñez de Cáceres y su esposa! Es decir: el milagro no tiene nada que ver con usted, don José, sino con Juana, que sale tan poco.

E infatigable, volvía a tender la mano a otros concurrentes:

—Buenas noches, don Manuel María. ¿Y las muchachas? ¡Ah! Ya las veo que suben con Andújar y los Núñez. ¿Cómo estás, Susana? ¡Mira que pasa el tiempo sin verte!... ¡Adelante, jóvenes!... ¡Bah! Por fin se aparece Andrés Andújar... ¡Y qué bonita estás, Agueda! ¡Dame un beso, botón de rosa!

La delicada belleza de Agueda Andújar provocó murmullos de admiración. Esbelto era su talle, blanca y tersa su tez, finas sus facciones... El candor de sus

quince años refulgía en la tierna expresión de sus ojos oscuros. Rodeáronla los galanes, ansiosos de obtener la preferencia para la contradanza inicial.

—Lo siento, —dijo ella con naturalidad y gracia,— pero la tengo ofrecida a mi primo Fello.

Lico Andújar le ofreció el brazo para conducirla al salón.

—Entre primos no vamos a pelear, —dijo Lico,— pero te has olvidado de que esa contradanza me la habías prometido antes.

—¡Anda! ¿Ahora te sales con esas?

—¿No te acuerdas que hace un mes me dijiste que tío Andrés te daba permiso para bailar, y que entonces te la pedí?

—Si fué así, se me olvidó. ¿Por qué no me lo recordaste?

—Entonces la segunda pieza es mía.

—No. La tercera.

—Bueno. Será la tercera, pero te advierto...

—¡Ah, mira! Ahí llega el capitán general.

El gobernador Kindelán apareció en ese momento en lo alto de la escalera, acompañado por dos militares.

—¡Cuánto placer, señor gobernador! —exclamó doña Jacinta.— ¡Buenas noches, coronel De Ita! ¡Bien venido, coronel Granados! Pasemos al salón, que ya el baile va a empezar.

—Antes quiero pedirle, —dijo Kindelán,— que me conceda el honor de bailar conmigo la contradanza francesa.

—Concedido, gobernador. Es usted muy amable. Yo pensaba entretenerme en mirar a la juventud dar vueltas y hacer figuras...

—¿Quién había de permitir que la mejor bailado-

ra de contradanza se dedicara a ver bailar a los demás? Seguro estoy de que muchos querrían disputarme el privilegio de abrir con usted el baile.

Avanzaron hacia el centro del salón.

—Formen ya los cuadros, —indicó doña Jacinta.— ¡Del Monte, don Vicente, don José, acérquense aquí con sus parejas! Demos nosotros el ejemplo.

Rompió a tocar la música, colocáronse frente a frente las parejas para hacer los saludos iniciales. Después, en el movimiento de las figuras, los bailadores cambiaban frases al vuelo. Kindelán no desperdiciaba ninguna oportunidad:

—Cada vez está usted más joven. Nadie creería que aquel jovencito que baila admirablemente es hijo de usted, —decía al levantar en alto la mano de la señora de Fernández de Castro.

Y al encontrarse con doña Juana Madrigal de Núñez de Cáceres:

—¡Cuánto me place ver que usted abandona su retraimiento! No olvido que su presencia siempre da realce a las fiestas dominicanas.

Más adelante, frente a doña Anastasia Solano de Pujol:

—Usted siempre tan elegante...

Y al reunirse otra vez con doña Jacinta:

—Estoy encantado con esta fiesta. ¿Habrá algo organizado por usted que no resulte encantador?

Al terminar la contradanza desparramáronse por el salón los bailadores. Don José se dirigió hacia el balcón desierto, en busca de la fresca brisa nocturna. La clara luna de febrero iluminaba la calle, donde mucha gente del pueblo, situada en la acera opuesta, se había congregado, según inveterada costumbre, a *ver el baile.* Don

José sintió que una mano se posaba amistosamente sobre su hombro. Se volvió: era Kindelán.

—¿Qué me cuenta usted de nuevo, gobernador?

—Nada de particular. Venía a lo que usted: buscaba el fresco.

—Después de las preocupaciones de diciembre ha recobrado usted la tranquilidad y puede darse el gusto de concurrir a fiestas...

—En efecto. La respuesta de Boyer es bastante explícita. Si intención hubo...

—Usted me demostró que la hubo...

—Pero se ha batido en retirada.

—Así lo esperaba yo. Y a propósito de Boyer ¿qué hay de nuevo en el asunto de los eclesiásticos que fueron enviados a Haití para corresponder a la petición, confirmada por Boyer, de los generales que se encargaron del mando en el Guarico al morir Cristóbal? Han ocurrido cosas muy extrañas...

—¡Y tan extrañas! El arzobispo me consultó el punto, y yo entendí que procedía acceder a lo pedido. Así, a principios de diciembre, un poco antes de la alarma fronteriza, se trasladaron a Haití el arcediano Juan Antonio Pichardo y los presbíteros doctor Elías Rodrguez, doctor Manuel Quintana y José María Tirado.

—Yo mismo di cartas de recomendación a Elías Rodríguez para el general Tavárez que, aunque español, está al servicio de Boyer, pues entendí que él también había escrito pidiendo el pronto envío de la misión eclesiástica. La respuesta de Tavárez, que he recibido hace poco, —y de ahí que ahora recordara a usted ese asunto,— me hace saber que las cartas que se decía dirigió él al Arzobispo y a usted eran falsas.

—He ahí lo original del caso. También eran falsas

que se atribuían a Boyer, que ahora escribe al arzobis-
—y esta vez no cabe duda de que la carta es au-
tica,— para agradecer el envío de los sacerdotes, pe-
le dice que no puede reconocer a Pichardo como vica-
porque ya el Papa ha nombrado un obispo para
tí.

—¿Qué ha resuelto el arzobispo?

—Ha ordenado a Pichardo que regrese inmediata-
nte con los demás sacerdotes, a quienes Boyer sólo
nite como simples curas.

—Es curioso el incidente.

—Ya lo creo. Lo que no entiendo es que nadie
a tenido interés en inventar esas cartas. En fin, ya
es asunto terminado.

—Hablando de otra cosa: tengo entendido que Car-
l ha obtenido completo éxito en la misión que usted
onfió en el sur.

—Superior a lo que yo pensaba. En carta que re-
ayer me dice que cuenta con dos mil seiscientos vo-
arios para las milicias de reserva. El sur está fir-
...

—Es la confianza que despierta el jefe...

—Tiene usted razón. He escrito a España recomen-
lo que no se retarde por más tiempo la merecida re-
pensa a que tienen derecho los hombres de la re-
uista, y me apoyo en el acuerdo de la diputación
incial que así lo solicita. Hago, además, especial elo-
le Carbajal. Es cierto que en 1817 se dictó una Real
en para darles una condecoración especial, que nun-
ha recibido todavía; pero yo aspiro a que también
es tenga en cuenta para que presten servicios tan
osos como el que ahora presta Carbajal.

—No tengo para qué decirle el placer con que lo escucho.

—Ya lo sé. Ojalá se preste pronta atención al asunto. Y ya que hablamos de estas cosas, quiero hacerle una pregunta.

—Usted dirá.

—¿Cree usted que hay dominicanos, muchos o pocos, dispuestos a unirse a Haití contra España, si llega el caso?

—Me atrevo a asegurar a usted que no hay ninguno.

—Por lo menos creo que, de haberlos, son pocos. Y allá va una segunda pregunta.

—¿Cuál es?

—¿Cree usted que con las últimas noticias de la América del Sur habrá quienes piensen aquí en un movimiento revolucionario? En pocas palabras: ¿habrá hoy quienes pretendan llevar a vías de hecho las mismas ideas que usted suele defender en la tertulia de su casa desde un punto de vista teórico?

—Gobernador, permítame que le repita lo que un día le dije en mi tertulia: mientras usted gobierne la colonia no habrá aquí conspiradores. Y sin conspiradores no hay revoluciones.

—No me satisface su respuesta.

—¿Por qué?

—Porque... guarde por ahora el secreto, yo me voy pronto. Ya debe estar nombrado mi sucesor.

—Lo deploro sinceramente, aunque sé que usted merece cualquier posición mejor.

—Gracias, doctor. Volvamos a lo que hablábamos. ¿Comprende usted ahora que su respuesta no puede satisfacerme?

—Lo comprendo, pero no puedo darle otra.

—Es decir que...

—Que yo no puedo hipotecar el porvenir. Responder del curso de acontecimientos futuros sería pueril vanidad.

—Doctor, usted no sabe engañar y por eso mismo le diré que ahora me satisface menos su respuesta. Antes de irme de Santo Domingo quisiera llevar a su ánimo la convicción de que al amparo de la Constitución española los dominicanos pueden ser felices...

—Lo creo, si la Constitución perdura y se cumple.

—Se cumplirá, doctor, y una vez organizadas del todo las instituciones, y afianzadas ante la opinión, vendrán días mejores, no importa la persona que esté al frente de la capitanía general. Piense bien en esto: aunque todo el resto de América se proclamase independiente, hay un pueblo que jamás debe seguir ese camino, y es el dominicano, amenazado como está de ser absorbido por un vecino que resulta poderoso frente a él por la fuerza de que dispone, muy superior en número a la de ustedes. La felicidad de la familia dominicana estriba en no separarse de España. La independencia dominicana sería un paso temerario, fuente de inmensas desgracias para ustedes. España sólo perdería una colonia: ustedes lo perderían todo.

Y sin dar tiempo a nueva réplica, Kindelán tendió la mano a don José.

—Lo dejo. Voy a conversar un momento con doña Jacinta y me despido en seguida.

—¿Tan pronto así?

—A pesar de la calma en que vivimos, nunca sabe un gobernante cuáles serán las preocupaciones del día de mañana. Prefiero irme a descansar.

Abandonó Kindelán el balcón y se deslizó por entre el tumulto de bailadores que rompían a bailar un vals. Don José advirtió que alguien avanzaba sigilosamente hacia él, desde el extremo opuesto del balcón. Lo reconoció cuando estaba a pocos pasos:

—¿Cuándo llegó usted, Martínez Valdés?

—Esta noche, —dijo el interpelado bajando la voz.— Tengo algo importante que decirle. Al salir de aquí podríamos ir a su casa...

—No hace falta. Aquí mismo...

—Pueden interrumpirnos...

—Aprovechemos ahora que están bailando. ¿De qué se trata?

—Ya sabe usted las noticias de la América del Sur...

—Puede decirse que son del dominio público. Supongo que se refiere usted al armisticio que Morillo firmó con Bolívar a fines de noviembre...

—Cabal. ¿No le parece que ese armisticio equivale a un reconocimiento de la existencia de Colombia?

—En cierto modo, sí. Pactar es tratar de igual a igual. ¿Qué más?

—Tengo respuesta a mi carta...

—¿Repuesta de Bolívar?

—No precisamente de Bolívar. La respuesta viene de Venezuela. La tengo aquí en el bolsillo. Lástima que en este rincón no pueda usted leerla. No sé si usted podrá descifrar la firma, que a mí me resulta ilegible, pero el que escribe habla en nombre de Soublette. Todo va bien. Nuestro propósito ha sido muy bien acogido, y a estas horas ya debe conocerlo Bolívar.

—Es en verdad muy importante la noticia.

—Más importante es lo que tengo que agregar.

—¿Cómo así?

—¡Cuidado! Hablemos de otra cosa, —cuchicheó Martínez Valdés.

Una pareja se situó en el centro del balcón: eran Agueda Andújar y su primo Fello Acevedo.

—¡Qué linda está la noche! dijo Agueda.

—Más lindos son tus ojos...

—¡Adulón!

—Bueno, aunque tú no quieras...

—¡Chst! ¡Que hay gente!

Siguieron hablando en voz baja hasta que, al cabo de unos instantes, volvieron al salón.

—Venían a pelar la pava, —dijo Martínez Valdés— y les hemos echado a perder el rato.

—Continúe y no pierda tiempo. ¿Qué es lo que usted considera más importante que la carta recibida de Venezuela?

—Don José, esto es para ser hablado donde no podamos ser oídos y nadie nos perturbe. Mejor sería...

—Nadie nos oye aquí.

—Me obliga usted a decirlo todo con precipitación. Antes de que vengan otros enamorados le contaré en cuatro palabras lo que pasa: el grupo de Santiago no puede contenerse ya, al saber que he recibido esa carta, y el movimiento ha sido señalado para el diez y nueve de marzo. Tenemos, además, gente que está comprometida a hacer lo mismo que nosotros, en la capital y en el sur, y a eso vengo...

—¿Están ustedes locos?

—Ya me temía yo...

—¡Pues claro! ¿Cree usted que yo puedo aprobar semejante dislate?

—¿Pero hasta cuándo vamos a esperar?

—Hasta el momento oportuno.

—Demasiado hemos esperado.

—Pues hay que seguir esperando. ¿Qué ayuda nos puede prestar ahora Bolívar?

—Nos ofrecen la que necesitemos. Ya verá usted la carta.

—Aunque así fuere, mientras dure el armisticio nada debe hacerse. Es indispensable que usted vuelva inmediatamente a Santiago y dé contraorden. Convenza a los unos y hágase obedecer de los otros. Si es necesario, invoque mi nombre. Lo autorizo a decir que acepto para el futuro la dirección del movimiento, pero que considero descabellado lo que se pretende hacer ahora y me opongo a toda intentona precipitada.

—Don José, esto es para desesperarse.

—Los que no sigan mi consejo no son mis amigos. Deslindemos los campos de una vez. Yo no puedo acompañarlos en una aventura disparatada. Justamente, acabo de repetir a Kindelán que mientras él sea gobernador no habrá aquí revolucionarios.

—Según eso, debemos sentarnos a esperar que Kindelán se vaya...

—No llegará a calentarse el asiento...

—¿Cómo así?

—No me pida usted detalles. Bástele saber que hace algún tiempo que Kindelán desea volver a Cuba.

—Y deseándolo puede morirse de viejo en el gobierno...

—Yo creo, en cambio, que se irá pronto. Pero hagan ustedes lo que quieran y no cuenten conmigo. Antes de separarnos me veo obligado a hacerle una confidencia: Kindelán sospecha algo.

—¿Por qué lo supone usted?

—Cuando me hablaba hace poco, en este mismo lugar, no entendí el alcance de algunas preguntas que me hizo. Al enterarme del plan de ustedes lo comprendo todo. De algún modo conoce el asunto, y me parece que su deseo era cerciorarse de que yo no estaba complicado en lo que se está tramando. Al despedirse agregó que no sabía cuáles podrían ser sus preocupaciones el día de mañana... ¿Están ustedes en connivencia con militares?

—Desde luego que sí, y confiamos...

—Ahora veo claro: Kindelán lo sabe todo. Ha habido alguna indiscreción por ese lado, quizás si algún caso de arrepentimiento, como ocurrió en tiempos de Sánchez Ramírez. Ustedes son pésimos conspiradores porque la impaciencia los ciega. Cuando llegue el momento yo sabré a quién dirigirme entre la gente de armas.

—¿En qué quedamos? ¿Contamos siempre con usted?

—Ya le he dicho que para el futuro, sí. Pero para contar conmigo es preciso obedecer. Y la primera demostración de obediencia es...

—Ya lo sé: dar contraorden.

—Justo.

Martínez Valdés bajó la cabeza, pensativo.

—Será usted obedecido, —dijo después de unos segundos.

—¿Hoy, mañana y siempre?

—Hoy, mañana y siempre.

—Deme esa mano y disimulemos, que ahí viene Jacinta.

—¿Pero es posible, don José, —dijo el ama de casa en tono de amable reconvención,— que usted y Martínez Valdés se olviden del baile? Aquí no se viene a conversar de la diputación ni del gobierno, sino a diver-

tirse y a bailar.

—Nos hemos divertido viendo bailar a los otros y tomando este fresco delicioso.

—Todo resulta delicioso en esta casa, —agregó Martínez de Valdés.

—No me convencen ustedes y en castigo les buscaré buenas bailadoras. Pero antes quiero pedir a don José que intervenga en un asuntito.

—Mande usted.

—No saben ustedes el trabajo que me ha dado Andrés Andújar, que quería llevarse a Agueda. ¡Figúrense ustedes, Agueda es como quien dice la reina de la fiesta! ¡Un capullo de rosa! ¡Y este es su primer baile!

—¿Por qué pretendía llevársela?

—A eso voy. Agueda ha bailado varias piezas con su primo Fello Acevedo. Este tuvo una discusión con el otro primo...

—¿Lico Andújar?

—El mismo. Lico reclamaba una pieza que Agueda le ofreció. Eso oí decir. A Agueda el que le gusta es Fello... ¿Comprenden ustedes? ¡Lo de siempre! Y Andrés, que se enteró de la discusión acalorada de los muchachos y se ha dado cuenta de las preferencias de Agueda, dice que su hija es todavía una niña, que patatín y que patatán, y que mejor es cortar por lo sano...

—¿Y cuál ha de ser mi intervención en todo este enredo?

—Hablar con Andrés. Fello Acevedo me dice que sólo usted puede convencerlo para que tolere esos amores...

—¡Ah! ¿Amores tenemos?

—¿No se lo había dicho? Los dos primos se quieren. Claro, Fello reconoce que tanto él como ella son

muy jóvenes, pero quiere que Andrés comprenda que como ellos se quieren desde que jugaban cuando eran niños...

—¡Ay, Jacinta, usted siempre casamentera!

—¿En qué puede entretenerse una solterona sino en casar a los demás?

—¡Ja, ja, ja! Lo que hay en usted es un alma bondadosa que quisiera ver a todo el mundo feliz.

—Como lo soy yo. No me he casado, pero no siento ningún vacío en mi vida. Me basta con pensar en Dios para sentirme feliz. Para otros esa felicidad no basta ¿y por qué no he de ayudarlos a que realicen sus ilusiones?

—¿No lo dije? Es usted la bondad misma. No podía haber escogido Fello mejor abogada.

—El no se atrevía a hablarle...

—Porque es muy listo: de sobra sabe que a usted no es posible negarle nada. Hablaré con Andrés.

—Gracias, don José. El momento es bueno. Andrés está sentado en la antesala. ¿Lo ve usted desde aquí?

—Sí que lo veo. Allá voy.

—¡Dios lo acompañe! En cuanto a usted, Martínez Valdés, no puedo indultarlo. Esta pieza la baila usted, quiera o no quiera.

—Aceptado; pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que mi compañera ha de ser usted.

—¡Anjá! ¿El alguacil alguacilado?

—Con alguaciles como usted sería muy fácil la tarea de la justicia.

—Pues vamos.

Y avanzaron hacia el salón mientras vibraban hermanadas las notas del arpa, el violín y la flauta.

X

ACERO CONTRA ACERO

Cumpliase el diecinueve de marzo el primer aniversario de la Constitución, y el gobierno resolvió solemnizar la fecha con un Te Deum. Repicaban las campanas cuando don José, acompañado del doctor Pineda, se dirigía esa mañana a la catedral.

—Doctor, —decíale Pineda,— ya he dado a la imprenta algunos materiales para el primer número de *El Telégrafo Constitucional* y todavía estoy esperando su artículo.

—De aquí a los primeros días de abril hay tiempo.

—No mucho, y usted tiene demasiadas cosas entre manos. Me ha de prometer que aunque sea día de su santo usted se ha de encerrar esta misma tarde a escribirlo.

—¡Váyale con el cuento a Juana, que está preparando todo un banquete de familia! Y no le hablo de eso a humo de pajas, sino que deseo que usted y su esposa nos acompañen.

—Gracias. No faltaremos.

—Así, en vez de escribir artículos, conversaremos agradablemente.

—Está bien; pero mañana sin falta lo escribe usted.

De lo contrario creeré que usted desea hacerme la competencia con *El Duende*.

—*El Duende* no será nunca otra cosa que un mero entretenimiento. *El Telégrafo* es, en cambio, un periódico semi-oficial, puesto que lo respalda la diputación. No se impaciente. Ya verá qué articulazo le voy a espetar.

—Así me gusta. Pero que sea mañana.

—Mañana será. Pero... ¿quién viene allí? ¡Ah! ¡Otro diputado provincial! ¡Dichosos los ojos, Martínez Valdés! Creí que se lo había tragado la tierra. ¿Qué se hizo usted después de la noche del baile?

—Ya puede usted suponerlo: me fuí para Santiago.

—¿Y qué? No se amilane y dígame pronto si se cumplieron mis órdenes. Hable sin ambages.

—Se cumplieron, doctor, aunque conseguirlo me ha costado un esfuerzo enorme. He pasado todo el tiempo a caballo, yendo de un lugar a otro. La gente no quería entender de razones. Les he dejado entrever que el aplazamiento es por poco tiempo, y ante el descontento de algunos tuve que señalar como fecha probable el jueves santo...

—Mal hecho.

—Sólo he dicho que es posible que se den nuevas órdenes para entonces y he recomendado que nadie se mueva sin recibirlas.

—Menos mal; pero no me gustan esas triquiñuelas. Ya en esto ha habido indiscreciones y la menor cosa puede echarlo todo a rodar. Y ahora, chitón, que ya estamos frente a la catedral y allí viene el gobernador con los oficiales que le sirven de escolta.

Al terminar la función religiosa el gobernador Kindelán invitó a las autoridades y corporaciones a trasladarse al palacio de gobierno para brindar por la Cons-

titución y por el Rey. En el pórtico lateral de la iglesia esperó, a la cabeza del grupo que lo acompañaba, que el piquete formado en la Plaza de Armas le rindiera los honores de ordenanza; pero advirtió que el oficial que debía hacerlo no daba las voces de mando, y gritó con voz estentórea:

—¡Soldados, atención! ¡Presenten armas!

Una vez que la tropa le rindió honores, ordenó:

—¡Capitán Pérez, avance y entregue su espada al coronel Granados!

El interpelado se acercó, pálido y desconcertado, y sin balbucear una palabra ejecutó la orden.

—Queda usted arrestado, —agregó Kindelán.— Capitán Martínez, asuma el mando del piquete. Señores, —dijo volviéndose a sus acompañantes,— vamos al palacio y olvidemos este incidente sin importancia. ¡Viva el Rey! ¡Viva la Constitución!

Y entre los aplausos de la muchedumbre, emprendió la marcha al frente de la comitiva.

De sobremesa comentaban don José y Pineda el suceso, que les parecía señal de que algo extraño ocurría dentro de la fuerza armada, ya que Kindelán se había visto en el caso de imponer su autoridad ante un principio de desacato, cuando el esclavo Mamerto anunció:

—Don Leonardo Pichardo está en la antesala y quiere hablar con mi amo.

—Que pase.

Pichardo entró a poco como una tromba. Al ver su aspecto demudado, don José presumió que algo grave ocurría.

—¡Hable pronto! ¿Qué pasa?

—Acaban de prender a Martínez Valdés.

—¿De qué se le acusa?

—De conspiración. Dicen que habrá otras prisiones. Creo que a mí me echarán mano también. Llegué anoche con él de Santiago y... ya usted sabe.

—Hable sin temor. Pineda y yo somos una misma cosa.

—Lo que le aseguro, doctor, es que no me dejaré prender. Si todo se ha perdido, es mejor vender cara la vida.

—¡Ta, ta, ta! Contenga esos bríos juveniles, que ahora no hacen falta, sino después. ¡Y cuidado con los disparates! ¡Si llega el caso, déjese prender, y punto en boca!

—Está bien, doctor.

—Quédese aquí con Pineda, que yo voy a ver a Kindelán.

—¡Cuidado, doctor, que el nombre de usted anda de boca en boca!

—Voy entonces con mayor motivo.

El gobernador se encontraba en su despacho con los coroneles De Ita y Granados cuando entró don José, quien como único saludo exclamó:

—Gobernador, ruégole una entrevista absolutamente privada, con perdón de estos caballeros.

A una señal de Kindelán quedaron solos.

—¿A qué viene usted? —preguntó Kindelán con sequedad.

—A constituírme preso.

—¿Qué dice usted?

—Que el doctor José Núñez de Cáceres, juez de letras, auditor de guerra, asesor general, ex intendente y ex gobernador interino, enterado de que ha sido reducido a prisión el diputado provincial Antonio Martínez de Valdés, por opiniones políticas que son las mismas del doctor Núñez de Cáceres, viene a constituírse en prisionero.

—¿Por qué?

—Porque es injusto que se le deje disfrutar de libertad si es un delito profesar tales opiniones.

—No se trata de opiniones, sino de hechos. El señor Martínez de Valdés tenía el propósito de iniciar aquí un movimiento revolucionario en el día de hoy.

—¡Falso!

—¿Falso?

—Sí, señor gobernador, no hay tal revolución. Si lo duda, ponga en libertad a Martínez Valdés, acuartele la tropa y espere el día de mañana.

—¡Valiente proposición! Al saber descubierta la conspiración no habrá quien se mueva. Además, el golpe estaba preparado para las once de la mañana, y nada ha ocurrido. Llegué a temer que el incidente de la plaza de armas tuviera que ver con el asunto, pero al parecer sólo se trata de una distracción inconcebible del capitán Pérez.

—Allá se las entienda con usted el capitán Pérez; pero yo le aseguro que Martínez Valdés es tan culpable como yo.

—Si así fuere, bien merecería usted ir a hacerle compañía.

—No pido otra cosa. Tan injusta y absurda como la suya sería mi prisión.

—¡Cómo! ¿Se atreve usted?

—A llamar las cosas por sus nombres, como acostumbro. Y déjeme decirle que si el gobierno empieza a dar palos de ciego, no le arriendo la ganancia.

—¿Amenazas?

—No: enseñanzas de la experiencia. Las medidas arbitrarias no dan buenos frutos. No olvide el ejemplo de la América del Sur.

—Las medidas que he tomado hoy demuestran que no lo olvido.

—Mal camino ha tomado usted en ese caso. Los pueblos no se gobiernan a latigazos. Destruirá usted en un minuto de ofuscación las ilusiones de libertad que nos hizo concebir la Constitución.

—No me aparto de la Constitución. Seré siempre el primero en cumplirla. Las prisiones de hoy son medidas urgentes y necesarias de las cuales ya conocerá usted como juez a su debido tiempo.

—Se equivoca usted.

—¿Cómo así?

—Yo no puedo ser juez contra mí mismo. Le repito que la misma razón que hay para procesar a Martínez Valdés la habría para procesarme a mí.

—¿Es usted acaso un revolucionario?

—Todavía no. Usted lo sabe.

—Pues Martínez Valdés sí que lo es.

—Todavía no. Su caso es el mío.

—¿Cuál es el caso de usted?

—El de un hombre que piensa con su cabeza; que opina que la independencia es una aspiración legítima del pueblo dominicano, pero que no cree llegada la hora de poner en práctica sus ideas. ¿Lo ignoraba usted?

—¿Cómo había de ignorarlo si fué lo primero que supe al llegar aquí?

—Yo le aseguro que la posición de Martínez Valdés es la misma.

—Usted habla así porque no conoce las pruebas que están en mi poder.

—Depende de lo que usted llame *pruebas*. Una denuncia no es una prueba, y usted no puede tener más que denuncias de gente amiga de embrollarlo todo y de propalar falsas alarmas.

—Habla usted con demasiado aplomo, pero le confieso que así como me agrada su entereza, que siempre he sabido apreciar, me asombra el empeño que tiene usted en defender al preso.

—Es un diputado provincial y un buen amigo. Pero ante todo defiendo la justicia de su causa.

Kindelán se puso bruscamente de pie. Dió unos cuantos paseos por la habitación en actitud cavilosa y se detuvo después frente a don José, que seguía imperturbable en su asiento.

—¡Hablemos claro! —exclamó.— Comprendo que usted sabe perfectamente a qué atenerse. Apelo a su rectitud y hombría de bien para que me conteste sin vacilaciones ni argucias. ¿Me da usted su palabra de que no iba a estallar hoy un movimiento revolucionario?

—Sin vacilar le doy mi palabra.

—No debo dudar de su palabra, pero temo que usted se equivoque. Estudiemos el asunto con calma, como dos buenos amigos, a ver si usted me ayuda a desenredar esta madeja.

—Lo escucho.

—Hará cosa de un mes que los coroneles De Ita y Granados me trajeron una confidencia que me preocupó un poco. Me aseguraron que en Santiago de los Caballeros un grupo de conspiradores se movía con algu-

na actividad. Me puse en comunicación con el general Manuel Aybar e hice redoblar allí la vigilancia. Los informes que recibí de Aybar confirmaron las sospechas anteriores. El nombre de Martínez Valdés figuraba a la cabeza de una lista de personas a quienes se acusaba de preparar un movimiento revolucionario para proclamar la independencia el diecinueve de marzo. Días más tarde el coronel Granados trajo a mis presencia al capitán Manuel Martínez, cuya actitud había dado que pensar, y Martínez, después de poner en claro su conducta, me trasmitió otras confidencias, según las cuales podía entenderse que algunos vecinos de la capital estaban complicados en la conspiración. El jefe *visible* de la conspiración, según él, era también Martínez Valdés.

—¿Por qué dice usted *visible*?

—Porque había otro jefe superior que según tales confidencias, no quería dar la cara.

—¿Su nombre?

—José Núñez de Cáceres.

—Sólo un bribón puede atreverse a decir que José Núñez de Cáceres es capaz de no dar la cara.

—No se exalte inútilmente. Si juego a cartas vistas es porque confío en su serenidad y buen consejo.

—¿Y eso es todo?

—Hay algo más. Una vez reunidos esos informes, mantuve la más estrecha vigilancia sobre Martínez Valdés. Los datos recibidos últimamente son gravísimos. Desde hace quince días anda a caballo, de poblado en poblado. ¿Me negará usted que esa actividad es más que sospechosa? ¿A qué obedecen esos viajes continuos sino a la preparación del movimiento?

—No soy de su opinión. Si Martínez Valdés tenía

organizado un movimiento en el Cibao ¿qué ha venido a hacer hoy a la capital?

—Olvida usted que, según las confidencias recibidas, había vecinos de la capital mezclados en el asunto.

—Sí, hasta el jefe *invisible*... Pero aún así ¿por qué iba Martínez Valdés a abandonar el Cibao, que es donde tiene arrastre personal? No, gobernador. Ciertas circunstancias han podido dar visos de verdad a la denuncia, pero ésta es falsa o errada. ¿Quiere usted que le dé un consejo leal?

—Diga usted.

—Juéguese el todo por el todo. Ponga en libertad hoy mismo a Martínez Valdés. Ningún riesgo hay en ello para el gobierno. Ya está usted prevenido, y nadie podrá sorprenderlo. En cambio, el gobierno dará una impresión de firmeza que aumentará su prestigio. Procederá usted con justicia, ya se convencerá usted, y dará un buen golpe de efecto ante la opinión pública.

—¡Hum!... Casi casi me tiene usted conquistado.

—Será para su bien. Si usted acepta mi consejo, mándeme el expediente mañana, que yo le prometo abrir una investigación tan amplia como sea necesaria. Ahora bien: si esta investigación obtiene el resultado que yo espero, ese capitán Martínez que se atreve a decir que José Núñez de Cáceres es hombre que no da la cara, tendrá que hilar muy delgado, porque yo entregaré el juzgado y lo perseguiré por calumnia.

—Vamos, vamos, doctor. Martínez sólo ha recogido un rumor. Además usted no puede hacer uso de lo que acabo de referirle como caballero y como amigo.

—Soy incapaz de ello, usted lo sabe; pero Martínez ha de ir a declarar al juzgado, y yo quiero ver si allí dice una cosa distinta de lo que le ha contado a us-

ted, exponiéndose a que usted y los coroneles De Ita y Granados lo juzguen como un pusilánime o un cobarde.

—Aún así, no pretenda llevar las cosas por la tremenda. Ahora soy yo quien le dice que no se puede andar a latigazos.

—Con los pueblos, no; con los bribones, sí.

—Tranquilícese y olvide. Voy a ordenar que pongan en libertad a Martínez Valdés y lo requieran para que se presente mañana a la justicia.

—¡Bravo, y adiós!

—No se vaya, que quiero hacerle una súplica.

—De antemano me atrevo a decirle: complacido.

—Visto el curso de los acontecimientos creo de mi deber aconsejarle que suprima en la tertulia de su casa el tema de la independencia y los comentarios sobre la revolución suramericana. Lo que ustedes hablan tiene eco fuera de allí, puede excitar los ánimos de otros que no tienen el mismo juicio elevado de los que allí se reúnen, y no faltará quien entienda que, por mi amistad con usted, soy en ese punto demasiado débil y tolerante.

—Tiene usted toda la razón. Desde ahora le anuncio que la norma de mi tertulia será la siguiente: hablemos de todo, menos de política.

—Gracias. Mucho me temo que el deseo de amenguar la significación e influencia de usted, que indudablemente es la primera figura de la colonia, haya sido el motivo principal de que el nombre de usted aparezca mezclado en esta denuncia por conspiración. No son pocos los que dirigen contra usted sus tiros. Y aunque yo sigo teniendo confianza en usted, debe usted proceder en lo sucesivo con mucha cautela.

XI

EL NUEVO GOBENADOR

Abigarrado gentío colmaba la Plaza de Armas al caer la tarde del 16 de mayo de 1821. Momentos antes había llegado a Santo Domingo el brigadier don Pascual Real, nombrado para desempeñar interinamente la capitanía general de la colonia. El gobernador Kindelán había convocado con premura el Ayuntamiento para hacer entrega del gobierno.

Mientras la ceremonia del juramento se celebraba en la sala del Cabildo, volaban los comentarios de boca en boca.

—¿De dónde viene el nuevo gobernador?

—Dicen que andaba con el general Morillo en la América del Sur.

—En ese caso viene bautizado...

—¿Eh?...

—Claro, hombre. Habrá recibido ya su bautismo de sangre.

—Hay quien dice que no brilla por su valor.

—Valor se le supone. ¿No es español? Lo que me han dicho es que es un tonto, un general de antecámara...

—Algún mérito tendrá cuando lo nombran...

—Sí, como Urrutia...

—¡Ja, ja!

—¡Buen susto habrá pasado al venir de Puerto Rico!

—¿Por qué?

—Tuvo que andar once días huyendo de los corsarios. No se sabe cómo pudo llegar antier a Samaná...

—Lo que es de Samaná a la capital no ha tardado...

—Tendría prisa en empuñar las riendas...

—Y Kindelán en soltarlas. No ha dejado al hombre ni lavarse la cara. Citó en seguida a toda la oficialidad para presentársela, y sin perder tiempo lo ha traído al Cabildo.

—¡Lástima que se vaya Kindelán! ¡Ese sí que es un macho!...

—De primera... ¡Anjá! ¡Mira! Ya salen los dos...

—La verdad es que al lado de Kindelán, esbelto, arrogante, de mirada firme, en fin, que a la legua se ve que sabe mandar, este hombre parece un alfeñique...

—No tan alfeñique, no exageres. Lo que sí parece es que lo ha quemado un poco el sol de América.

—¿El sol? El dirá que la pólvora...

Kindelán levantó en alto la diestra, y su gesto impuso silencio.

—¡Nobles y fieles dominicanos! —exclamó.— Aquí tenéis a vuestro capitán general y jefe superior político, el señor brigadier don Pascual Real, a quien acabo de hacer entrega del gobierno. Dentro de pocos días os diré adiós, con gran sentimiento de mi parte; pero me consuela dejar el gobierno en manos de quien, como el brigadier Real, sabrá dirigir acertadamente vuestros destinos. En él tenéis un celoso guardián del orden y de las libertades que garantiza nuestra Constitución.

Se oyó un "¡Viva el general Kindelán!", que fué coreado con entusiasmo por la muchedumbre.

El brigadier Real dió un paso adelante, cuadrándose militarmente.

—¡Pueblo de Santo Domingo! —dijo.— Al hacerme cargo de esta capitanía general sólo deseo seguir el ejemplo de mi digno antecesor, que deja entre vosotros tan gratos recuerdos. Seré, como él acaba de decir, celoso guardián del orden y de la libertad. Sé que llego en momentos difíciles; sé que ha habido recientemente dos conspiraciones...

Kindelán no pudo evitar un gesto de contrariedad.

—...Pero yo os aseguro que si bien los dominicanos fieles a España encontrarán en mí, no un superior, sino un amigo, seré inflexible con los que intenten traicionarla. ¡Viva el Rey! ¡Viva la Constitución! ¡Viva el pueblo dominicano!

Se oyeron algunos aplausos al ser coreados los vivas; los brigadieres Kindelán y Real, seguidos por el teniente de milicias don Silvestre de Aybar, —que desempeñaba las funciones de alcalde primero,— por la corporación municipal en pleno y por otras autoridades, se dirigieron al palacio de gobierno; y el público se desparramó, formando corrillos en la plaza y en las esquinas próximas.

—Llegamos a tiempo para oír a este buen señor decir unas cuantas tonterías, —decía Pedro a Lico Andújar.

—Más que tonterías, palabras inconvenientes que demuestran su poca habilidad. ¿A qué hablar de conspiraciones, y nada menos que de dos...?

—Seguramente le han dicho que hubo un movimiento preparado para el día de San José y otro para

el jueves santo... Debe haber hablado ya con Granados y con De Ita.

—Pero de este último conato sólo se ha hablado muy reservadamente en las esferas oficiales...

—Lo que se ha dicho es que el movimiento del diecinueve de marzo se había pospuesto para semana santa. Ya sabes el trabajo que ha tenido papá para poner en claro este asunto...

—La verdad es que los coroneles Granados y De Ita han quedado disgustados hasta con el mismo Kindelán. Y al capitán Manuel Martínez le salió la criada respondona...

—¡Como que con papá se puede jugar! El hombre se vió acusado por calumnnia y tuvo que cantar la palinodia.

—Al principio estuvo muy atrevido. ¿Te acuerdas de aquel día en que, con la mayor frescura, dijo en pleno juzgado que don José era un insurgente?

—Y papá le dijo que para emplear con propiedad esa palabra había que conocer el diccionario, pero que de todos modos bien pronto sabría lo que él era.

—¿Has de creer que un grupo de estudiantes le mandó un diccionario de regalo al capitán Martínez?

—Me lo dijeron ayer. Y ahora la broma que gasta mucha gente es plantear este problema: ¿por qué página del diccionario anda ya el capitán? Los interrogados se ponen a sacar cuentas y concluyen: a tantas páginas por día, anda ya por la D. La mejor solución parece haber sido ésta: "¡empezó por la I, y no ha llegado ni a insurgente!"

—Tiene gracia. Dicen también que Kindelán le echó un regaño y hasta le dió a entender que tenía sospechas

de que, si algo hubo, el propio Martínez andaba metido en el cuento...

—Eso sí que no lo creo.

—¡Quién sabe! A mí me parece que anduvo en eso y después se arrepintió.

—¡Qué va! Si así fuera, habría contado una partida de cosas.

—¡Cállate! Pueden oírnos...

—Es verdad. Hablemos de otra cosa.

—¿Viste cómo Monteverde nos guiñó el ojo cuando pasó con el Cabildo, detrás de los gobernadores?

—Con ese guiño de ojo el señor síndico primero parecía decirnos: ¿qué les parece este chisgarabís del gobernador?

—Con tal y que no quiera dejar sin efecto lo que Monteverde, apoyado por Del Monte, ha hecho con los conventos...

—¡Que se atreva! Ya ese asunto está terminado y el expediente se mandó a España. Cerrados y bien cerrados están los conventos de esta ciudad, por no tener el número de religiosos profesos exigido por decreto de las Cortes, y adjudicados han sido a la hacienda pública sus bienes temporales.

—Monteverde ha resultado un gallito de pelea. Aunque resuelto por las Cortes, el asunto era espinoso. ¿Viste cómo le impidió el viaje al prior Pérez Jácome hasta que no rindiera sus cuentas?

—Como que se dice que don José, que nunca ha tenido grandes simpatías por la gente de sotana, lo aconsejaba...

—Puede ser, porque papá fué su maestro; pero Monteverde no necesita que lo empujen... Se dispara solo. ¿Vamos andando?

—¿A dónde?

—Ven a casa a cenar, que no será la primera vez.

—Ni la última.

—Después nos iremos a casa de doña Jacinta.

—Para eso no cuentes conmigo.

—¡Anda! No quieres ver a tu prima Agueda embelesada con el palique de Fello Acevedo.

—No hables de eso, que la herida está muy fresca.

—¿Ahora vienes con tortas y pan pintado? De los dos primos, a alguno había de preferir ella. De sobra te consuelas tú con pasar diez veces al día por la calle del Comercio.

—¡Mira, Pedro!

—No hay "mira" que valga. Lo que te aseguro es que un día te pasará lo que a don Tomás Ramírez.

—¿Por qué dices eso?

—No sé. A mí nadie me quita de la cabeza que la bella Marie-Louise tiene que ver con esa desgracia.

—El asunto ha quedado en el misterio.

—Por eso mismo sigo con mi tema. Ya recordarás que el pobre zapatero Lucas Coronado, que se volvió loco porque lo prendieron esa noche...

—Sí, resultó inocente. Se probó que había habido una confusión, pues en el momento en que nosotros veíamos tendido a don Tomás en el suelo, Lucas Coronado tenía un pleito en la esquina con un soldado del batallón fijo y sacaba una herramienta de su oficio para matarlo.

—Y la gente, al verlo con ese hierro en la mano, creyó que era el que había muerto a don Tomás, que era su padrino. Todo eso facilitó la fuga del verdadero asesino, que por lo visto desapareció en la confusión, Seguramente era otro enamorado de Marie-Louise...

¡Quién sabe si algo más que enamorado!

—No seas mal pensado. Bastante tiene esa pobre mujer con ser la esclava de un viejo celoso como monsieur Nicolás.

—Quizás algún día se aclare el misterio. En fin, aceleremos el paso, que se hace tarde.

Al llegar a la casa encontraron a don José en la antesala.

—¡Vaya! ¡Ya están ustedes aquí! —dijo al verlos.— Los divisé en la plaza cuando salía del Cabildo, y mucho han tardado en hacer un trayecto tan corto. Pasemos al comedor, que Juana y los muchachos nos esperan. Antes quiero hacerles una recomendación: sean en lo sucesivo muy prudentes en lo que hablen. Ya no es hora de palabras sino de hechos. *Res, non verba.* ¿Me entienden? El día veintidós se va Kindelán en la barca *Nuestra Señora del Carmen.* Quedaremos bajo la férula de un badulaque que no sabe dónde le aprieta el zapato. Parece que no tiene pizca de meollo. Con lo que ha dicho hoy al salir del Cabildo me basta para comprender que de tontería en tontería y de error en error, provocará el desencanto general. Ya no puede tardar mucho el momento en que tengamos que deslindar los campos. Mucho sigilo, pues; que cualquier frase indiscreta puede dar lugar a que este militarzuelo, ridículamente envanecido por acciones de guerra en las que no ha hecho el mejor papel, pretenda lucirse con alguno de los que ya están considerados como sospechosos después de las dos famosas conspiraciones a que hizo alusión, y aproveche cualquier ocasión para demostrar su amor al orden, su carácter inflexible, su energía... y otras zarandajas por el estilo.

¡CARABOBO!

XII

—Ya saben ustedes el motivo de esta reunión, —decía don José a los amigos que se agrupaban esa noche junto a él.— Los he convocado porque creo que es necesario pasar del pensamiento a la acción. Sólo cinco meses han transcurrido desde que el brigadier Real se hizo cargo del gobierno, y ya el descontento público es grande. No es malvado, antes bien lo tengo por un caballero, pero es torpe. Siempre conté con los errores de gobernantes así para preparar el ánimo público en favor de la independencia. Si a este estado de cosas sumamos las noticias, ya confirmadas, que llegan de la América del Sur, forzoso es convencerse de que no es hora de dudas ni de vacilaciones. La victoria de Bolívar en Carabobo es el golpe decisivo que esperábamos hace tiempo. La libertad americana es ya un hecho. España intentará luchar todavía, pero no podrá evitar lo inevitable. Nosotros, los dominicanos, no podemos quedarnos rezagados en el camino de la libertad. Debemos romper con España, constituír el Estado Libre de Haití Español y aliarnos a Colombia. Los he reunido para ponernos de acuerdo sobre el modo de realizar ese propósito. Lisa y llanamente, he ahí mi pensamiento. Espero ahora que todos y cada uno expongan el suyo con lealtad y fran-

queza.

Hubo un momento de silencio que rompió al cabo la voz mesurada de José Joaquín del Monte:

—Ya usted sabe, doctor, que pienso del mismo modo y que mi resolución está tomada. Pero yo soy hombre de leyes. Creo que conviene oír ante todo la opinión de los hombres de armas. Aquí está Manuel Carbajal, aquí está Pablo Alí. Invito en primer término a Carbajal para que haga uso de la palabra.

—Estoy conforme con lo que ha dicho don José. Cuenten conmigo.

—Bueno, pero ¿qué plan le parece más hacedero para el triunfo de nuestra causa?

—Don José lo conoce. A él le parece bien. Habrá que dar el golpe en la capital al mismo tiempo que en algunas provincias, si no en todas. El golpe que se dé en la capital, si contamos con Pablo Alí, no puede fracasar. El gobierno cuenta con el batallón veterano, donde sólo hay sesenta plazas. En cambio, casi todas las milicias siguen a Pablo Alí. Con la gente de Pablo Alí nos basta para ganar. Otros amigos pueden encargarse del este y del Cibao. Yo respondo del sur. De allí vengo. Allí he organizado la resistencia frente a las amenazas haitianas. Conozco bien cómo están los ánimos y sé con qué gente cuento. Puedo venir sobre la capital con más de dos mil hombres.

—De suerte que si no diere resultado el golpe de la capital, podríamos salir de aquí a reunirnos con usted y volver a tomarla.

—¡Y la tomamos!

—¿Qué dice a todo esto Pablo Alí?

—Bueno... Yo no sé... todavía...

—¿Cómo es eso, Alí? —interrumpió don José—

¿Ayer no quedamos en que...?

—Sí, doctor, pero estas cosas hay que pensarlas. Si por mí fuera, ahoritica mismo estaba todo arreglado, pero...

—¿Pero qué? ¿No está usted seguro de su gente?

—Usted lo ha dicho. Las milicias que yo mando son de gente de color, como yo. Todos están contando con que nos mandarán la carta de ciudadanía que hemos pedido a España. Dicen también que nos van a subir la paga...

—Más ganarán todos con la república. Pero además, Alí, no esperen ahora ni nunca esa carta de ciudadanía.

—El gobernador asegura...

—¡Qué gobernador ni gobernador! ¿Recuerda usted la proclama de Kindelán el año pasado, poco después de jurada la Constitución?

—Ya lo creo.

—Decía esa proclama que los hombres libres y los libertos, sean pardos, sean morenos, son españoles, pero no ciudadanos; y que no debía darse una torcida inteligencia a los derechos de libertad e igualdad, porque la igualdad sólo existía para la aplicación de la ley.

—Sí que me acuerdo, doctor. Y mucho que nos disgustó.

—Pues si eso decía Kindelán, que era otro hombre calcule usted lo que pensará el don Pascual que nos gastamos hoy y que no tiene asomo de sindéresis. Piensen además que las Cortes no se ocuparán del asunto, porque las cosas de acá no les interesan y en cambio les preocupan mucho las de allá. De España no esperen ustedes nada. De la república espérenlo todo.

—Hasta la libertad de los esclavos llegaremos, —

agregó Del Monte.— Sé que hay algunos que no ven la necesidad ni la urgencia de esa medida, y dicen que los pocos esclavos que aún quedan aquí viven sujetos a una tutela casi patriarcal, pero en una república no debe haber siervos, y en cuanto logremos que la independencia sea un hecho declararemos abolida la esclavitud.

—Exacto, —dijo don José.

—Bueno, —declaró Alí.— Yo hablaré con mi gente y dentro de poco le traeré la razón a don José. Porque don José es nuestro jefe. ¿Verdad?

—Así es, —asintieron todos.

—Alí, yo sé que usted es y será de los nuestros, —dijo don José.— No se hable más de eso. Usted conversará con sus milicianos y de antemano cuento con que los convencerá. ¿Qué nos dice ahora Juan Ruiz?

—Que estoy conforme con todo y que me encargo de hablar con la gente del este.

—Por lo que toca al sur, —dijo a su vez Vicente Mancebo,— ya Manuel Carbajal ha dicho lo que tenía que decir. Con él está asegurado el triunfo. Yo haré lo que se me ordene. Si se cree necesario que me quede en la capital, me quedaré; si se prefiere que preste ayuda en el sur a Carbajal, así lo haré para venir con él sobre la capital.

—Ya resolveremos ese punto conforme las circunstancias lo requieran, —declaró don José.— ¿Y el Cibao?

—Ni pregunte, doctor, —exclamó Martínez de Valdés.— Tengo simplemente el encargo de recibir sus órdenes y trasmitirlas cuando llegue la oportunidad.

—Oigamos ahora el parecer del licenciado Juan Nepomuceno de Arredondo.

—No es preciso, —contestó el interpelado.— Ya

saben que mi opinión concuerda con la de ustedes.

—Sólo me queda, —declaró Juan Vicente Moscoso,— unir mi voz al coro de aprobaciones; pero se me ocurre hacer una pregunta: ¿aparte de Alí, hay otros militares dispuestos a tomar parte en el movimiento? No debemos olvidar que hay varios fuertes y puertas en la ciudad y eso nos obliga a contar con hombres adictos en cada lugar. Lo digo porque sólo veo aquí a Pablo Alí...

—No es ociosa la pregunta, —dijo don José.— Hay en efecto otros militares, ya del arma de infantería, ya de la de caballería, ya de la de artillería, que estarán de nuestra parte; pero no convenía citarlos para esta noche. Hay que mantenerlos a cubierto de cualquier sospecha.

—Me he quedado para último, —dijo Antonio María Pineda,— pero si de adhesión se trata apelaré a la Biblia y diré que los últimos serán los primeros. No necesito hacer aquí profesión de fe. No nací en esta isla, sino en las Canarias, pero Santo Domingo se ha adueñado de mi corazón y de mi voluntad. Soy tan dominicano como el que más. Estoy dispuesto a servir en el lugar que se me señale. Sólo tengo que hacer otra pregunta. Don José opina que debemos poner el nuevo Estado bajo el patrocinio de Colombia; y ese criterio ha sido aceptado por todos. Me consta además que la idea ha recibido favorable acogida en la América del Sur. Ahora bien: ¿no es indispensable llegar previamente a un entendido formal con Bolívar?

—A eso iba, —intervino don José.— Sólo esperaba oír el parecer de todos para considerar esta cuestión. Para mí la solución es sencilla. Tenemos ya el beneplácito de los colombianos, aunque en forma todavía no tan precisa como quisiéramos. Aprovecharé los medios con

que cuento para ponerme en comunicación con ellos, como antes lo hizo Martínez Valdés, pero no podemos posponer el movimiento por tiempo indefinido, porque la situación apremia. El mejor modo de conciliar la necesidad de una preparación urgente con la conveniencia de recibir sin mucha tardanza el auxilio de Colombia, es señalar para el pronunciamiento una fecha que dé tiempo a recibir antes la respuesta. Estamos a principios de octubre. Necesitamos algo más de dos meses... Propongo el día de nochebuena...

—¡Magnífico! —exclamó Carbajal.— En una noche así no hay mucho rigor en los cuarteles, y cualquier grupo en las calles se hace menos sospechoso...

—Si nadie opina lo contrario, queda señalada la fecha del veinticuatro de diciembre, —dijo don José.— Y ahora, señores, a trabajar. Carbajal y Mancebo deben ir a preparar el sur; Juan Ruiz, el este; Martínez Valdés debe partir con Leonardo Pichardo para el Cibao. Antes de un mes debo tener informes precisos de que el plan podrá cumplirse al pie de la letra. Salvo algún caso de imperiosa necesidad, los miembros de la diputación provincial deben estar en la capital el día del golpe, porque con ellos constituiremos la junta de gobierno. Yo quedaré al habla con Alí y con los demás militares que me han prometido su ayuda. Es cosa entendida que todos los presentes formamos desde hoy la Junta Superior Revolucionaria, pero para ponernos a cubierto de cualquier sospecha no debemos volver a reunirnos en tan gran número. Propongo que Pineda, Del Monte y yo, que por otros motivos tenemos que vernos casi a diario, quedemos constituídos en comisión ejecutiva de la junta, y que los demás se entrevisten con cualquiera de nosotros tres para trasmitir informes o recibir instrucciones.

Hubo unánime asentimiento.

——En ese caso, demos por terminada la reunión

—Una última palabra, —dijo Carbajal.— Por cualquier circunstancia pudiera suceder que a alguno de nosotros, sobre todo a los que vamos a salir de la capital, nos sea imposible ver a ninguno de los tres comisionados y tengamos que valernos de una persona de confianza. Necesitamos un santo y seña para que nadie dude de esa persona.

—Tiene razón el viejo veterano, —dijo don José.— El santo y seña debe ser una palabra que se grabe fácilmente en la memoria, y hay una que ninguno de nosotros podrá olvidar.

—¿Cuál?

—¡Carabobo!

XIII

EL DÍA DE SAN ANDRÉS EN 1821

Una volanta se detuvo frente a la casa de don José en las primeras horas de la tarde del treinta de noviembre. Era *día de San Andrés,* consagrado en aquel entonces a diversiones populares que podrían merecer el nombre de "carnavales de agua". Cascarones de huevo, almacenados durante todo el año, se llenaban anticipadamente de agua perfumada, a veces coloreada con anilina; y cerrado el boquete con un parche de tela empapada en cera, servían como proyectiles que la juventud alegre disparaba en incruentas batallas que tenían por escenario las calles de la población. De balcones, ventanas y azoteas se vaciaban aljofainas y jarros de agua sobre los atacantes, y aún el transeúnte ajeno a tales escaramuzas solía recibir un bautismo inesperado.

En el momento en que Lico Andújar y Pedro subían a la volanta, en la cual colocaba Mamerto un cajón repleto de cascarones, llegó Martínez de Valdés.

—¿Conque a jugar San Andrés? ¿Eh?

—Ya usted lo ve, —contestó Pedro,— ¡Y en volanta!

—Con buenos proyectiles, —agregó Lico.— Aunque mejores los tendremos esta noche.

—¡Ey, ey! ¡Cuidado! —apuntó Martínez de Valdés guiñando el ojo.— Y penetró en el zaguán.

En la antesala encontró a don José, ensimismado en la lectura de unas cuartillas.

—La paz sea en esta casa, —dijo Martínez de Valdés,— y que San Andrés nos favorezca.

Don José levantó la vista del papel.

—¡Ah! ¡Ya está usted aquí! —exclamó.— ¿Está todo preparado en el Cibao?

—Más que preparado, doctor. Cuando salí había mucha gente en el monte. A estas horas ya los nuestros deben haberse adueñado de Santiago.

—¿Y de Puerto Plata qué sabe usted?

—Poco. Esa zona ha resultado un poco difícil.

—Yo me he puesto en comunicación con José María de Rojas, que como usted sabe me debe el puesto de administrador de la aduana...

—No me gusta Rojas. Lo conozco desde hace tiempo. Es hombre capaz de...

—Tengo confianza en él. Si puede hacer algo, lo hará. Dígame algo más de Santiago. No me explico que allí se precipiten, como usted cree, llevado de su entusiasmo. La orden dada era para esta noche, y no antes. Cualquier paso imprudente puede comprometerlo todo.

—Le repito que mucha gente se fué al monte y que es posible que hayan entrado ya en la ciudad. No había más remedio. Estábamos denunciados y expuestos a que nos metieran en la cárcel. Por suerte usted adelantó para hoy la fecha del movimiento. Supongo que sería por una causa parecida.

—En efecto. Hace días me dijo Pablo Alí que el gobernador Real había recibido varias denuncias. Por cierto que la más importante la hizo el padre Cruzado, y nos menciona a todos.

—¿Cómo poda saberlo el padre Cruzado? ¿Violaría algún secreto del confesionario?

—¡Quién sabe! Como a esto se agregaba la noticia de que Andrés Amarante se había levantado en Beler y el gobierno estaba prevenido por la agitación que reinaba en Montecristi y Dajabón, comprendí que no había tiempo que perder. Era imposible ya esperar la nochebuena. Por fortuna, Real está confundido: ha creído que la agitación de las regiones fronterizas se debe a los haitianos...

—Yo no sé qué decirle. No las tengo todas conmigo en cuanto al tal Amarante, como tampoco en cuanto a Diego Polanco en Montecristi. Parece gente inclinada en favor de los haitianos. Amarante es medio loco: una vez concibió el proyecto descabellado de fundar una republiquita en el norte de la isla, y creía que para esa empresa sería muy valioso el concurso de un tal Aury, corsario que más de una vez recaló en la bahía de Manzanillo, todo porque Aury enarbolaba la bandera de Buenos Aires. Después Amarante se sumó a los conspiradores del Cibao en favor de nuestro plan; pero celebró hará cosa de un año ciertas entrevistas sospechosas con un comandante haitiano, Harrieux, y desde entonces me parece que anda otra vez con ideas disparatadas. Lo cierto es que tanto él como Polanco izaron la bandera de Haití, aunque al llegar a la frontera las fuerzas que mandó Aybar la arriaron otra vez.

—Sea como sea, Real ha concentrado su atención del lado de Haití. Envió al presidente Boyer un emisario, que no era otro que el capitán Pascualito Real, el sobrino de su tío...

—Eso supimos allá. Boyer anuncia el envío de una

especie de embajada militar, que según dicen será portadora de un mensaje de paz y amistad.

—Para ventaja nuestra.

—¿Por qué?

—Porque los enviados de Boyer se encontrarán al llegar con el cambio de situación y podremos utilizarlos para que lleven a Boyer un mensaje nuestro invitándolo a la concordia y a la más estrecha armonía entre los dos Estados que desde mañana compartirán el dominio de la isla. Con ellos enviaremos también una copia de la declaratoria de independencia del pueblo dominicano. Estoy acabando de corregirla.

—¡Ah! ¿Esas son las cuartillas que con tanta atención leía usted a mi llegada?

—Las mismas. Aquí las tiene usted. Voy a leérselas.

—Soy todo oídos.

—"No más dependencia, no más humillación, no más sometimiento al capricho y veleidad del gabinete de Madrid. En estas breves y compendiosas cláusulas está cifrada la firme resolución que jura y proclama en este día el pueblo dominicano..."

—¡Contundente! —exclamó Martínez de Valdés.

Don José siguió la lectura, interrumpido a ratos por las muestras de aprobación de su interlocutor.

—Ha reflejado usted admirablemente el sentir de todos nosotros, —dijo Martínez de Valdés al terminar don José la lectura del largo documento. Y permítame una pregunta, doctor. ¿No hay todavía respuesta de la América del Sur?

—Todavía no. Ya usted sabe la dificultad de las comunicaciones, sobre todo si se trata de mensajes de esa índole. La espero a vuelta de pocas semanas. Además, mañana mismo veremos el modo de que Pineda

salga cuanto antes para Venezuela como delegado especial del gobierno, para entrevistarse con Bolívar o con sus lugartenientes.

—Será nuestro primer agente diplomático. ¡Buena elección! ¡Y ahora, a esperar el momento decisivo!

—Las pocas horas que faltan no son de sosiego. Hay que temer que en el último momento el gobierno, puesto sobre aviso, logre entorpecer nuestros planes y haga algunas prisiones. En ese caso todas nuestras esperanzas se cifrarían en que Manuel Carbajal lograra adueñarse a sangre y fuego de la ciudad. Aún así, el país está preparado y cualquier trastorno en la capital podrá ser remediado por las fuerzas que vengan de fuera. Vicente Mancebo y Juan Ruiz están ya aquí y son portadores de las mejores impresiones. Sabrá usted además que contamos con Miguel Febles, Felipe Vázquez, José Sosa y Francisco Pacheco. El este, el sur y el norte están con nosotros. Y como el oeste es Haití, sólo nos queda confiar en que al desaparecer España de la isla desaparecerá también la preocupación que el hecho de tenerla por vecina provoca en los haitianos.

—¡Hurra, doctor! Yo no tengo dudas. Alguna sangre ha de correr, pero nuestro triunfo está asegurado.

—Así lo creo, aunque aspiro a realizar una revolución sin sangre. Confiemos en que mis planes no sufrirán trastorno alguno y en que podremos dar el ejemplo de un cambio de régimen hecho de manera que bien puede llamarse pacífica. Pascual Real está inquieto. Hace apenas dos días, según me dijo Alí, ofreció diez y seis pesos a cada miliciano que denunciara a los que pretendían seducirlos; pero esto mismo demuestra que el gobernador anda a tientas y no sabe a qué atenerse. Hoy me he enterado de un síntoma que parece indicar que

de antemano se siente impotente ante lo que pueda ocurrir.

—¿Cuál es?

—El santo y seña que ha dado hoy a la tropa es la palabra *arruinarse*.

—¿Y el nuestro es siempre *Carabobo*?

—Cabal.

—¿Dónde nos reuniremos esta noche y a qué hora?

—Es verdad que usted estaba en el Cibao y no puede saberlo. Nos reuniremos aquí. El golpe será a eso de las dos de la mañana. Desde luego, todos están citados esta noche para las nueve. Si alguien los ve entrar, pensará que se trata de una tertulia más. Viene tanta gente a mi casa...

—¿Y las armas?

—Lico Andújar y Pedro traerán esta tarde las que faltan.

—A mi llegada los vi salir en volanta a jugar San Andrés. Como a usted no le gusta esa diversión chocarrera, supongo que eso sería para alejar sospechas.

—Para eso y algo más. Al lado de Pablo Alí vive gente de confianza, que en día como hoy se dedica a vender cascarones. Lico y Pedro irán en dos o tres ocasiones a comprar proyectiles para el juego de San Andrés, y como las casas se comunican por el patio, sacarán, junto con las cajas de cascarones, otras que contienen algunas armas y municiones.

—No será mucho lo que podrán traer de ese modo

—Lo suficiente. Aquí está ya el resto.

—¿Cuántos somos?

—De aquí saldremos unos cuarenta para trasladarnos al cuartel de la Fuerza.

—¿Nada más?

—Con eso basta y sobra. Los tenientes Mariano de Mendoza, Patricio Rodríguez y Manuel Machado nos esperan adentro. Los centinelas de turno serán de los nuestros. De los soldados que hay dentro no creo que sean muchos los que estén dispuestos a apoyar al gobierno, y además se encontrarán sin jefes.

—Pero el capitán Grazotti siempre duerme allí y ese piamontés es hombre que no se rinde fácilmente. Habrá que empezar por apresarlo.

—Mendoza, Machado y Rodríguez tomarán las medidas del caso. En el deseo de evitar escenas violentas creo que se tratará de dar un narcótico a Grazotti, invitándolo a tomar una copa de ron. No me gusta el procedimiento, pero quizás sirva para evitar males mayores.

—Está bien. ¿Y los otros puestos?

—Todo está arreglado. La puerta del Conde es nuestra, pues el sargento Vicente del Pozo y el cabo José Cuñetelis, que estarán allí de guardia, tienen ya conquistada la tropa. Además, irán a prestarles auxilio los sargentos Jacinto de Brea y José Patín. La de San Diego será tomada por el cadete Manuel Caballero, muchacho inteligente y audaz, con buen golpe de gente. En cuanto al fuerte de San José y los otros puestos, Pablo Alí comisionará a sus hombres más adictos para adueñarse de ellos, y él mismo dirigirá la operación en el lugar que crea más comprometido.

—No puede darse golpe mejor preparado. Creo que, tal como usted lo desea, haremos una revolución sin sangre.

—¡Ojalá! Sólo siento que no esté con nosotros Tomás Ramírez. El habría sido el mejor organizador del movimiento. ¡Infortunado amigo!

—Por cierto, doctor, que en Santiago circuló la noticia de que había aparecido el asesino de don Tomás.

—Es verdad.

—¿Quién es?

—Un joven francés, creo que relojero que era el amante de Marie-Louise, la esposa de monsieur Nicolás. Aquella noche vió a Tomás embelesado en la contemplación de Marie-Louise, y le asestó una estocada mortal en el hígado.

—¿Es el mismo a quien monsieur Nicolás hirió de un tiro hace días al saber que era el amante de su mujer?

—El mismo. Ya murió. En un principio no parecía que la herida que recibió podría causarle la muerte, pero su estado fué agravándose de día en día y ya agonizante confesó su delito y solicitó que la viuda de Tomás lo perdonara.

—¿Consiguió el perdón?

—Bárbara contestó que como buena cristiana no podía negárselo. Pero... oigo pasos en la escalera... ¡Ah! ¡Son Pedro y Lico que llegan! ¡Qué es esto! Vienen chorreando agua...

—Ya hemos cumplido parte de nuestro encargo, —dijo Pedro.— Las cajas están abajo, en el cuarto grande que da al patio. Un viaje más, y terminamos.

—Si sólo falta un viaje más, esperen al anochecer. Y sigan jugando San Andrés: que se les vea entusiasmados en esa diversión y que todo el mundo lo comente.

—Ya se ha comentado, papá. Como usted siempre ha sido opuesto a esa diversión y quiso suprimirla cuando fué gobernador...

—Ahora dirán que el ex gobernador ha capitulado ante la voluntad de su hijo. ¡Tanto mejor! Váyanse, pues, y vuelvan a la hora de la cena.

—Antes quiero hacerle una pregunta, papá.

—Hazla.

—¿Puedo traer esta noche a Fello Acevedo, el primo de Lico?

—¿Sabe algo?

—Algo ha oído de lo que se ha dicho en estos días y nos ha pedido que si llega el momento le avisemos. Hoy nos lo volvió a repetir.

—¿Así es que Lico y él han hecho las paces?

—Nunca estuvimos peleados, doctor, —declaró Andújar.— Tuvimos alguna que otra discusión, como sucedió la noche del baile de doña Jacinta, por causa de Agueda. Los dos la pretendíamos, pero puesto que Agueda lo ha preferido a él...

—Eso es ponerse en razón, muchacho. Mucho vale Agueda, pero tienes la vida por delante y quién sabe lo que el porvenir te reserva. Volviendo a lo que proponía Pedro, nada tengo que objetar. Fello es de buena casta dominicana. Conviene, eso sí, evitar indiscreciones. No le digan que el golpe es esta noche, pero invítenlo a venir temprano para que hable conmigo. Si después que conversemos está dispuesto a todo, nos acompañará. No hace falta uno más ni importa uno menos, pero no se debe negar a quien invoca su patriotismo la oportunidad de ponerlo a prueba.

—El dice que con usted irá a donde sea necesario. —apuntó Pedro.

—Como que a don José debe en gran parte que tío Andrés no se oponga a sus amores con Agueda..., —agregó Lico.

—¡Cuidado, Lico! —dijo don José.— ¡Quieres quitar importancia al patriotismo de Fello, atribuyéndolo a interesada gratitud! Creo que él sólo desea cumplir

a conciencia su deber de dominicano. Ahora vayan a cumplir ustedes con el suyo. Y usted, Martínez Valdés, quédese aquí de una vez, y cenará conmigo. Así no lo verán en la calle y quizás evite usted otro carcelazo como el del diecinueve de marzo..

XIV

LA BANDERA DE LAS CINCO ESTRELLAS

Antes del toque de queda de las nueve empezaron a llegar los conjurados. Pineda, Del Monte, Arredondo, Moscoso, Mancebo y Ruiz, miembros de la junta revolucionaria, se anticiparon a los demás. Don José los hizo pasar al comedor, más retirado de la calle que el salón principal.

—Voy a dar lectura a la declaratoria de independencia, —dijo don José cando calculó que no faltaba nadie.

Hízolo con voz pausada. Oídos, al terminar, algunos votos de aprobación, declaró:

—Debemos dejar constituída la Junta Provisional de Gobierno que asuma la dirección de los asuntos públicos en cuanto esté proclamada la independencia, es decir, dentro de pocas horas. Los miembros de esa junta firmarán de una vez este manifiesto.

—Opino, —dijo Pineda,— que la junta, presidida por el doctor Núñez de Cáceres, en su carácter de gobernador político y Presidente del Estado Libre de Haití Español, debe quedar formada, como antes convinimos, por los miembros del cuerpo legislativo existente, esto es, de la diputación provincial, que en su totalidad

apoya el movimiento, a saber: Juan Vicente Moscoso, por el partido de la capital, que antes tuve la honra de representar; Antonio Martínez de Valdés, por el primero del norte, que antes había representado el suplente José Basora, por no haber concurrido el electo, Francisco Mariano de la Mota; Juan Ruiz, por el del este y Vicente Mancebo por el del sur. Para la secretaría de la junta propongo a Manuel López de Umeres, que ha desempeñado hasta hoy el cargo de secretario del gobierno político...

—Hay que agregar, como miembro de la junta, a Manuel Carbajal, a quien de una vez propongo para el cargo de capitán general y jefe del ejército, —indicó don José.

—Desde luego. ¿Se aprueba, pues, la constitución de la Junta de Gobierno en esa forma; esto es, el doctor Núñez de Cáceres como Presidente del Estado; el coronel Carbajal como capitán general; los diputados provinciales como miembros natos de ella y Manuel López de Umeres como secretario?

Un apagado murmullo fué la señal de aprobación unánime.

—Estamparé mi firma como Presidente, —dijo don José,— y dejaremos un espacio libre para la de Carbajal, que firmará mañana en cuanto llegue del sur. Invito a los demás miembros de la junta para que firmen a su vez.

—¡Qué hermoso es todo esto! —decía por lo bajo Lico Andújar a su primo Fello.

—¡De lo que me hubiera perdido si no me avisan! —contestó Acevedo.

—Ya tenemos patria propia, —murmuró Simón de Portes.

Cuando todos los diputados provinciales hubieron estampado sus firmas, don José inquirió:

—¿Dónde está José María González?

—Presente, —dijo González.

—Hágase cargo de esto. A usted como director de la imprenta del gobierno, que desde hoy será la de la Presidencia del Estado Independiente de la Parte Española de Haití, —no olvide estamparlo así al pie,— le toca dedicar el resto de la noche a componer por su propia mano la declaratoria de independencia, de modo que mañana a primera hora esté impresa. Sé que usted preferiría compartir nuestra suerte, pero cada uno tiene su puesto señalado, y el de usted es el que le indico.

—¿En ese caso debo retirarme ahora mismo? —preguntó González tomando los papeles que don José le tendía.

—Sí, ahora mismo.

—Ahora mismo no puede ser, —dijo doña Juana entrando,— porque voy a mandarles café, que bien lo necesitan. Antes entregaré a mi hijo Pedro la bandera que hice yo misma para ser izada en la fortaleza. ¿Quieren verla?

—¡Ya lo creo! —afirmaron varias voces.

Doña Juana, con la ayuda de Pedro, desplegó la bandera y todos se pusieron de pie al contemplarla. Eran las tres franjas horizontales de Colombia: oro arriba, azul al medio, rojo en la parte inferior, y al centro cinco estrellas que correspondían a los cinco departamentos en que se dividía el territorio dominicano.

—¡Bendita sea la mano que bordó nuestra enseña! —dijo Arredondo.

—Gracias, —contestó doña Juana. Me voy ya. Como no he de verlos después, porque sé que las mujeres

sobramos en estos casos, les deseo buena suerte y que Dios los acompañe para bien de la patria. Y a mis hijos Pedro y José, que cumplan como buenos y sigan siempre el ejemplo de su padre.

—¡Admirable sencillez espartana! —exclamó Del Monte.

—Tomemos el café, —dijo don José,— y bajemos después a buscar nuestras armas, que esa preparación tomará tiempo y hace ya rato que es pasada la media noche. Advierto que, aunque hay aquí hombres de experiencia militar, como Juan Ruiz y Vicente Mancebo, asumo la jefatura del grupo, ya que ese grupo se compone de hombres civiles, entre los cuales no faltan abogados, médicos, profesores y estudiantes.

XV

LA INDEPENDENCIA

Faltaban pocos minutos para las dos de la mañana cuando Mamerto abrió el amplio portón y el grupo se dispuso a emprender la marcha.

—Llegaremos a la entrada de la Fuerza a la hora exacta, —dijo don José en el momento de partir. Son sólo cinco manzanas. Tomemos el centro de la calle para que nuestras pisadas se apaguen en la arena. ¡Y cuidado con disparar un tiro! Si por casualidad encontramos algún rezagado guardián de orden hay que proceder con habilidad para apresarlo sin ruido.

—Muy clara está la noche, —observó Martínez de Valdés. No es la mejor para este negocio.

El grupo avanzó, dobló por la calle de Plateros, cruzó después la Plaza de Armas ya poco andar se encontraban a corta distancia de la entrada de la fortaleza.

—¡Alto! ¿Quién vive? —gritó el centinela.

—¡Carabobo! —contestó don José.

—¡Avancen! —dijo el centinela presentando el arma.

El grupo penetró en el patio de la fortaleza, donde el teniente Mariano de Mendoza tenía la tropa for-

mada. Junto a él estaban los tenientes Patricio Rodríguez y Manuel Machado.

—Todo está listo, —declaró Mendoza cuadrándose ante don José.— La fortaleza es nuestra.

—¿Y los oficiales españoles?

—Hace un rato fueron reducidos a prisión. Apenas hubo lucha. El teniente Rodríguez acaba de ocupar el arsenal con el sargento Alejandro Evangelista, que ha quedado allí al frente de la guardia que lo custodia. Hay cerca de mil fusiles con suficientes municiones. He sacado estas dos piezas de artillería para defender la entrada en caso necesario.

—Muy bien, —dijo don José.— Teniente Mendoza, la república otorga a usted el grado de coronel y desde este momento queda usted nombrado comandante de armas de la plaza.

—¡Viva el coronel Mendoza! —gritó una voz en la tropa.

—¡Silencio! —ordenó Mendoza.— Es hora de lucha y no de regocijos. Gracias y a sus órdenes, señor Presidente.

—Coronel Mendoza, —agregó don José,— despache inmediatamente un piquete que se traslade a la casa del gobernador para prenderlo y conducirlo hasta aquí con toda clase de miramientos.

—Sus órdenes serán cumplidas, señor Presidente. Los tenientes Rodríguez y Machado irán con sus respectivos destacamentos de caballería e infantería a ejecutarlas.

A poco de haber salido Rodríguez y Machado con sus tropas, se oyó un tiro a alguna distancia.

—¡Un tiro! —exclamó don José.— A tiempo hemos mandado a prender al gobernador. Valdría la pena

encontrarlo desprevenido, para evitar así una resistencia inútil. ¿Otro tiro?

—Así es, —dijo Mendoza.— Parece del lado de San Diego... ¡Oiga! Otro más.

Todos pusieron el oído atento.

—¡Y otro!... ¡Y otro!...

Reinó después absoluto silencio.

—Buena señal, —dijo Juan Ruiz.— Parece que todo ha terminado. Y como nada se ha oído del lado del Conde, ni del de San José, ni de ninguna otra parte, hay que entender que la operación se ha realizado sin dificultad.

—Así lo creo, —indicó don José.

Se oyó el ¡quién vive! del centinela.

—¡Carabobo! —fué la respuesta.

Era el cabo José Cuñetelis que conducía bajo custodia al capitán Galo.

—Presidente —dijo el cabo saludando militarmente a don José,— La Puerta del Conde está tomada. Me han encargado de traer preso al jefe de aquel puesto.

—Puede entregarlo al coronel Mariano de Mendoza. Espero que mañana podremos dar libertad bajo palabra a los oficiales que esta noche nos vemos en la necesidad de poner a buen recaudo.

—Cabo Cuñetelis, conduzca al detenido, —ordenó Mendoza.— Hágale entrega al sargento de guardia.

—¡Ahí viene Pablo Alí! —gritó Martínez de Valdés que se había situado cerca de la puerta.

Hizo su entrada Pablo Alí, acompañado por alguna gente, y se dirigió hacia don José, a quien abrazó fuertemente, gritando:

—¡Viva la independencia!

—Bravo, Pablo. Empezaba a inquietarme al no saber de usted.

—Todo ha salido bien. Traigo preso al sargento Anselmo García, que quiso hacer resistencia en el fuerte de San José. Hace rato me avisaron que la Puerta del Conde estaba tomada. Los demás puestos también, aunque nada sé de la Puerta de San Diego. Oí tiros por ese lado. ¿No ha venido nadie de allí?

—Todavía. Esperamos el regreso de la tropa que fué a prender al gobernador. Pero... ¿no oye usted? ¿Es la tropa que llega?

—No, —dijo Martínez de Valdés, que no cesaba de ir y venir de la entrada.— Es el cadete Manuel Caballero que viene con su gente.

—Ese viene de San Diego, —indicó Alí.— ¡Que avance a informar al Presidente!

Se acercó a poco un joven alto, fornido, imberbe aún.

—Señor Presidente, —dijo cuadrándose.— La Puerta de San Diego está tomada. El sargento Diego Quero hizo resistencia y hubo que someterlo por la fuerza. Lo hice prisionero y acabo de entregarlo al sargento de guardia.

—Oímos algunos tiros por ese lado. ¿No hubo ninguna baja?

—El soldado Camilo Pérez, del batallón fijo, recibió una herida leve. También lo he traído y en este momento van a hacerle la cura.

—¿Era de los que estaban con usted?

—No, señor Presidente. Fué de los que resistieron con Quero.

—Está bien, joven. Ha demostrado usted valor y energía. El único puesto cuyo asalto no se confió a un

militar aguerrido fué el de San Diego y es precisamente el único donde hubo que apelar a las armas. Usted ha salido airoso de esa prueba. La república sabrá premiar oportunamente su entereza y sus dotes de mando.

Se alejó Caballero. Don José, echando el brazo sobre el hombro de Pineda, le dijo al oído:

—¿A qué se deberá la tardanza de los tenientes Rodríguez y Machado? Han dado hace rato las cuatro de la mañana y ya debían estar aquí con el gobernador.

—Olvida usted que don Pascual ha debido estar durmiendo el sueño de los justos... o el de los tontos. Habrán necesitado darle tiempo para echarse la ropa encima.

—Probablemente. Además, él no tiene tropa allí y tampoco se han oído más disparos.

—¡Chst! Ahora no me cabe duda. Oigo el ruido de la caballería en la calle... Ya deben estar ahí.

Avanzó la tropa, al frente de la cual venía el teniente Machado dando escolta al gobernador Real.

—Conduzca usted al brigadier Real a la Torre del Homenaje con todo el respeto debido, —dijo don José. Confío en que mañana podremos instalarlo nuevamente, bajo custodia, en su propia casa.

Real quiso decir algo en son de protesta pero su palabra fué ahogada por un "¡Viva la independencia" coreado por centenares de voces. Machado siguió con el preso hacia la Torre del Homenaje.

Rojos resplandores anunciaban ya el alba.

—Señores, —dijo don José.— La independencia dominicana es un hecho. Hemos triunfado sin sangre, pero el patriotismo, siempre en guardia, no debe adormecerse sobre estos primeros laureles. La lucha más difícil empieza ahora: hasta ayer éramos un pueblo sometido

al vasallaje; hoy somos una nación libre, pero sobre nosotros pesará, durante algún tiempo al menos, toda clase de asechanzas. Nos ponemos bajo la protección de la gloriosa enseña de la libertad americana, que voy a izar ahora. ¡Que la tropa y los ciudadanos que me escuchan la saluden como emblema de nuestra soberanía!

—Teniente Rodríguez, —ordenó Mendoza,— acompañe al señor Presidente a izar la bandera.

Recibió don José la bandera de manos de Pedro, y acompañado del teniente se internó en el edificio. A poco se le vió al pie del asta, sobre la azotea que cubre la puerta principal.

Anudó a la driza los extremos del lienzo, y a una señal del coronel Mendoza la corneta lanzó al aire sus notas estridentes y tronó el cañón, mientras los soldados presentaban sus armas y los demás circunstantes, con las cabezas descubiertas, clavaban la vista en la altura.

Cuando la bandera llegó al tope, don José volvió los ojos hacia la muchedumbre que lo contemplaba, y gritó con mal contenida emoción:

—¡Viva la patria! ¡Viva la independencia! ¡Viva la unión de Colombia!

Un coro de voces frenéticas repitió los vivas. La bandera flotó al viento, acariciada por el primer rayo del sol.

EL NUEVO DIA

XVI

A las diez de la mañana se abrieron las puertas de la ciudad para dar entrada al ejército del sur, comandado por el coronel Manuel Carbajal. El veterano de la reconquista se dirigió a la casa consistorial, en cuya puerta dió un largo abrazo al presidente Núñez de Cáceres entre las aclamaciones del pueblo.

Penetraron ambos en la sala capitular del municipio, donde Carbajal prestó juramento de fidelidad a la independencia y quedó investido del cargo de capitán general y jefe del ejército.

—Ha llegado el señor arzobispo, —anunció Agustín Ravelo, que actuaba como regidor decano.

Don Pedro Valera y Jiménez, arzobispo de Santo Domingo, penetró en el salón con andar pausado pero firme. Su rostro traicionaba, sin embargo, honda preocupación.

—Sea usted bienvenido, Ilustrísimo Señor, —dijo don José adelantándose a recibirlo.— Hace rato que lo esperábamos.

—Temí que los quebrantos que sufro me impidieran venir...

—Me congratulo de que el sentimiento del deber haya sido más fuerte que sus quebrantos. A usted, pri-

mer dominicano que ocupa la sede arzobispal, corresponde también la dicha de ser hoy el primer prelado de la nación independiente. El gobierno republicano lo invita a prestar el juramento de ley a la independencia del Estado.

—Gracias, pero... como jefe de la Iglesia no quisiera intervenir en asuntos que atañen al poder temporal. La Iglesia es un poder espiritual...

—Ilustrísimo Señor, su negativa sería a todas luces injustificada. No es a título de reproche que me tomo la libertad de recordarle que el pasado año prestó usted, con todo el clero, juramento de fidelidad a la Constitución española, como lo prestamos todos, porque en aquel momento esa era la carta fundamental del pueblo dominicano. ¿Podría nuestro clero negarse a hacer hoy por la independencia nacional lo que ayer hizo por España? Obligación es de todo dominicano, —y usted lo es para orgullo de su pueblo,— consolidar con su adhesión la libertad de que hoy disfrutamos.

—Si se me obliga, haré lo que usted ordene...

—No se trata de imposiciones. Hablo de una obligación moral que es imperiosa para quien como usted tiene tan alta jerarquía espiritual.

—Está bien. Estoy a sus órdenes.

—En ese caso no quiero ceder a otro la honra de tomarle el juramento. Ilustrsimo Señor don Pedro Valera y Jiménez, arzobispo de Santo Domingo,, Primada de América ¿jura usted fidelidad a la independencia del pueblo dominicano, constituído desde hoy, primero de diciembre de 1821, en Estado libre y soberano?

—Sí, juro.

—Que Dios y vuestra conciencia os lo premien, y si no, os lo demanden.

Despidióse el arzobispo y se alejó en actitud contrita.

—Ha terminado la ceremonia, —dijo don José tomando del brazo a Carbajal.

—No me parece que el Arzobispo haya prestado el juramento de muy buena gana...

—¡Ay, Manuel! Hay que conocerlo. Es un hombre excelente, de gran corazón y noble espíritu, pero la menor dificultad lo sume en un mar de vacilaciones. Hemos tenido que mandarlo a llamar varias veces, desde las nueve de la mañana. Por último, hace un rato envié allá a López de Umeres con un escribano público...

—Y al fin vino...

—Eso es. Para llegar a esa solución era preferible venir desde el primer momento. Y ahora, Manuel, venga conmigo. No he tenido desde anoche un solo momento de descanso, no he pegado los ojos ni un minuto, pero antes de retirarme a casa quiero que usted me acompañe a la fortaleza para conducir personalmente al brigadier Real a su domicilio, que le señalaremos como cárcel hasta el día en que pueda embarcarse para el extranjero.

Cruzaron la Plaza de Armas, rebosante de público, y en breves instantes llegaron a la fortaleza. En obediencia a las órdenes de don José, dos oficiales condujeron a su presencia al brigadier Real.

—Brigadier Real, —dijo don José, —deploro que la fuerza de las circunstancias nos obligara a darle anoche tan ingrato hospedaje. En unión del coronel Carbajal y de estos señores oficiales voy a conducirlo a su morada habitual, al lado de su familia, donde usted permanecerá bajo custodia hasta que pueda regresar a su país. Si tiene usted alguna queja en relación con el tratamien-

to que ha recibido, le ruego que la exponga con toda franqueza.

—De nada tengo que quejarme. Se me ha tratado con toda clase de consideraciones.

—Así lo esperaba, y me alegro de que usted me lo confirme. ¿Nos vamos ya?

—Cuando usted guste.

—Y ahora, —agregó don José al romper la marcha,— déjeme decirle que lamento no haber tenido oportunidad de conversar con usted y cambiar ideas, como lo hacía a menudo con su digno antecesor el gobernador Kindelán. El que usted sea español de España y yo español de América no debe ser una barrera que nos impida hablar con franqueza de las cuestiones que nos atañen. Usted irá dentro de poco a España y cumplirá con el deber de informar lo que aquí ha ocurrido. Deseo que conozca usted nuestros puntos de vista. ¿Puedo hablarle con mi sinceridad habitual sin que vea usted en ello el menor intento de lastimar sus convicciones y sentimientos en un momento como éste?

—Lo escucho con el mayor interés.

—Pues bien: es preciso que el gobierno de España comprenda que la independencia de América es en todas partes un suceso determinado por el orden natural de las cosas humanas, que podrá ser detenido o acelerado según las causas particulares que concurran a su desarrollo...

—Ya sé que hace años viene usted pregonando esas ideas, y que Kindelán tuvo la debilidad de tolerarlo y aumentar con su amistad y su confianza personal el ascendiente de usted en el país. ¿Por qué cree usted que la independencia de América es un suceso natural e inevitable?

—Porque España, a la distancia en que se encuentra, y sumida como está en conflictos de diversa índole, no puede atendernos ni entendernos. Vea usted. La colonia que usted gobernó hasta ayer, ha estado amenazada de ser invadida, ya por Haití, ya por los enemigos de España que codician este territorio. ¿Qué providencias ha adoptado España para protegernos? Valemos tan poco para ella que por toda defensa nos mandó unos cuantos soldados y mil y pico de fusiles.

—Es verdad, doctor. Pero ahora, sin España ¿cómo se defenderán ustedes?

—Del mismo modo que nos habríamos defendido cuando España gobernaba aquí: por nuestra cuenta. ¿No echamos de aquí a los franceses después que la propia España les entregó la isla? Hemos visto, de manera bien clara, que el gobierno que teníamos no llenaba sus fines ni cumplía sus obligaciones para con nosotros. Lo hemos sustituído por otro que responde al querer y a la voluntad del pueblo.

—No niego que, en parte, alguna razón tienen ustedes para estar quejosos; pero ¿qué pueblo no tiene quejas de su propio gobierno? Si España ha cometido errores, ustedes al separarse de España han incurrido en un error más grave que todos los de España juntos. Sinceramente desearía equivocarme, porque ustedes, quéranlo o no, son españoles, pero creo que ese error tendrá consecuencias funestas.

—Comprendo, brigadier Real, que no podemos ponernos de acuerdo; pero le agradezco que haya oído con atención mis razones y me haya dado a conocer las suyas. Hemos llegado ya. Queda usted en su casa. Ruégole que presente mis respetos a doña Anastasia.

—Gracias, doctor.

—Un cabo y cuatro números están aquí para custodiarlo, fíjese bien, no para vigilarlo. Ningún español ha sufrido el menor agravio, por lo que me siento orgulloso de mi pueblo; pero me dolería muy mucho que algún individuo obcecado o temerario, que nunca falta, olvidase las reglas de civilidad que a todos nos obligan para con usted y su familia. La fuerza pública queda aquí encargada de evitar cualquier contratiempo de esa naturaleza. Adiós, don Pascual.

—Adiós, doctor, y gracias otra vez. Ahora soy yo el que le dice que lamenta no haber tenido oportunidad de conversar a menudo con usted.

XVII

LA VOZ DE LA PLAZA DE ARMAS

Durante muchos días la Plaza de Armas se vió invadida por gente ávida de noticias y comentarios. ¿Qué otra cosa era la plaza mayor de las antiguas poblaciones coloniales del Nuevo Mundo sino un remedo del foro romano? Mentidero abierto a los cuatro vientos, centro predilecto de reunión y de cita, club del pueblo donde el desheredado se codeaba con el magnate, lugar propicio para improvisadas asambleas donde la muchedumbre se desbordaba en alabanzas o imprecaciones al comentar los asuntos públicos, la plaza mayor de la capital dominicana fué siempre fiel reflejo del alma de la ciudad.

Hervidero de comentarios y conjeturas era la plaza en la mañana del veintiséis de diciembre. Para ese día había sido señalada la jura de la Constitución republicana promulgada por la Junta del Gobierno.

—Ya tenemos Constitución, —decía uno.— Se compone de treinta y nueve artículos.

—¡Valiente Constitución, que deja en pie la esclavitud! —saltaba otro.

—Mucho se discutió la abolición de la esclavitud en el seno de la Junta, y el doctor Núñez de Cáceres se anticipó a conceder la libertad a sus doce esclavos...

—Sí, pero dicen que no se atrevió a decretar la

abolición por no causar la ruina de otros muchos; y hasta dijo que primero se cortaría la mano...

—¿Quién se lo oyó decir? Esos son cuentos de camino. Lo que yo sé es que la cuestión se discutió mucho, y que él resolvió empezar por dar el ejemplo y dejar ese asunto para resolverlo más adelante...

—Le cogieron miedo a los comerciantes, en su mayoría catalanes, que ya están alborotados con el empréstito de sesenta mil pesos que ellos han cubierto refunfuñando...

—¿Qué sabes tú de los comerciantes? Ayer hablé con don Juan José Duarte, que es español, y me djio que era natural que estos cambios políticos ocasionaran gastos extraordinarios y que había dado sin vacilar su dinero para el empréstito...

—Pues pregúntale a Buenjesús, que está que trina.

—Buenjesús es un mal agradecido. Aquí se ha hecho rico ese catalán, y sin embarrgo le duele soltar la plata para ayudarnos. Yo lo tiraría a la *Cueva de las golondrinas* para que se lo comieran los tiburones...

En otro grupo se comentaba el éxodo de los adictos al régimen español.

—Ya se fué para Puerto Rico, con varios oficiales, el teniente rey y segundo cabo Juan Nepomuceno de Cárdenas. ¡*Guaraguao,* llévatelo lejos!

—No tardó en seguir al brigadier Real, que el día nueve embarcó para Liverpool en un bergantín inglés.

—Y al fin don Pascual se quedó todo el tiempo arrestado en su propia casa, esto es, en la de su pariente don Felipe Fernández de Castro.

—Dicen que don Felipe no quiere nada con este gobierno...

—Me han asegurado que dentro de pocos días se

va don Felipe con toda su familia. Ya saben ustedes que desde el primer momento renunció la intendencia, y las otras funciones públicas que tenía a su cargo. En su lugar nombran jefe superior de hacienda pública a Martínez Valdés.

—¿A dónde va don Felipe?

—¿A dónde ha de ir? ¡A España!

—A besarle los pies a Fernando VII... ¡Maldita sea con los que nacen para lacayos!

—El que don Felipe piense con su cabeza no quiere decir que sea lacayo. El cree que este cambio no conviene...

—Bueno. Así piensan los lacayos.

—No me negarás que con eso demuestra que es consecuente con sus ideas de toda la vida. Siempre lo esperó todo de España.

—¡Claro! ¡Como que quería ser gobernador y hasta soñaba con que lo hicieran marqués!

—Es un hombre muy ilustrado y su opinión es respetable. Después de todo, el arzobispo Valera piensa lo mismo...

—¿Cómo lo mismo?

—Sí. Cree que la independencia traerá más males que bienes.

—De él sí me extraña, porque ese es un buen dominicano. Lo cierto es que juró la independencia el día primero y la hizo jurar después por el deán y por todo el clero.

—Sí, pero me han contado que no quería ir a jurarla y que algunos parientes y amigos lo convencieron de que su negativa podía ser mal interpretada. Recordarás que en el Cabildo quiso discutir el asunto con Nú-

ñez de Cáceres y que el doctor casi lo obligó a prestar el juramento.

—El caso es que juró y que hoy va a cantar el Te Deum para celebrar la jura de la Constitución republicana...

—Lo hará, pero no es un convencido.

En otro lugar se comentaban las noticias llegadas de Puerto Rico.

—¿Sabes cómo vienen los periódicos de Puerto Rico contra nosotros? Léete *El Investigador* y verás cómo ponen a nuestro presidente de vuelta y media...

—Lo que me enseñaron ayer fué un aviso que mandó a poner en *La Gaceta* el gobernador Aróstegui con motivo de la proclamación de nuestra independencia.

—Creo que el famoso brigadier don Gonzalo de Aróstegui y Herrera está furioso por un oficio que le mandó el día cuatro en la goleta *María* el doctor Núñez de Cáceres.

—¿Cómo así? Creí que esa goleta no había llegado a atracar al puerto...

—Así es. Venían en ella varios emigrados españoles de Venezuela, que la tomaron en Curazao, y al enterarse de lo que aquí había pasado pidieron al capitán que siguiera para Puerto Rico; pero don José tuvo tiempo de mandar a bordo un oficio para el gobernador de aquella isla.

—¿Qué le decía?

—Como Aróstegui es cubano, nuestro presidente lo invitaba a seguir el ejemplo de los dominicanos y a proclamar la independencia de Puerto Rico.

—¿De ahí la rabieta de Aróstegui?

—¡Como que el papel ese le quemaba las manos!

Otros discutían sobre los cambios que se anunciaban en el personal gubernativo.

—¿Sabes que el día tres de enero tendremos nueva Junta de Gobierno?

—Ya lo había oído decir. Se van Moscoso, Arredondo, Mancebo y Ruiz.

—Eso es. El día primero termina su mandato como diputados provinciales. Vendrán a reemplazarlos los diputados que ya estaban elegidos desde el doce de marzo para sustituírlos al entrar el año.

—¿Quiénes son?

—Juan Antonio Aybar, por el partido de la capital; Jacinto López, por el del este; Pedro Herrera, por el del sur; y Fernando Salcedo, por el segundo del norte

—¿Y por el primero del norte?

—No le toca el turno de renovación. Seguirá Martínez Valdés.

—Oí decir que Mancebo iba como jefe militar al sur.

—Y Juan Ramírez al este.

—¿Y qué se sabe de Pineda?

—¿Qué ha de saberse? Nuestro flamante embajador apenas habrá llegado a Venezuela, si tuvo la suerte de no esperar mucho en Curazao.

—Allí siempre hay ocasión para Venezuela.

—¡Ojalá! Hace falta que lleguen pronto buenas noticias de Pineda. No sé qué pensar de los haitianos...

—Los comisionados que Boyer había mandado a hablar con el gobernador Real y llegaron a Santo Domingo después de consumado el movimiento, parece que han visto con gusto lo que aquí se ha hecho. El coronel Fremont, que era uno de ellos, estuvo aquí hasta el diecinueve y es portador de un oficio del doctor Núñez de Cáceres invitando al gobierno de Haití a una alianza de

paz y amistad... Con Fremont se fué su compañero el capitán Viau. El único comisionado que se ha quedado aquí es el coronel Papilleau, que está enfermo, y ha escrito una carta al doctor Núñez de Cáceres dándole seguridades de que Haití se mostrará neutral.

—Sin embargo, han empezado a circular rumores que son para quitar el sueño a cualquiera. Se dice que Boyer, desde que llegó al poder, pensó en que toda la isla debía estar bajo su mando. ¿Qué otra cosa querían decir aquellas propagandas de Desir Dalmací hace dos años? Y ese mismo Papilleau, tan ladino, que habla el español como si fuera su idioma ¿no se habrá enfermado para quedarse aquí y hacer un trabajo de zapa en favor de una invasión haitiana?

—Esa invasión sería un paso demasiado atrevido. Si Boyer acaricia esa idea, el coronel Fremont habrá llegado a tiempo para explicarle la forma ordenada y seria de nuestro cambio político y el deseo de nuestro gobierno de mantenerse en armonía con los haitianos.

—Lo que hará el coronel Fremont es decirle a Boyer que aquí estamos casi desarmados y esto despertará aun más la ambición del presidente haitiano. No se atrevió a invadirnos en tiempo de España, aunque sabía que apenas podíamos resistirle, porque temía entrar en guerra con una nación fuerte.

—¿Crees tú que se atreverá a menospreciar el pabellón de Colombia? Su antecesor, Petión, sentía gran admiración por Bolívar y le prestó ayuda. Y yo creo que casi todos los haitianos piensan como Petión.

—Por eso te digo que hacen falta noticias de Pineda. Si contamos con el apoyo de Colombia, Haití nos respetará. Si no...

—Vamos a la catedral, que allí viene el gobierno.

Primero oiremos la misa, después viene la jura de la Constitución, y por útimo el Te Deum.

—Fíjate en la condecoración que lleva el coronel Carbajal en el pecho. Es la primera que otorga la república. ¿Bonita, verdad?

—Corona de palma y laurel, bordada en color rojo sobre campo azul, y en el centro el lema *Patria,* en amarillo. Los tres colores de la bandera...

—Es el premio a los soldados de la reconquista. Nunca lo recibieron de España y ahora es la república la que se los concede...

—Parece un contrasentido. Sin embargo, eso indica que *esto* viene de *aquello,* como nosotros procedemos de España.

Se echaron a vuelo las campanas, presentó armas la tropa, y la Junta de Gobierno, seguida del pueblo, penetró en el templo.

XVIII

LA CATÁSTROFE INMINENTE

En el transcurso de los días se hizo más insistente el rumor que atribuía al presidente de Haití el propósito de invadir el territorio dominicano para asegurar de ese modo la indivisibilidad política de la isla. Noticias diversas concurrían a confirmarlo. En la Plaza de Armas, que poco antes fué teatro de alegres expansiones y ruidosos comentarios, se reunían grupos de gentes cavilosas que hablaban en voz baja como si el ambiente estuviera preñado de amenazas.

—Parece que Boyer está decidido y que de ésta no nos salva nadie.

—¿No ha contestado la carta de nuestro presidente?

—Mandará un cuerpo de ejército con la respuesta.

—¡Qué barbaridad!

—¿Se repetirán los degüellos de principios del siglo?

—Hay que temerlo todo; y ese temor ha sido la causa de que algunos pueblos de la frontera hayan enarbolado ya el pabellón haitiano. Creen que con eso evitarán ser atropellados por los invasores.

—¿Qué hace a todo esto nuestro gobierno?

—¡Dios sabe! ¡Eso no es gobierno ni es nada!

—A la verdad que el doctor Núñez de Cáceres ha

procedido como un loco y nos ha metido en un berenjenal.

—¿Loco? ¡Menos mal si así fuera! Yo no creo tampoco en la pureza de sus intenciones...

—¿Crees que lo cegó la ambición?

—O el deseo de venganza. No sé a qué cosa aspiraba, porque ese hombre se ha pasado la vida aspirando a serlo todo. Fué gobernador interino, y soñó con serlo en propiedad; aspiró después a una toga de oidor en Quito, y al no conseguirla pretendía ser aquí eterno como juez. Al fin se dió cuenta de que en España no lo querían, pues el rey decidió hace pocos meses que don José no debía continuar al frente del juzgado. No te extrañe que Núñez de Cáceres, al saberlo, decidiera echarlo todo a rodar.

—Cualquiera diría que el mequetrefe de Pascual Real no quiso evitar la revolución, y le dió paso. De sobra sabía él lo que se tramaba.

—Eso se dice, pero es absurdo. ¿Cómo iba el brigadier Real a hacer semejante papel?

—Sea como sea, la falta de decisión de Real favoreció los planes disparatados de don José, cuya ambición nos ha perdido.

—Es verdad. Demasiado inteligente es don José para no haber previsto que Haití nos invadiría en cuanto nos faltara el apoyo de España.

—¿Pero será posible que Boyer se atreva a invadirnos aunque de por medio esté Colombia?

—¡Qué Colombia ni Colombia! ¡A Boyer le importa eso tres pitos!

—Sin embargo, hay quien lo aconseje de otro modo. Un individuo que llegó ayer de Haití asegura que Boyer consultó el asunto con el general Guy-Joseph Bon-

net, y que Bonnet le ha aconsejado que mantenga buena amistad con los dominicanos, pero que no se mezcle en nuestros asuntos ni pretenda dominarnos por la fuerza.

—¿Y cómo se ha sabido eso?

—De algún modo se saben las cosas. Yo no lo dudo.

—¡Ojalá sea verdad!

—Siempre que Boyer haga caso a Bonnet..

Mientras tanto don José, consciente de los peligros que amenazaban la nacionalidad recién nacida, se consumía de desesperación y de impaciencia. Sin esperar respuesta de Boyer a la carta que mandó con el coronel Fremont, había vuelto a escribirle, deseoso de determinar cuanto antes el orden de relaciones que debía regir entre los dos Estados. Pasaban los días y tampoco llegaba la respuesta a esta segunda carta. Algunos pueblos del norte habían enarbolado el pabellón haitiano. Ya mediado enero recibió informes de que el ejército de Haití se preparaba a avanzar hacia la frontera.

Al fin llegó la contestación de Boyer. El coronel Papilleau fué a entregarla personalmente a Núñez de Cáceres. Después de leerla y de oír el informe verbal que le dió Papilleau, don José quedó anonadado. Clara y terminante era la epístola del presidente de Haití: la isla debía ser, políticamente, una e indivisible, tal como lo consignaba la Constitución haitiana; la razón y el espíritu de conservación imponían esta necesidad a los habitantes de toda la isla, y ya los vecinos de la zona fronteriza y de algunas poblaciones del norte se habían adelantado a proclamarlo así.

"Voy a visitar toda la parte del este, —agregaba,—

con fuerzas imponentes, no como conquistador (ni quiera Dios que este título se acerque jamás a mi pensamiento), sino como pacificador y conciliador de todos los intereses en armonía con las leyes del Estado. No espero encontrar en todas partes sino hermanos, amigos, hijos que abrazar. No hay obstáculo que sea capaz de detenerme, y cada uno puede estar tranquilo en cuanto a su seguridad personal y la de sus propiedades. En cuanto a vos, ciudadano, que creo estáis animado, como me lo significáis, del solo interés de la patria, abrid vuestro corazón al gozo y a la confianza, porque la independencia de Haití será indestructible por la fusión de todos los corazones. Os aseguraréis los derechos de mi estimación y conservaréis títulos preciosos para con todos vuestros conciudadanos, si enarboláis en Santo Domingo, desde el recibo de la presente, el único pabellón que conviene a la existencia de los haitianos, que es el de la república."

La catástrofe era inminente. Roto quedaba el ensueño fugaz de la independencia dominicana...

HORA SUPREMA

XIX

—Acaban de oír ustedes la lectura de la carta del presidente de Haití, —decía don José horas después a los miembros de la Junta de Gobierno y del Cabildo de la capital, reunidos en la casa del pueblo con otros prohombres de la república. Demudado el rostro, su acento traicionaba honda indignación y pesadumbre.

—¡Triste privilegio, —continuó,— el que me concede Boyer al convertirme en ejecutor de sus designios y encomendarme la misión de arriar el pabellón de Colombia y sustituírlo por el de Haití! Jamás pude concebir que de manera tan insolente e inicua se pisoteara el derecho de gentes. Jamás pasó por mi mente la idea de que, desaparecido el recelo de los haitianos ante la vecindad de España, ese recelo fuera reemplazado por el afán codicioso de ejercitar el derecho de conquista contra un pueblo que les brinda su amistad. No sé si pequé de imprevisor o de iluso al empeñarme en satisfacer los anhelos de libertad de nuestro pueblo; pero sí sé que muchos de los que ayer me aclamaban en calles y plazas como fundador de la nación independiente, arrojarán ahora sobre mí el peso de toda la responsabilidad de la hora presente, y mi nombre será objeto de maldición y escarnio. He medido ya, a solas con mi concien-

cia, la magnitud del sacrificio que las circunstancias reclaman de mí. En el camino del deber no he conocido nunca vacilaciones, y ya sé lo que tengo que hacer; pero antes de exponer mi opinión personal sobre tan grave conflicto deseo oír la de ustedes. Para que puedan apreciar cuál es la verdadera situación que atravesamos debo empezar por informarles que un cuerpo de ejército haitiano, de seis a siete mil hombres, a las órdenes del general Bonnet, ha cruzado la frontera norte. Otro cuerpo de ejército semejante, bajo el mando del general Borgellá, ha penetrado por el sur. Boyer debe haber salido ya de Puerto Príncipe para Cabo Haitiano, de donde se propone seguir las huellas de sus lugartenientes. Las poblaciones fronterizas, temerosas de que se repitan las matanzas y los horrores que sufrimos hace más de quince años, han desistido de toda resistencia y han creído que su mejor defensa es enarbolar el pabellón haitiano. Y lo que es peor, Juan Núñez Blanco, que pretende emular en la traición al bandido Justo José de Silva, aliado hace tiempo de los haitianos y prófugo de la justicia, salió de Jacagua a fines de diciembre con un grupo de dominicanos degradados y cayó por sorpresa sobre el fuerte de Santiago de los Caballeros; se adueñó de la población y también enarboló allí el pabellón de Haití. Igualmente ha izado esa bandera la ciudad de Puerto Plata, que ha enviado en comisión a Haití a ese monstruo de deslealtad que se llama José María Rojas, cuyo deber era estar a nuestro lado, siquiera sea en consideración a la protección que de mí recibió siempre. Lo propio han hecho La Vega, El Cotuí y San Francisco de Macorís, y las noticias que me llegan de algunas poblaciones del sur me causan hondo desaliento. Tal es, señores, la realidad que tenemos delante. Hagamos un esfuerzo para

mantener sereno el ánimo, de modo que podamos, sin que nuestra razón se ofusque, decidir cuál es la actitud que debemos adoptar: o resistencia o sumisión. Frente a tal disyuntiva, la opinión de más peso es la de los hombres de armas. En consecuencia, empiezo por conceder la palabra al coronel Carbajal.

—Hace un año, —dijo el anciano con voz apagada y trémula,— me ordenó el gobernador Kindelán que organizara la frontera sur para un caso de invasión. Mi encargo era contener el avance de las tropas haitianas por medio de guerrillas para obligarlas a avanzar despacio. De ese modo podíamos ganar tiempo para que llegaran refuerzos de Puerto Rico y Cuba. Sin esos refuerzos, la resistencia era inútil; los haitianos, muy superiores en número, se habrían impuesto tarde o temprano. ¿Con qué elementos contamos para resistir ahora? Cuando más podemos disponer, en todo el territorio, de dos mil fusiles con algún parque. Hay además unos cuantos cañones. Podríamos organizar un ejército de dos mil hombres, quién sabe si sería posible reunir armas para tres mil, porque son muchos los dominicanos que tienen armas de su propiedad. Yo me atrevería a garantizar el triunfo de esos tres mil hombres frente a seis mil, quizás frente a ocho mil, porque los dominicanos son hombres aguerridos, han vivido siempre dispuestos a pelear, conocen el manejo de las armas, y de su valentía no hay que hablar; pero no se trata de seis ni de ocho mil hombres, sino de doce o quince mil. La diferencia es grande, y ni siquiera tenemos al país unido y entero, puesto que algunas poblaciones importantes se han apresurado a someterse a los haitianos...

—¿A juicio del coronel Carbajal, —interrumpió Del Monte,— la resistencia sería un suicidio?

—Usted lo ha dicho, don José Joaquín; pero quiero agregar que si acordamos resistir yo sabré cumplir con mi deber. Mi sacrificio poco vale: viejo soy, estoy casi ciego, pocos son ya los años de vida que puedo ofrecer como tributo a la patria. Si no vacilé en otro tiempo, cuando tenía el porvenir por delante ¿cómo voy a vacilar ahora?

—Yo soy joven y tampoco vacilo, —dijo el coronel Mendoza,— aunque sé que la resistencia es inútil.

—Y de mí no esperen otra cosa, —agregó Pablo Alí.— Ya saben que estoy acostumbrado a las balas...

—No se trata de eso, —exclamó don José dejando caer pesadamente su mano sobre la mesa.— ¿Qué más quisiera yo que morir peleando? ¿Qué significa para mí la vida cuando veo desplomarse el sublime ideal a que quise consagrarla? Si el suicidio fuera una solución, yo tomaría ese camino, el del suicidio honroso, esto es, el de ir conscientemente a buscar la muerte frente a las armas enemigas, con el único objeto de dar un alto ejemplo de abnegación y de patriotismo. Pero pienso que si bien cada uno de nosotros puede disponer como le plazca de su propia vida, no tenemos el derecho de inmolar la familia dominicana a nuestra ambición de gloria. ¿Qué significaría esa resistencia inútil? El pillaje, el incendio, la matanza, el degüello de poblaciones enteras. Grabados están en nuestra memoria los horrores del pasado. Ni Boyer, ni su lugarteniente Bonnet, —que me consta ha tratado de oponerse a este monstruoso proyecto de invasión— ni Borgellá, ni ningún otro de los jefes del ejército de Haití, podrían contener, aunque tengan sentimientos humanitarios, los desmanes de una soldadesca irresponsable. ¡Si al menos, aun exponiéndonos ahora a la reproducción de aquellas escenas, tuviéramos la posi-

bilidad de vencer...! Pero ya que no la tenemos, quédenos siquiera el consuelo de pensar que, si con la sumisión salvamos del exterminio a la sociedad dominicana de hoy, la habremos conservado intacta para que mañana pueda erguirse de nuevo a reclamar su derecho a la libertad.

—Esa última reflexión y el doloroso recuerdo que la ha precedido parecen indicar que usted no encuentra mejor solución que la de someterse, —indicó Moscoso.

—Sí. Digámoslo sin ambages. ¡Sí, sí, sí!

—¿Y el honor? —preguntó Mendoza.

—¡Ah! Ya apareció la palabra reservada para las grandes ocasiones. ¡El honor! Ya sé que para cualquiera de nosotros el camino más fácil, el más cómodo, el más abocado a la gloria, es el de morir en la demanda, aunque eso equivalga a la inmolación de la familia dominicana; pero no vacilo en declarar que si el sacrificio de mi nombre es necesario para evitar días de dolor y de luto al pueblo dominicano, me siento capaz de ese sacrificio. ¡Menguado patriotismo el de aquel que sólo sabe ofrecer la vida en holocausto, pero vacila en ofrendar a la patria lo que vale aún más! Podríamos quizás proceder de otro modo si tuviéramos todo un pueblo detrás, dispuesto a seguir nuestro ejemplo; pero sólo nos llegan avisos de traición y deserciones. Comprendo que muchas flaquezas son hijas del temor, porque el pueblo sabe que estamos inermes, que no podemos esperar auxilio alguno...

—¿De Colombia no podríamos recibirlo? —preguntó Arredondo.

—Yo no lo espero, al menos por el momento. Algunos de ustedes conocen la carta que recibí de Pineda. Ha visto al General Páez y a Soublette, pero ninguno de

los dos ha podido resolver nada: carecen de la tropa y el dinero necesarios para acudir en nuestro auxilio. Bolívar se encuentra en Nueva Granada, próximo a emprender el camino del Ecuador. Quizás el vicepresidente Santander, cuya respuesta espera Pineda, pueda resolver algo en favor nuestro. Pero yo no tengo fe en nada. En las presentes circunstancias todo auxilio será tardío. La amenaza que pesa sobre nosotros es inminente y nuestra resolución no admite dilaciones. En cuanto a mí, ya lo he dicho antes, mi resolución está tomada. Las palabras de Carbajal me bastan para confirmarla. ¿A qué avivar con tristes comentarios el dolor que provoca nuestra impotencia? Mejor es apurar de una vez el acíbar... Voy a dar lectura al manifiesto que he preparado para que circule mañana a primera hora. Me limito a copiar la carta de Boyer, precedida de las siguientes consideraciones:

"Libertad. — Igualdad. — República de Haití".

—¿Cómo? ¿República de Haití? —preguntaron a un tiempo Juan Antonio Aybar y Pedro Herrera.

—Sí, República de Haití. Si al sometimiento vamos, que sea de una vez. O resistimos para ser vencidos con honor y con gloria, o nos sometemos lisa y llanamente para evitar las calamidades de una guerra inútil. Continúo la lectura:

"Fieles dominicanos y amados compatriotas:

"No se me ocultan los cargos y recriminaciones que los mal contentos preparan, y aún han comenzado ya a vomitar contra mi conducta, por los hechos y consecuencias de nuestro cambio político, ejecutado el primero de diciembre último con el buen orden que todos han experimentado. Yo respondo que los movimientos de la independencia empezaron el 8 de noviembre en Dajabón, en Beler y Montecristi, y que la capital no hizo

otra cosa que salirles al encuentro, con las puras y leales intenciones de conjurar la nueva furiosa tempestad que reventó en aquellos lugares y que en breve se hubiera propagado hasta llegar a nosotros tal vez mucho más cargada de funestos materiales recogidos en su tránsito; yo respondo, en fin, con el texto de la nota oficial con que el excelentísimo señor presidente de la república de Haití ha contestado a las mías de 19 de diciembre y 5 de este mes: nada os oculto, porque hace tiempo que debéis haber conocido la franqueza de mi procedimiento en las funciones del ministerio público. Leed esta pieza con la meditación que debe inspirarnos el interés de nuestro futuro bienestar, y después condenadme."

—Aquí inserto, íntegra, la carta del presidente Boyer.

—Una pregunta, —dijo Del Monte.— ¿Por qué señala usted de modo especial los movimientos de Dajabón, Beler y Montecristi?

—Los menciono en esa forma porque quiero dejar constancia de que esos pueblos, próximos a Haití, fueron precisamente los que se anticiparon a proclamar la independencia, no importa lo que hicieran después Amarante y Polanco, hombres de poca fe, que también fueron los primeros en entenderse con Boyer. Voy a terminar. Después de la carta de Boyer, cierro el manifiesto con el párrafo siguiente:

"Enterados ya de la resolución de Su Excelencia el presidente de Haití, nada me queda que recomendaros por lo tocante a la docilidad y sentimientos pacíficos con que debéis aguardar su llegada; pues según ofrece viene como padre, amigo y hermano a abrazarnos bajo la égida tutelar de una sola constitución. Convida a la paz, y debemos todos corresponderle con la unión. Creed que

esta es la última escena que debe representarse sobre el teatro político de nuestra isla. Su cielo quedará despejado de nubes tempestuosas, y va a comenzar para vosotros la época de vuestra seguridad y pronto alivio de las pasadas miserias: las ventajas y comodidades que disfrutan nuestros compatriotas de la parte occidental vienen a buscarnos. Abrid vuestro corazón, y dad en él lugar a la confianza de la mano generosa que os la brinda: revestíos de firmeza para no escuchar los ecos de las antiguas preocupaciones, y presentad al mundo político el dechado de un pueblo amaestrado en las vicisitudes y mutaciones de gobierno..."

—¡Qué admirable frase! —interrumpió Jacinto López.

—En ella se compendia nuestra historia, —agregó Fernando Salcedo.

—"...y presentad al mundo el dechado de un pueblo amaestrado en las vicisitudes y mutaciones de gobierno, y que por lo tanto sabe acomodarse a sus diferentes formas. Todos son buenos, si se goza con ellos de los derechos imprescriptibles de la naturaleza, libertad, igualdad, seguridad personal, paz sociable, y yo os comunico que todos ellos disfrutaréis con abundancia bajo la constitución y leyes de la república de Haití".

—Quizás sea ir demasiado lejos, —arguyó Del Monte.— No digo en esa frase solamente, sino en el tono general del documento.

—¿Demasiado lejos? ¡Menos mal que nadie advierte la amarga ironía de esos párrafos! De todos modos, si hay algo terrible es la sumisión misma, no la forma en que esa sumisión se preconice. He preferido hacerla de modo que Boyer se sienta desarmado ante la docilidad que predico. No en balde he empleado esa palabra: doci-

lidad. Por lo demás, éste es un documentos que envuelve responsabilidad, y yo, que me complazco en compartir alegrías, no sé compartir responsabilidades. Por eso lo he redactado en primera persona y por eso he de firmarlo yo solo. Y voy más lejos. Desde el lunes, día 21 de enero de 1822, flotará en esta capital el pabellón haitiano. Para muchos, mi nombre, estampado al pie de este documento, será objeto de excecración; pero yo estoy en paz con mi conciencia.

—Ya que a la sumisión vamos, —arguyó Mendoza,— sería de desear que Boyer no avanzara hasta aquí con demasiada tropa. Sus soldados se encontrarán con dificultades hasta para comer y son capaces de entregarse al pillaje y al degüello, sin que ninguno de sus jefes pueda evitarlo.

—Es verdad, —agregó Carbajal.— Son gentes sin disciplina, que pueden cometer barbaridades a la menor cosa que los disguste...

—Ya había pensado en ello, —dijo don José,— puesto que si nos sometemos es precisamente para evitar tales calamidades a la familia dominicana. Hay que hacerlo entender así a Boyer, y al contestar mañana la carta que de él he recibido, tocaré ese punto. Le diré que los aquí reunidos nos interesamos vivamente en evitar que él haga su entrada con las fuerzas imponentes que anuncia, pues si bien sabemos que esas tropas no se apartarán de la subordinación y de la disciplina que mantienen, el estado calamitoso a que se ha visto reducida esta parte de la isla por causa de sus vicisitudes pasadas y de sus largos sufrimientos hace que escaséen los medios de subsistencia para tanta gente. Creo que esa será la mejor forma de presentarle la cuestión y que él comprenderá de sobra lo que se le quiere decir... Agre-

garé, desde luego, que me constituyo garante de la docilidad„ —repitamos la palabra,— y de los sentimientos pacíficos de los habitantes de la capital y, en general, del Este.

—¿Y por qué no de los de todo el país? preguntó Moscoso.

—Puesto que las poblaciones del Norte y del Sur se anticiparon a someterse a Boyer y se desentendieron del gobierno que había en la capital, no soy yo el llamado a constituírme garante por ellas. Por lo menos debo decir a Boyer que no me toca interpretar los sentimientos de quienes desacataron la autoridad aquí constituída... En fin, terminemos ya. Sólo me resta, al despedirme de ustedes, confiar en que algún día se interpretará con justicia mi conducta.

—Yo sé interpretarla, doctor, y creo que mis compañeros también, —dijo Martínez de Valdés.— Deme un abrazo antes de separarnos, y pensemos que no se ha perdido todavía la última esperanza. ¿Quién sabe si Colombia interceda mañana por nosotros!

—¡Ojalá sea! —contestó don José estrechando entre sus brazos a su constante y decidido compañero de esfuerzos.

XX

¡LA PATRIA NO PUEDE MORIR!

El seis de febrero estableció Boyer su campamento en Baní; y una vez reunidos frente a la capital los cuerpos del ejército invasor que habían avanzado por el norte y el sur, señaló el día nueve para hacer su entrada a Santo Domingo y dispuso que se levantara acta de la entrega oficial de la ciudad en pública y solemne ceremonia.

En la Puerta del Conde encontró Boyer, a temprana hora de la mañana del día nueve, a las autoridades que iban a recibirlo. Alguien le señaló la presencia de Núñez de Cáceres. Boyer descendió del caballo y le dió un abrazo.

Se organizó la marcha. A lo largo de la calle del Conde la tropa dominicana, dividida en dos hileras, presentaba sus armas al paso de la comitiva. En todos los fuertes tronaban salvas de artillería. Las campanas de las iglesias repicaban a un tiempo. Oíanse tambores y fanfarrias marciales. Sin embargo, muchas casas permanecían cerradas, y a no ser por la tropa en correcta formación, las calles habrían parecido desiertas. Sólo en la Plaza de Armas se encontraban reunidos varios centenares de espectadores.

El presidente Boyer, saludado por algunos vivas, pasó revista a las tropas haitianas que habían entrado a la ciudad a las seis de la mañana, al mando del general Borgellá. Se trasladó después a la fortaleza para inspeccionar el arsenal y los cuarteles, y de allí se dirigió al palacio de los antiguos gobernadores españoles para celebrar una reunión con las autoridades y personalidades locales, a quienes rogó que lo acompañaran a la casa del pueblo para firmar el acta de entrega de la ciudad.

La comitiva se dirigió nuevamente a la Plaza de Armas y subió a poco las escaleras que conducían a la sala capitular del Cabildo. Hizo Boyer su entrada en medio de imponente silencio, acompañado de los generales Borgellá y Bonnet y de su estado mayor, y fué a ocupar el puesto de honor en la mesa presidencial. Frente a él se irguió en mitad del salón la figura del doctor Núñez de Cáceres.

A las pocas palabras del que durante unas semanas había sido presidente del Estado Independiente de Haití Español, la muchedumbre que colmaba el salón no pudo contener un murmullo de sorpresa. Aquella voz enérgica traducía en palabras mesuradas pero altivas la protesta del derecho lastimado. El sumiso y único firmante del manifiesto del diecinueve de enero empezaba ahora por someter a la consideración del usurpador "el caso singular, casi inaudito, de los dos cambios inmediatos sucesivos sobrevenidos en Santo Domingo después del primero de diciembre."

—El primero de diciembre, —continuó don José,— dejó de flotar en esta ciudad el pabellón de España, que fué sustituído por el de la independencia colombiana, lo que no indica ni adhesión particular ni incorporación a este o aquel otro Estado de los ya constituídos o de los

que en este momento luchan por su independencia de la antigua metrópoli. Se trata más propiamente de una denominación general de la independencia de la América Española, en signo de gratitud al grande hombre que descubrió un mundo ignorado por los antiguos... y el veintiuno de enero siguiente, ese mismo pabellón de Colombia, enarbolado en la forma que acabo de explicar, cedió el puesto al de la República de Haití, sin que se hayan experimentado en ninguno de esos momentos críticos las convulsiones que de ordinario acompañan toda metamorfosis de esa índole... La docilidad, la prudencia y la ilustración del pueblo son las verdaderas causas de ese fenómeno. Las escenas trágicas del nuevo teatro americano comenzaron a representarse en esta isla hace treinta años, y continuaron presentándose en diversas fases, lo cual quiere decir que la experiencia del pasado no ha sido una lección infructuosa para los habitantes de esta parte oriental de la isla, antes bien una escuela muy útil, y una práctica de la cual han derivado preceptos preciosos para saber conducirse en ese movimiento de decoraciones y llegar con felicidad al desenlace de los diversos y complicados acontecimientos de su carrera política.

El general Bonnet dirigió una mirada significativa al presidente Boyer, pero Boyer tenía puesta toda su atención en el orador, a quien con dificultad podía comprender, y no paró mientes en ello.

—Toda política llamada a trabajar en la constitución de los Estados y en esa misma trasmutación de diferentes pueblos en uno solo, ha tenido en cuenta siempre la diversidad de lenguaje, la práctica de una antigua legislación, el poder de los hábitos que tienen su raíz en la infancia y la desemejanza de costumbres hasta en el

alimento y el vestido, de igual suerte que pueden tener gran influencia en sus decisiones la contigüidad del territorio y la proximidad de los límites. La palabra es el instrumento natural de comunicación entre los hombres: si no nos entendemos por medio de la voz, no hay comunicación, y he ahí ya un muro de separación tan natural como insuperable, igual quizás a la interposición material de los Alpes y los Pirineos. En fin, no expongo argumentos: los hechos han tenido y tendrán siempre más eficacia para persuadir que las razones.

Se oyó, entre nuevos murmullos de asombro, un aplauso que fué acallado al punto por voces imperativas de silencio.

Cuando el orador terminó su somero análisis sobre las hondas diferencias que separaban a los dos pueblos, pasó a explicar la índole del movimiento que culminó en la proclamación de la independencia dominicana:

—Prometí a mis compatriotas darles la independencia americana, —a la cual se inclinaban todos con ardor,— sin efusión de sangre, sin violencia, sin confusión ni desorden. Aunque la solución no haya correspondido a sus deseos ni a los míos, espero que me harán justicia por lo que toca a la pureza de mis intenciones en esta empresa, y en fin, dirán si yo sostuve o no mi palabra y si en conciencia se me puede imputar el declive hacia el cual el destino de Santo Domingo ha conducido esa obra en cuanto a su resultado final. He asegurado también a Vuestra Excelencia en mi nota oficial del 19 del pasado mes, que yo respondía de la tranquilidad y el reposo de las ciudades de la parte del Este que se encontraban aún bajo la influencia de mis órdenes, y me creo en el caso de poder sentirme halagado por el cumplimiento de esa promesa. Sólo me resta, pues, como última fun-

ción que me corresponde, rogar a Vuestra Excelencia, a pesar de que por un rasgo heroico de su virtuosa modestia se ha negado a someterse a la ceremonia usual en semejantes circunstancias, de la entrega de las llaves de la ciudad en señal de posesión del territorio, porque Vuestra Excelencia no ha llegado como conquistador, sino como padre, hermano y amigo, que me sea permitido al menos ser el símbolo de la adhesión de los nuevos súbditos de la República, dóciles por convicción, sumisos por deber y unidos por cordialidad.

Boyer se puso de pie y condensando en francés su pensamiento lamentó no haber comprendido en toda su extensión el discurso pronunciado en español por Núñez de Cáceres, por lo cual le era imposible contestar punto por punto las ideas en él contenidas.

—No quise aceptar las llaves de la ciudad, —declaró al terminar, porque, en efecto, no he venido aquí como conquistador; no es la fuerza de las armas la que me ha traído, sino antes bien la voluntad de los habitantes que me llamaron libremente para garantizarles derechos y ventajas de que nunca habían disfrutado. En consecuencia, declaro como jefe del Estado, que haré toda clase de esfuerzos para que los que ahora engrosan la familia haitiana nunca se vean en el caso de lamentar el paso que acaban de dar.

Al terminar Boyer, una voz gritó, también en francés:

—¡Viva la República de Haití, soberana e indivisible! ¡Viva la abolición de la esclavitud!

Después de firmar el acta de la ceremonia, el presidente Boyer abandonó el salón, seguido de la comitiva oficial, para asistir al Te Deum que había de cantarse en la catedral. Terminada la función religiosa se reinte-

gró Boyer al palacio de gobierno, acompañado de las autoridades y el clero.

Don José acompañó a Boyer hasta allí, pero se retiró al punto en unión de Martínez de Valdés, Moscoso, Arredondo y Del Monte. Al verlo salir, mucha gente del pueblo que se había congregado en las inmediaciones del edificio, se acercó a abrazarlo. Vibraron en su oído congratulaciones incoherentes, entrecortadas por sollozos mal reprimidos. Algunos besaron su mano... Su palabra había sido eco fiel de la población inerme frente a la fuerza brutal y omnipotente.

Se oyó un ¡Viva el doctor Núñez de Cáceres!

—¡Silencio! —interrumpió don José.— ¡Cuando los pueblos se ven reducidos a la impotencia, su más alta virtud está en callar, sufrir y esperar!

Y se alejó con sus compañeros.

—Gracias, amigos, —dijo al llegar frente a su casa.— Despidámonos aquí. En las grandes crisis de la vida no hay mejor compañía que la soledad.

Abrazáronle todos y se despidieron en silencio. Don José subió con tardo andar las escaleras y, desplomándose sobre el primer asiento que halló al paso, hundió la frente entre las manos.

Sintió a poco que alguien se apoyaba dulcemente sobre su hombro. Y una voz compungida de mujer murmuró:

—Aquí estoy, José. No vengo a traerte palabras de consuelo, sino a llorar junto a ti. Tuviste la ilusión de crear una patria para tus hijos, y apenas le diste vida la ves muerta en su cuna.

—¡No, Juana, no! —exclamó don José alzando hacia ella los ojos enrojecidos.— ¡La patria no puede morir! ¡Ninguna noche es eterna en la historia!

Londres, Abril 1936 - Septiembre 1938.

APENDICES

A. — Principales obras históricas consultadas.

No es costumbre, en obras de esta índole, dar indicación bibliográfica alguna; pero creo que cabe hacer una excepción en este caso, por tratarse de hechos históricos sobre los cuales no es abundante la información de que se dispone.

JOURNAL HISTORIQUE DE LA RÉVOLUTION DE LA PARTIE DE L'EST DE SAINT DOMINGUE, COMMENCÉE LE 10 AOUT 1808, par Gilbert Guillermin, Chef d'Escadron attaché à l'Etat-Major de l'armée de Saint-Domingue, Filadelfia, 1810. (Hay una segunda edición revisada, con el título de *Précis Historique des derniers événements de la partie de l'est de Saint-Domingue...*, París 1811). Contiene las cartas del Dr. Correa y Cidrón a Sánchez Ramírez, pgs. 93-124, 1a. ed.

PRESENT STATE OF THE SPANISH COLONIES; INCLUDING A PARTICULAR REPORT OF HISPANIOLA, OR THE SPANISH PART OF SANTO DOMINGO..., by William Walton, Jun., Secretary to the exepdition which captured the City of Santo Domingo from the French; and resident British agent there. 2 vols., Londres, 1810. (Trae datos interesantes sobre la vida y las costumbres de la época).

RÉUNION DE LA PARTIE DE L'EST Á LA REPUBLIQUE, Port-au-Prince, 1830. (Folleto oficial del Gobierno de Haití con toda la documentación relativa al asunto).

RECLAMATION DE LA PARTIE DE L'EST D'HAÏTI PAR L'ESPAGNE, Port-au-Prince, 1830. Folleto oficial).

NOTES ON HAITI, made during a residence in that republic, by Charles Mackenzie. 2 vols, Londres, 1830. (En los apéndices: la declaratoria de independencia y el acta constitutiva

del gobierno provisional de 1821, la proclama de Núñez de Cáceres del 19 de enero de 1822 y la proclama de Boyer del 9 de febrero de 1822).

MÉMOIRES DE JOSEPH BALTHAZAR INGINAC, Général de division, Ex-Secrétaire-Général près S. E. l'Ex-Président d'Haïti. Depuis 1797 jusqu'à 1843. Kingston, 1843.

HISTOIRE D'HAÏTI, par Thomas Madiou fils. 3 vols., Port-au-Prince, 1847. (Un cuarto volumen fué publicado años después).

ÉTUDES SUR L'HISTOIRE D'HAÏTI, par B. Ardouin. 11 vols., París, 1853-1860.

SOUVENIRS HISTORIQUES DE GUY-JOSEPH BONNET, recueillis et mis en ordre par Edmond Bonnet, París, 1864.

MEMORIAS DEL GENERAL O'LEARY, publicadas por su hijo Simón B. O'Leary. 32 vols., Caracas, 1879-1888. (En el tomo II de la *Narración,* o parte narrativa de las *Memorias,* publicado en 1883, p. 628, se hace referencia a Núñez de Cáceres).

HISTORIA DE SANTO DOMINGO, por Antonio del Monte y Tejada. 4 vols., Santo Domingo, 1890-1892. En el tomo III: el *Diario de Juan Sánchez Ramírez* (pgs. 245-273) y las *Noticias de lo que presenció el Dr. Morilla, escritas por él mismo* (pgs 275-280), con datos sobre la época).

COMPENDIO DE LA HISTORIA DE SANTO DOMINGO, por José Gabriel García. 3 vols. Santo Domingo, 1894-1900. (3a. edición).

COSAS AÑEJAS, tradiciones y episodios de Santo Domingo, por César Nicolás Penson. Santo Domingo, 1891. (Las tradiciones *Muerte por Muerte* y *Las Vírgenes de Galindo* reflejan el ambiente de la época).

DOCUMENTOS HISTÓRICOS PROCEDENTES DEL ARCHIVO DE INDIAS (compilados por Máximo Coiscou Henríquez). Publicación de la Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores, 5 vols. Santo Domingo, 1924-1928.

UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE LA PAZ Y DE SAN-

TO TOMAS DE AQUINO Y SEMINARIO CONCILIAR DE LA CIUDAD DE SANTO DOMINGO EN LA ISLA ESPAÑOLA, por Fray Cipriano de Utrera. Santo Domingo, 1932.

B. — *Trabajos relativos a Núñez de Cáceres y a la revolución de* 1821.

Génesis nacional, por Federico García Godoy. (En el libro *La hora que pasa,* S. D., 1910).

Núñez de Cáceres, por Santiago Guzmán Espaillat. (*La Cuna de América,* S. D., 3 de diciembre de 1911).

José Núñez de Cáceres, biografía por José Gabriel García. (*Revista de Educación,* S. D., Abril-Mayo 1919).

Núñez de Cáceres, por Andrés Julio Montolío. (Publicado hace algunos años, sin que me sea posible precisar ahora el periódico en que vió la luz, ni la fecha).

Bustos dominicanos: José Núñez de Cáceres, por Federico García Godoy. (*Cuba Contemporánea, Habana,* Abril 1922).

Por la historia, por Leonidas García. (*Listín Diario,* S. D., 28 de diciembre de 1924).

Figuras americanas: Emiliano Tejera, por Américo Lugo (*Bahoruco,* S. D., 15 de julio de 1933). Una parte de este trabajo se refiere a la revolución de 1821.

Los primeros impresos y el primer periódico de Santo Domingo, por Leonidas García. (Listín Diario, S. D., 28 de agosto de 1933).

Ultimos días de Núñez de Cáceres. — Hallazgo de su sepultura, por Eduardo Matos Díaz (*Listín Diario,* S. D., 22 de Mayo de 1934).

El prócer dominicano Núñez de Cáceres, por Rafael Matos Díaz, (*Genio Latino,* México, Enero 1937).

Algo más sobre Núñez de Cáceres, por Rafael Matos Díaz (*Listín Diario,* Ciudad Trujillo, 12 de junio de 1938).

Con motivo del 90º aniversario de la muerte de Núñez de Cáceres, por Juan José Llovet (*Listín Diario,* Ciudad Trujillo, 12 de septiembre de 1936).

La "Independencia Boba" de Núñez de Cáceres ante la historia y el derecho público, por Carlos Sánchez y Sánchez. Ciudad Trujillo, R. D., 1937.

Investigaciones históricas. — Dominicanos en México : Don José Núñez de Cáceres, Lic. Don Simón de Portes, Lic. J. Núñez de Cáceres, por Rafael Matos Díaz. (*El Nacional,* México, 1º de julio de 1934).

La familia Núñez de Cáceres (apuntes genealógicos) por Emilio Rodríguez Demorizi. (*La Opinión,* S. D., 23 de julio de 1934).

Las dos partidas de bautismo del doctor Núñez de Cáceres, por Néstor Contín Aybar. (*Bahoruco,* S. D., 30 de noviembre y 7 de diciembre de 1935.)

En la revista *Analectas,* S. D., año 1934: *José Núñez de Cáceres,* por Eduardo Matos Díaz. — *Versos de Núñez de Cáceres,* por Eduardo Matos Díaz. — Y las siguientes inserciones con notas de Emilio Rodríguez Demorizi: *Fragmentos de unas Memorias inéditas* de José Cruz Limardo (Vol. III, Nº 12); *Núñez de Cáceres en Venezuela* (Vol. IV, Nº 2); *Ecos de la Independencia Efímera* (Vol. IV, Nº 2); *Núñez de Cáceres y Puerto Rico* (Vol. IV, Nº 10); *Recuerdos históricos,* de G. J. Bonnet (Vol. V, Nº 5).

En la revista *Clío,* de la Academia Dominicana de la Historia: *Elogio de Núñez de Cáceres* (de un cuaderno de apuntes de Andrés Level de Goda, publicado en el *Boletín de la Academia Venezolana de la Historia,* Caracas, 1933), Enero-Febrero, 1934; *Núñez de Cáceres* (fe de bautismo de un deudo suyo), Marzo-Abril, 1934; *Núñez de Cáceres* (las dos actas de bautismo), por Fed. Henríquez y Carvajal, Mayo-Junio 1934; *Núñez de Cáceres* (documentos de México), por Rafael Matos Díaz, Junio-Julio y Noviembre-Diciembre 1934; *En torno a la Independencia*

Efímera (datos tomados del archivo del Departamento de Estado de Wáshington), por Max Henríquez Ureña, Septiembre-Octubre 1936.

En Diciembre de 1932 la Universidad de Santo Domingo celebró un certamen con el siguiente tema: *Juicio crítico respecto de la actitud del Libertador Simón Bolívar frente al proyecto de incorporación de la antigua parte española de la Isla de Santo Domingo a la Gran Colombia.* El trabajo premiado de Emilio Rodríguez Demorizi, permanece hasta ahora inédito.

La Sociedad Dominicana de Estudios e Investigaciones Históricas, fundada en Ciudad Trujillo en 1936 bajo la presidencia del Dr. Gustavo Adolfo Mejía celebró, en el curso del año 1937, unos debates sobre la "independencia efímera. Un volumen del Dr. Mejía, es el fruto de su participación en esos debates: *El Estado Independiente de Haití Español* (Ciudad Trujillo, 1938).

C. — Escritos de Núñez de Cáceres y de sus hijos.

A los vencedores de Palo Hincado, canto por José Núñez de Cáceres, Imprenta del Gobierno, José María González, Santo Domingo, 1820 (8, 8 pgs).

Diez fábulas (en su mayoría inéditas), encontradas en México por Rafael Matos Díaz. De estas fábulas se ha publicado *El Camello y el Dromedario* en *Analectas* (1934).

Declaratoria de Independencia del Pueblo Dominicano, Santo Domingo, Imprenta de la Presidencia del Estado Independiente de la Parte Española de Haití, José María González. (1º de diciembre de 1821, 7 pgs). Reproducida en el tomo II de los *Documentos Históricos* compilados por Coiscou y en *Notes on Haiti* de Ch. Mackenzie).

. . . .*Carta al Vice Presidente de Venezuela General Carlos Soublette.* (*Cultura Venezolana,* Caracas, Octubre 1922). Repro-

ducida en el artículo *Por la historia,* de Leonidas García, y en *Clío* (Julio-Agosto, 1933).

Carta de un viajero a S. E. el Vice Presidente de la República de Colombia, por José Núñez de Cáceres, Caracas, 1826.

En el tomo II de los *Documentos Históricos* compilados por Coiscou: un oficio de Núñez de Cáceres al Ministerio de Ultramar dando cuenta de haberse proclamado la independencia, fechado el 12 de diciembre de 1821 (p. 43), y su manifiesto del 19 de enero de 1822 (págs. 103-106), también inserto como apéndice en *Notes on Haití,* de Mackenzie. En el tomo III: una carta suya al brigadier Pascual Real, de fecha 1º de diciembre de 1921. (p. 25). *En el folleto Réunion de la partie de l'Est à la République*: una carta suya a Boyer, fechada el 19 de enero de 1922 (en francés) se inserta mutilada (sólo el primer párrafo). Dicha carta se publicó íntegra en el *Supplément Extraordinaire au Nº V du Télégraphe* (Port-au-Prince, sin fecha pero es de fines de enero de 1822, pues el Nº III lleva la fecha del 16 de enero.)

Un ejemplar de cada uno de estos números se conserva en el Public Record Office de Londres.

En *L'Etoile Haytienne* (Nº 2, Santo Domingo, 17 mars 1822): *Discours prononcé par le citoyen Joseph Núñez de Cáceres à la salle de la municipalité, le* 9 *février* 1822, *an* 19.

El *Acta Constitutiva del Gobierno Provisional del Estado Independiente de la Parte Española de Haití* fué redactada casi íntegramente por Núñez de Cáceres, según la tradición oral. Figura como apéndice K en *Notes on Haiti* de Mackenzie y fué publicada por Coiscou en *Panfilia* (S. D., 15 de abril y 15 de mayo de 1924).

Otros trabajos de Núñez de Cáceres en los siguientes periódicos que fundó y redactó: *El Duende* (S. D., 1821); *El Cometa* (Caracas, 1824); *El Constitucional Caraqueño* (Caracas, 1824); *El Relámpago* (Caracas 1826); *El Cometa Extraordinario* (Caracas, 1827).

Un cuaderno manuscrito que se conserva en Caracas en poder del Dr. Vicente Lecuona, con el título de *Memorias sobre Venezuela y Caracas,* ha sido atribuído a Núñez de Cáceres, según apunta Manuel Segundo Sánchez en su *Bibliografía Venezolanista* (pgs. 250-251), Caracas, 1914. No parece, sin embargo, del Dr. Núñez de Cáceres, sino de uno de sus hijos (probablemente Pedro, que quedó en Venezuela y allí murió en 1863). Ese cuaderno, según puede apreciarse por su contenido, fué escrito algún tiempo después de muerto Bolívar, y para entonces el Dr. Núñez de Cáceres se encontraba ya en México, donde permaneció hasta su muerte. Pudo Núñez de Cáceres entretenerse en escribir desde México esas *Memorias,* en las cuales dijérase que están su estilo y sus ideas, y enviarlas a su hijo residente en Venezuela, pero hay datos y antecedentes que indican que ese manuscrito es obra de Pedro, suposición que me ha sido confirmada por mi distinguido amigo el Dr. Luis Correa. El texto completo de esas Memorias ha sido publicado en su boletín oficial por la Academia Venezolana de la Historia.

Del licenciado José Núñez de Cáceres, segundo hijo del Dr. Núñez de Cáceres, se han publicado párrafos de una carta que dirigió al licenciado Simón de Portes, fechada en Victoria (Tamaulipas, México), el 31 de Marzo de 1834. (Véase el artículo *Dominicanos en México* de Rafael Matos Díaz, que al ser publicado por primera vez en *El Nacional* (México, 1º de julio de 1934), no traía indicación alguna respecto al origen de esos párrafos, a causa de un salto de imprenta. El *Listín Diario* reprodujo dicho artículo el 22 de julio de 1934, subsanando esa omisión.

Datos y apreciaciones sobre las actividades intelectuales de Núñez de Cáceres, en las siguientes obras: *Biografía del doctor José Cecilio Avila,* por Juan Vicente González (*Anales de la Universidad Central de Venezuela,* Año XXI, tomo XXI, Nº 2); *Reseña histórico-crítica de la poesía en Santo Domingo* (redactada por César N. Penson), por la comisión de la Antología Do-

minicana, S. D., 1892; *Historia de la Poesía Hispano-Americana*, por M. Menéndez Pelayo, 2 vols., Madrid, 1911; *La Literatura Dominicana*, por F. García Godoy (de la *Revue Hispanique*, tomo XXXVII), París, 1916. — *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*, por Pedro Henríquez Ureña, Buenos Aires. 1936. — *Panorama histórico de la literatura dominicana*, por Max Henríquez Ureña, 1945.

D. — *La familia Núñez de Cáceres.*

En la nota VI de *La Muerte del Padre Canales* (*Cosas Añejas*, XXVI) Penson afirma que José Núñez de Cáceres era hijo de Diego y que su bisabuelo era hijo del alférez Jerónimo Núñez de Cáceres, casado en 1667 con María Rincón. En ese recuento, Penson saltó por lo menos una generación, pero es exacto que Núñez de Cáceres desciende en línea recta de Jerónimo.

La partida auténtica de nacimiento de Núñez de Cáceres, el cual vió la luz en Santo Domingo el 14 de marzo de 1772, atestigua que era hijo legítimo de Francisco Núñez y de María Albor. Núñez de Cáceres murió en Ciudad Victoria, capital del Estado de Tamaulipas (México), el once o el doce de septiembre de 1846.

Núñez de Cáceres casó en Santo Domingo con Juana de Mata Madrigal Cordero al finalizar el siglo XVIII. Tuvieron seis hijos, cuyas fechas de nacimiento doy a continuación:

Pedro, en Santo Domingo, el 2 de abril de 1800.

José, en Camagüey (Cuba), el 9 de septiembre de 1804.

Francisco de Asís, en Camagüey, el 15 de septiembre de 1805.

Gregorio, en Camagüey, el 8 de junio de 1809.

Jerónimo, en Santo Domingo, en 1813.

María de la Merced, en Santo Domingo, en 1816.

Al acucioso investigador Fray Cipriano de Utrera se debe la obtención de estos datos sobre la descendencia de Núñez de Cáceres.

E. — *La muerte de Don Tomás Ramírez.*

Penson, en su tradición *Muerte por Muerte*, recogió datos

preciosos sobre este hecho y sobre la época, los cuales he tenido en cuenta. Incurrió, no obstante, en algunos errores de detalle. Señala como fecha de la jura de la Constitución el 4 de julio de 1820, pero es lo cierto que el día 3 de junio se hizo la publicación, el 4 de junio el juramento público en tres lugares de la ciudad, y el 12 el juramento en la Universidad. (Por una errata, el discurso del Dr. Correa ese día aparece como pronunciado el día 2 en el tomo II de los *Documentos Históricos* compilados por Coiscou).

También atribuye Penson el grado de comandante de caballería a Ramírez, que durante el gobierno colonial era capitán graduado de dragones de milicias, sin que se le hubiera reconocido el grado que alcanzó en la reconquista, que era el de coronel. Dice después que se dió parte de la muerte de Ramírez al capitán general "brigadier don Juan Sánchez Ramírez": olvidó que Sánchez Ramírez había muerto nueve años antes.

En cuanto a la fecha en que se fijó la lápida conmemorativa de la jura de la Constitución, Penson acertó a elegir la verdadera, aunque los datos que a ese respecto recogió de personas ancianas se prestaban a confusión: ese acto se celebró, tal como él lo indica, el 10 de julio de 1820, según lo comprueba el acta de la quinta sesión de la Junta Electoral (*Doc. Históricos*, T. II, p. 33).

En el tomo II de los *Documentos Históricos* (p. 21) hay un bando del alcalde constitucional de segunda nominación, don Francisco de Tapia, fechado el 15 de julio de 1820, restringiendo el porte de armas, con motivo de la muerte de Esteban Velázquez el día 7 de julio y de don Tomás Ramírez el día 10. Penson aplica el nombre de "Francisco de Castro" al alcalde que actuó en las primeras diligencias incoadas con motivo de la muerte de Ramírez, pero el primer alcalde era don José Basora y el segundo, que estaba en ese momento en funciones, don Francisco de Tapia.

F. — *Imputaciones contra Núñez de Cáceres.*

Al deseo de venganza por agravios recibidos del gobierno español atribuyeron algunos la decisión de Núñez de Cáceres de romper los nexos que unían a Santo Domingo con España. Según Andrés Level de Goda: "un petulante oficial español lo insultó con indignación, y diciéndole entre otras cosas que era un insurgente. Núñez también indignado le contestó entre otras cosas diciéndole que no era insurgente, pero que muy pronto sabría lo que era; y en efecto, más por venganza que por opinión, hizo con su grande influjo y ascendiente proclamar la independencia". Los móviles apuntados por de Goda son a tal grado pueriles, que la especie no necesita refutación.

Ardouin busca otra causa a "la venganza de Núñez de Cáceres": su decepción al no haber prosperado su petición de que se le nombrara oidor en Quito. Esta imputación corrió fortuna, y hay ecos de ella en periódicos dominicanos como *El Dominicano* (que veía la luz en 1846), citado por Leonidas García en su artículo *Los primeros impresos y el primer periódico de Santo Domingo*. Recuerdo haber oído a personas ancianas, en el hogar de mis mayores, referirse a esa versión, a la que también alude mi abuelo Nicolás Ureña de Mendoza (autor de un trabajo, firmado Cástulo, sobre *El Duende*, en *El Progreso*, 1853), cuando, en unos versos, refiriéndose a la patria, dice:

Mas ¡ah! que *sacrificada*
a la venganza de un hombre
toda su gloria y renombre
la servidumbre eclipsó.
Cuatro lustros viose esclava,
cuatro lustros oprimida
y entre hierros adormida
cuatro lustros suspiró.

Es extraño que una imputación de ese género lograra arraigar en el ánimo público. Núñez de Cáceres había sido la primera figura de la colonia. Su influencia era poderosa. La toga de oidor que no obtuvo un día habría caído a la larga sobre sus hombros con sólo reiterar de manera ostensible su adhesión a España. Hacía precisamente lo contrario: desde el momento mismo en que se restableció el régimen español demostró simpatías por la idea de la independencia, y más bien a esa actitud y a la mala voluntad que le tenía Francisco Javier Caro se de debe la negativa que recayó a su petición respecto al cargo de oidor en Quito.

Los datos que existen en relación con su conducta demuestran que la idea de la independencia no surgió en su espíritu en 1821 sino mucho antes, y que la maduró largamente. José Gabriel García hace constar que "algunos hombres pensadores, entre otros el licenciado Núñez de Cáceres, soñaron que don Juan Sánchez Ramírez podía llevar a cabo la emancipación de la colonia, lo que llegaron a aconsejarle con sinceridad más de una vez" (*Historia*, II, 25); y que "había tertulias serias, como por ejemplo la del licencien Núñez de Cáceres, en donde se trataba el asunto como controversia científica" lo que reveló en documento público Andrés López de Medrano (II, 58).

El testimonio de López de Medrano, publicado en pleno régimen colonial, demuestra de modo irrecusable que esa era la actitud de Núñez de Cáceres. Esa actitud, de la cual se hace eco José Gabriel García, me era conocida desde la infancia al través de la tradición oral. Núñez de Cáceres fué durante más de diez años constante defensor del ideal de la independencia; y debe advertirse que ninguno de los que estuvieron frente a él al estallar la revolución que él llevó a cabo insinúa siquiera la sospecha de que le guiaran móviles de venganza: ni el gobernador Real, ni el segundo cabo Juan Nepomuceno de Cárdenas, ni Francisco Brenes (que lo denigra y llama traidor), ni Manuel Márquez Jovel (que se muestra inconforme con lo que ha suce-

F. — *Imputaciones contra Núñez de Cáceres.*

Al deseo de venganza por agravios recibidos del gobierno español atribuyeron algunos la decisión de Núñez de Cáceres de romper los nexos que unían a Santo Domingo con España. Según Andrés Level de Goda: "un petulante oficial español lo insultó con indignación, y diciéndole entre otras cosas que era un insurgente. Núñez también indignado le contestó entre otras cosas diciéndole que no era insurgente, pero que muy pronto sabría lo que era; y en efecto, más por venganza que por opinión, hizo con su grande influjo y ascendiente proclamar la independencia". Los móviles apuntados por de Goda son a tal grado pueriles, que la especie no necesita refutación.

Ardouin busca otra causa a "la venganza de Núñez de Cáceres": su decepción al no haber prosperado su petición de que se le nombrara oidor en Quito. Esta imputación corrió fortuna, y hay ecos de ella en periódicos dominicanos como *El Dominicano* (que veía la luz en 1846), citado por Leonidas García en su artículo *Los primeros impresos y el primer periódico de Santo Domingo*. Recuerdo haber oído a personas ancianas, en el hogar de mis mayores, referirse a esa versión, a la que también alude mi abuelo Nicolás Ureña de Mendoza (autor de un trabajo, firmado Cástulo, sobre *El Duende*, en *El Progreso*, 1853), cuando, en unos versos, refiriéndose a la patria, dice:

Mas ¡ah! que *sacrificada*
a la venganza de un hombre
toda su gloria y renombre
la servidumbre eclipsó.
Cuatro lustros viose esclava,
cuatro lustros oprimida
y entre hierros adormida
cuatro lustros suspiró.

Es extraño que una imputación de ese género lograra arraigar en el ánimo público. Núñez de Cáceres había sido la primera figura de la colonia. Su influencia era poderosa. La toga de oidor que no obtuvo un día habría caído a la larga sobre sus hombros con sólo reiterar de manera ostensible su adhesión a España. Hacía precisamente lo contrario: desde el momento mismo en que se restableció el régimen español demostró simpatías por la idea de la independencia, y más bien a esa actitud y a la mala voluntad que le tenía Francisco Javier Caro se de debe la negativa que recayó a su petición respecto al cargo de oidor en Quito.

Los datos que existen en relación con su conducta demuestran que la idea de la independencia no surgió en su espíritu en 1821 sino mucho antes, y que la maduró largamente. José Gabriel García hace constar que "algunos hombres pensadores, entre otros el licenciado Núñez de Cáceres, soñaron que don Juan Sánchez Ramírez podía llevar a cabo la emancipación de la colonia, lo que llegaron a aconsejarle con sinceridad más de una vez" (*Historia*, II, 25); y que "había tertulias serias, como por ejemplo la del licencien Núñez de Cáceres, en donde se trataba el asunto como controversia científica" lo que reveló en documento público Andrés López de Medrano (II, 58).

El testimonio de López de Medrano, publicado en pleno régimen colonial, demuestra de modo irrecusable que esa era la actitud de Núñez de Cáceres. Esa actitud, de la cual se hace eco José Gabriel García, me era conocida desde la infancia al través de la tradición oral. Núñez de Cáceres fué durante más de diez años constante defensor del ideal de la independencia; y debe advertirse que ninguno de los que estuvieron frente a él al estallar la revolución que él llevó a cabo insinúa siquiera la sospecha de que le guiaran móviles de venganza: ni el gobernador Real, ni el segundo cabo Juan Nepomuceno de Cárdenas, ni Francisco Brenes (que lo denigra y llama traidor), ni Manuel Márquez Jovel (que se muestra inconforme con lo que ha suce-

F. — *Imputaciones contra Núñez de Cáceres.*

Al deseo de venganza por agravios recibidos del gobierno español atribuyeron algunos la decisión de Núñez de Cáceres de romper los nexos que unían a Santo Domingo con España. Según Andrés Level de Goda: "un petulante oficial español lo insultó con indignación, y diciéndole entre otras cosas que era un insurgente. Núñez también indignado le contestó entre otras cosas diciéndole que no era insurgente, pero que muy pronto sabría lo que era; y en efecto, más por venganza que por opinión, hizo con su grande influjo y ascendiente proclamar la independencia". Los móviles apuntados por de Goda son a tal grado pueriles, que la especie no necesita refutación.

Ardouin busca otra causa a "la venganza de Núñez de Cáceres": su decepción al no haber prosperado su petición de que se le nombrara oidor en Quito. Esta imputación corrió fortuna, y hay ecos de ella en periódicos dominicanos como *El Dominicano* (que veía la luz en 1846), citado por Leonidas García en su artículo *Los primeros impresos y el primer periódico de Santo Domingo*. Recuerdo haber oído a personas ancianas, en el hogar de mis mayores, referirse a esa versión, a la que también alude mi abuelo Nicolás Ureña de Mendoza (autor de un trabajo, firmado Cástulo, sobre *El Duende*, en *El Progreso*, 1853), cuando, en unos versos, refiriéndose a la patria, dice:

Mas ¡ah! que *sacrificada*
a la venganza de un hombre
toda su gloria y renombre
la servidumbre eclipsó.
Cuatro lustros viose esclava,
cuatro lustros oprimida
y entre hierros adormida
cuatro lustros suspiró.

fâcher. On a remarkué que ce sont les femmes qui se livrent avec le plus d'ardeur à ces luttes hydrauliques. Il faut dire que, sous cet heureux climat, ces jeux aquatiques n'offrent aucun danger. La température au moment du carnaval est, à Montevideo, comparable à celle de la canicule à Paris."

En algunas capitales hispano-americanas, como Quito y Santo Domingo, esa costumbre continuó hasta finalizar el siglo XIX. Alguna resonancia tuvo un incidente ocurrido con un diplomático en el Ecuador, durante la primera presidencia de Eloy Alfaro: el incidente quedó zanjado con la explicación de que esa era una vulgar costumbre del pueblo, sin propósito alguno de ofensa; y el diplomático, que se había quejado de que le dispararan cascarones con perfume y anilina, fué desde ese momento el más entusiasta partidario de ese juego, que practicó siempre que tuvo oportunidad para ello.

H. — *El discurso de Núñez de Cáceres el 9 de febrero de* 1822.

El discurso pronunciado por Núñez de Cáceres en la sala capitular del municipio de Santo Domingo el día en que Boyer hizo su entrada en la ciudad, fué publicado en francés en el Nº 2 del periódico *L'Étoile Haytienne* (Santo Domingo, imprenta del Goberno, Domingo 17 de Marzo de 1822). Naturalmente, se trata de una reconstrucción, pues es sabido que ese discurso fué pronunciado (no leído), en español; y acaso la autoridad que lo daba al público pasado un mes de haber sido pronunciado, atenuó o modificó algunas de sus expresiones. Me he atenido fielmente, en el último capítulo, al texto así publicado. Poseo un ejemplar (rarísimo por no decir que acaso sea el único) del número 2 de *L'Étoile Haytienne*, en que se publicó, *L'Étoile Haytienne* era bilingüe, pues contenía escritos en español. Sólo conozco los dos primeros números. Ignoro si se publicaron otros.

do). (Véanse los tomos II y III de los *Doc. Históricos*). Personas imparciales como José Cruz Limardo y el doctor Morillas, tampoco.

Se ve, pues, que las acusaciones contra Núñez de Cáceres, —que no debieron tener mayor alcance que el de uno de tantos falaces comentarios callejeros a que siempre están expuestos los hombres públicos,— sólo tomaron cuerpo andando el tiempo, a causa del fracaso de su obra y del largo cautiverio del pueblo dominicano.

G. — *Los "carnavales de agua".*

Esta costumbre, que en Santo Domingo quedó circunscrita exclusivamente al día de San Andrés, estuvo bastante generalizada en diversas posesiones españolas durante la época colonial, y para encontrar su origen en América habría que remontarse al siglo XVI. De este siglo hay un documento (1578), en que se habla de que los oidores de la Audiencia de la Española, en día determinado se entretenían en *tirar naranjas* a quienes se las tiraban desde las ventanas.

En otras ciudades de la América española subsistió la costumbre de los "carnavales de agua" hasta la segunda mitad del siglo XIX. El Larousse del siglo XIX, cuya fecha de publcación es de 1875, trae estos datos curiosos:

"Bueons Aires et Montevideo sont peut-étre les plus joyeux pays du monde en temps de carnaval. Pendant les trois jours gras, la manière de s'y divertir consiste principalment à jeter de l'eau sur les passants et á se lancer, d'un coté de la rue á l'autre, de haut en bas, des oeufs remplis, et dont l'ouverture a été bouchée avec de la cire. Malheur à l'imprudent étranger que l'on n'a pas charitablement prévenu de cette singuliére coutume! Plus sa toilette sera recherchée, plus on sera heureux de le mouiller des pieds à le tete, et plus il sera hué, s'il a le mauvais goût de se

He aquí el texto francés de ese discurso, tal como aparece en *L'Etoile Haytienne*:

DISCOURS PRONONCÉ PAR LE CITOYEN JOSEPH NUÑEZ DE CÁCERES À LA SALLE DE LA MUNICIPALITÉ LE 9 FÉVRIER 1822, AN 19:

Très Excellent Seigneur,

L'histoire des révolutions politiques des peuples de tous les tems et parmi toutes les nations offre au mépris de l'éspêce humaine, les tableaux les plus funestes et épouvantables de sang, de mort, et de désolation, lorsqu'elle devrait plutôt presenter la riante perspective d'hommes sortis du néant à l'existance, de la servitude à la liberté, du tombeau à la vie. Ce n'est point le moment d'examiner les causes de cette contradiction apparente, et mon objet est de recommander à V.E. la singularité presque inouie des deux changements inmédiats et sucessifs, survenus à Santo Domingo despuis le 1er. Décembre dernier jusqu'aujourd'hui, sans aucun de ces désastres et horreurs qui souillent et ensanglantent le théatre politique de diverses provinces et contrées tant de l'ancien que du nouveau monde.

Le premier Décembre cessa de flotter dans cette place le pavillon de l'Espagne, en subsituant à sa place celui de l'independance Colombienne, ce qui n'indique ni adhesion particulière, ni incorporation à celui-ci ou à autre Etat de ceux dèjá constitués ou qui sont dans ce moment à lutter

l'ile, mais bien une école très utile, et une pratique dont ils ont retirés des préceptes précieux pour savoir se conduire dans ce jeu de décorations, et parvenir hereusement au dénouement des divers événemens compliqués de leur carrière politique.

Tel est le caractère circonspect des habitans de la partie de l'Est d'Haïti, que V.E. a désiré incorporer, et réunir en une seule et unique société sous l'égide tutélaire de la constitution et des lois de la république erigée et consolidée auparavent dans la partie occidentale. Si, avoir proclamé l'independance de toutes les autres provinces et continents de l'Amérique Espagnole sous le nom de Colombia fût une erreur de ceux qui avancérent et mirent en exécution le changement de gouvernment du 1er. Décembre, il était réservé aux sublimes talens de V.E. d'apercevoir d'autres principes qui le demontrassent, et les hommes, qui ne sont doués que d'une certaine médiocrité, doivent se consoler en attendant une indulgente tolerance de leur fautes lors qu'elles viennent de manque de capacité, et non d'une volonté obstinée dans l'erreur. Tous les politiques travaillant pour la constitution des Etats et pour cette même transmutation de differents peuples en un seul, ont toujours considéré la diversité de langage, la pratique d'une antique législation, le pouvoir des habitudes qui ont pris racine dès l'enfance et la dissimilitude de moeurs jusques dans la nourriture et le vêtement, comme aussi peuvent avoir une grande influence dans leurs dècisions la contigüité du territoire et la proximité des limites. La paróle est l'instrument

pour leur indépendance de l'ancienne métropole; mais ce qui proprement n'est qu'une dénomination générale de l'indépendance de l'Amérique Espagnole, en signe de gratitude au grand homme qui a fait la decouverte d'un monde ignoré des anciens, lequel peut compter parmi ses malheurs celui de l'avoir vu privé de son nom, pendant que l'aventurier Américo Vespucio, si postérieur à lui dans ses incursions maritimes, obtint la gloire d'imprimer le sien dans les contrées étendües, et vastes continents de notre hémisphère, sans qu'on puisse l'en arrancher, à moins d'en faire périr à la fois et pour toujours l'histoire. Et le 21 Janvier suivant, ce même pavillon de Colombia arboré de la maniere déjà expliquée, a fait place à celui de la République d'Haïti, sans que l'on ait éprouvé dans aucun de ces deux momens critiques les convulsions qui d'ordinaire accompagnent les metamorphoses de cette nature.

Prétendre que ceci soit l'ouvrage de la capacité et habilité humaine seroit vouloir se faire illusion, et ce qui est encore plus ridicule, surprendre la réligion du reste des hommes, dont l'energie de la force pensive ne peut être énervée avec tant de facilité. La docilité, la sagesse et l'illustration du peuple sont les véritables causes de ce phénomene. Les scènes tragiques du nouveau théatre américain commencèrent à se representer dans cette Ile il y a trente ans: elles continuèrent presentant differentes faces, et cela veut dire que l'expérience du passé n'a pas eté une leçon sans fruit pour les habitans de la partie orientale de

et ami, qu'il me soit au moins permis de symboliser l'adhesion des nouveaux sujets de la République, dociles par conviction, soumis par devoir, et unis par cordialité. Ce sont les vertus qui ornent le peuple dominicain, vertus acquises et dépurées, au creuset d'une longue et pénible experience de ses vicissitudes politiques: et en vertu des peines et fatigues dans les quelles ils m'ont accompagné, je ne m'attache pas à autre récompense qu'à celle de pouvoir les assurer que sous peu ils vont voir l'accomplissement de mes voeux bornés à ce que V.E. daigne les defendre et les protéger de son bras puissant à fin de les rendre heureux et qu'ils n'auront à passer par aucune de leurs calamités anterieures.

naturel de communication parmi les hommes: si on ne s'entend pas par le moyen de la voix, il n'y a pas de communication, et voici dèjá un mur de sèparation aussi naturel qu'insurmontable, comme peut l'être l'interposition materielle des Alpes et des Pirenées. En fin, je n'argumente pas: les faits ont eu et auront toujours plus d'efficacité pour persuader que les raisonemens.

J'ai promis à mes compatriotes de leur donner l'independance Américaine, à la quelle tous penchaient avec ardeur, sans éffusions de sang, sans violence, sans confusion, ni désordre. Quoique l' issue n'aye pas correspondu à leurs désirs et aux miens, j'espère qu'ils me rendront justice pour ce qui regarde la pureté de mes intentions dans cette entreprise, et finalement ils diront si je leur tins parole, et si concienciensement on peut m'imputer le declin au quel les destinées de Santo Domingo ont conduit l'ouvrage dans son dernier résultat. J'ai promis aussi à V. E. par ma note officielle du 19 du mois passé, que je repondais de la tranquilité et du repos des villes de la partie de L'Est, qui se trouvaient encore sous l'influence de mes ordres, et je me crois dans le cas de pouvoir me flatter de l'accomplissement de cette promesse: il ne me reste donc, pour la dernière de mes fonctions qu'à prier V.E. malgré que par un trait héroique de sa vertueuse modestie, elle refuse de s'assujettir à la céremonie usitée en pareilles circonstances de la tradition des clefs de la ville en signe de possession du territoire, parce-que V.E. n'y est point entré comme conquêrant, mais bien comme père, frère

Este libro acabó de imprimirse
el día 17 de Septiembre de 1962
en los talleres tipográficos de
la Editorial "Librería Dominicana", de Santo Domingo,
República Dominicana.

I N D I C E

A la juventud dominicana 7
I.—En casa del juez de letras 13
II.—En familia 19
III.—Español de América 30
IV.—¡Esperar! 42
V.—La tertulia 51
VI.—La jura de la Constitución en 1820 65
VII.—Don Tomás Ramirez 70
VIII.—Alarma fronteriza 82
IX.—El baile de doña Jacinta 92
X.—Acero contra acero 106
XI.—El nuevo gobernador 116
XII.—¡Carabobo! 123
XIII.—El día de San Andrés en 1821 130
XIV.—La bandera de las cinco estrellas 140
XV.—La independencia 144
XVI.—El nuevo día 150
XVII.—La voz de la Plaza de Armas 156
XVIII.—La catástrofe inminente 163
XIX.—Hora suprema 167
XX.—¡La patria no puede morir! 177
Apéndices 185

ESTAMOS
PARA
SERVIRLE